

Antonio Mora Vélez

GLITZA

Y OTROS CUENTOS ESCOGIDOS





GLITZA Y OTROS CUENTOS ESCOGIDOS

Antonio Mora Vélez



2020

Este libro es producto de investigación. Fue arbitrado bajo el sistema doble ciego por expertos en el área.

Corporación Universitaria de Caribe – CECAR

Rector

Noel Morales Tuesca

Vicerrector Académico

Alfredo Flórez Gutiérrez

Vicerrector de Ciencia Tecnología e Innovación

Jhon Víctor Vidal

Director de Investigaciones

Luty Gomez CÁCERES

Coordinador Editorial CECAR

Jorge Luis Barboza

editorial.cecar@cecar.edu.co

© 2020 Antonio Mora Vélez, autor.

ISBN: 978-958-5547-46-9 (impreso)

ISBN: 978-958-5547-72-8 (digital)

DOI: 10.21892/978-958-5547-72-8

Corrección de estilo: José Luis Hereyra

Imagen central de la portada e imágenes de las páginas preliminares:

Jaime Vélez Alzamora

Colección *Prosa*

Sincelejo, Sucre, Colombia.

Glitza y otros cuentos escogidos / Antonio Mora Vélez. – Sincelejo : Editorial CECAR, 2020.

219 páginas; 23 cm.

ISBN: 978-958-5547-46-9 (impreso)

ISBN: 978-958-5547-72-8 (digital)

1. Literatura fantástica 2. Cuentos I. Mora Vélez, Antonio II. Título

808.83 M827g 2020

CDD 23 ed.

CEP – Corporación Universitaria del Caribe, CECAR. Biblioteca Central – COSiCUC

Contenido

Glitza.....	7
Diez de plata	15
Error de apreciación.....	19
La duda de un Ángel.....	21
A imagen y semejanza.....	25
El ser del seseo.....	29
Desilusión cósmica.....	35
Yusty	41
Ejercicios fílmicos.....	51
La entrevista.....	59
Thriller	71
Los ejecutores.....	73
La piedra de cuasi oro	79
Encuentro inesperado.....	89
Trasplante de cabeza	97
Tesis de grado	107
El oasis de Palas.....	111
Un largo sueño	119
Atlán y Erva.....	125
El 603286	129
La gota	135
Los otros	139
El hijo de las estrellas.....	145
Llegada al planeta eléctrico	151
El sueño de Kiroto.....	157
Lina es el nombre del azar	169
Helados cibernéticos.....	175
Zywia o el cuarto nivel.....	179
La conquista de Terón	213

Glitza

Glitza estaba sentada en su reclinomática, esperando las noticias del cosmódromo de Libia en el Sahara. Miraba ansiosa a cada instante el videófono, deseosa de contemplar las manos en alto de su amado, despidiéndose para siempre. Más que un torbellino, su cerebro era un tornado de emociones y de ideas. Por sus mejillas resbalaban lágrimas de angustia que se coloreaban con la luz multicolor alternada de la lámpara de noche de su sillón electromecánico.

Habían transcurrido pocos minutos, quince tal vez, antes de que la pantalla se iluminara. Quince minutos, durante los cuales Glitza repasó la historia de sus relaciones con Vernon, desde cuando lo conoció en la sala de centrifugación de la Academia del Espacio, hasta el día en que él le pidió, delante de sus compañeros astronautas, con ocasión de la fiesta de grado justamente, que lo acompañara por el resto de su vida. Recordó las sonrisas de los demás graduandos al escuchar la fórmula empleada por Vernon. “Quiero que seas mi compañera y que me acompañes siempre”. Y se sonrieron, porque ella no era astronauta, era doctora en Genética. Dos profesiones de áreas operativas diferentes, cuyo ejercicio no les iba a permitir mayor tiempo juntos. La regla general era que los matrimonios se concertaban entre parejas con profesiones iguales o complementarias.

Pero Glitza pensaba de otra manera, y así lo hizo saber a todos esa mañana de la petición de Vernon. “Para seres que se aman y que, simultáneamente, entregan su ciencia y su energía en ramas diferentes de la actividad humana, el disfrute del amor durante las etapas vacacionales es mucho

más intenso”, dijo. “Es mejor entregar totalmente cuerpo y alma en el rito maravilloso del amor, que perturbar el éxtasis con una palabra, un gesto o un pensamiento que denuncien nuestra vinculación mental con otro sitio”, sostuvo finalmente.

Y todos comprendieron. Las relaciones entre los hombres habían llegado a un grado tal de hermandad y de solidaridad, que todos se esforzaban por superar a los demás en la tarea de hacer la vida más hermosa. Cada ser humano daba todo lo que tenía de sí en su trabajo, entregaba la totalidad de su capacidad y de su tiempo laboral, consciente de que su aporte, además de necesario, lo ennoblecía, lo hacía cada vez más hombre. Fue por eso por lo que Glitza defendió, entonces, la tesis de que, lejos de constituir un obstáculo, la diferencia de profesiones era más bien un incentivo para el trabajo de ambos. Además, desaparecido el egoísmo en las relaciones sociales, todo el orbe había convertido en norma el viejo lema de los Tres Mosqueteros: “Todos para uno y uno para todos”. Un verdadero tributo de energía para esa sociedad que facilitaba una vida individual, pletórica de satisfacciones materiales y espirituales.

Glitza se ilusionaba con los períodos vacacionales del año, cuatro en total, en compañía de Vernon, gozando de la brisa cálida del Mar Nuevo, durmiendo en las casas flotantes de Berquelot, dibujando los perfiles del crepúsculo amazónico y conquistando la medalla del explorador meritorio con las siete aventuras del Kilimanjaro. Jamás pensó que la primera misión de Vernon llevara consigo el peligro real de no poder realizar todos esos sueños. Por eso, lloraba y deseaba verlo desde el videófono de su casa veraniega. No se sentía con fuerzas para despedirlo en el cosmódromo.

Los quince minutos necesarios para que el filme de toda su vida con Vernon se proyectara en su conciencia, pasaron más rápido que nunca.

Al final de los mismos, la luz violeta del videófono anunció el inicio de la emisión:

—Habla Libia —decía el locutor, mientras las cámaras tomaban el paisaje amarillo de maíz que servía de marco a la imponente nave Astral—. En estos momentos el cosmonauta Vernon Koste se despide de sus hermanos de la Tierra.

Vernon hizo un ademán de optimismo y de triunfo con ambas manos, y Glitza creyó ver, no obstante, un par de lágrimas que empañaban el cristal de la escafandra y que reflejaban el dolor de la despedida de un hombre seleccionado para el viaje, no precisamente por sentimental, pero Vernon no la podía ver y parecía resignado a no verla, cuando la voz de Glitza le hizo retroceder el movimiento de entrada a la cosmonave. Por videoteléfono ella había pedido la comunicación. Ahora podía contemplarla, inmensa, en la pantalla del edificio central y podía escuchar su voz temblorosa decirle:

—Vernon querido... te deseo suerte... te esperaré siempre.

—Regresaré Glitza, regresaré para casarme contigo —le contestó.

Segundos después de que Glitza le sentenciara “Vernon mío: te casarás conmigo”, la comunicación se interrumpía para dar paso a la cuenta regresivo en su fase final.

II

El pulsador neutrónico hacía avanzar la nave Astral a velocidades próximas a la de la luz. El capó de cristal platinado estaba completamente dibujado por un enjambre de estrellitas de indefinidas tonalidades cromáticas, que superponían al paisaje azabache del infinito una imagen de colorido y belleza. Tal enjambre era producido por la fricción de las

partículas de gas y polvo, en las condiciones de una nave ya próxima al rojo blanco de la conversión lumínica. Vernon impartía órdenes desde su cabina energomática. Comprobaba el desgaste de los pulmotores láser. Preparaba la tercera pulsación, que arrojaría definitivamente la nave fuera de la gravitación solar. La ruta apenas si se había modificado en dos microgrados discretos y no había necesidad de una nueva corrección manual. Si todo marchaba como hasta ese día, la tripulación debía estar en la órbita del Planeta Verde de Alfa del Centauro, cinco años convencionales después entre los hombres. De Glitza quedaba apenas el recuerdo filmado de su figura, de sus ademanes, de su sonrisa amplia y contagiosa. Todos los ratos de descanso, Vernon los dedicaba a la contemplación de su amada y al recuerdo del hijo por nacer. ¿Qué será? Un astronauta, sin duda, se decía casi siempre. Y soñaba entonces con la fantasía de las dos presencias.

—El hombre en su afán de dominar a la Naturaleza —decía Vernon a los demás tripulantes— no escatima esfuerzos? La vida, se ha dicho y comprobado, no es un fenómeno exclusivo de nuestro sistema solar. En el Planeta Verde de Alfa del Centauro los radioastrónomos han encontrado pruebas de una vegetación exuberante, que puede darnos la clave para la cosmoproducción agrícola en gran escala.

Vernon siguió hablando, explicando los objetivos de la expedición en la primera reunión de estudio.

Diez meses terrestres, después, en la nave (muchos años en la Tierra que los vio partir), ¿nuevas concepciones filosóficas y científicas anunciaban el advenimiento de una nueva Era.

—Yo estoy aquí, pero también en la Tierra —sostenía—. Allá tengo otro cuerpo, pero son mis genes y mi espíritu los que activan ese otro pedazo

de mi ser. Qué lejos estaba de imaginar que Glitza había logrado la más extraordinaria conquista de la genética con el control y dirección estética de los genes. Ahora, las características accidentales del físico humano obedecían a la regulación de la inteligencia y no a la casualidad de las combinaciones genéticas. Y qué lejos estaba de pensar que su hija había escogido la profesión de Glitza, que pensaba como ella, sonreía como ella y le amaba tanto como ella, a pesar de solo conocerlo por filmes. Glitza, la Glitza que amó desde que la sorprendió con un cachorro de oso en la sala de centrifugación del cosmódromo, era ya una mujer dos veces mayor que él, con una idea fija en su mente: el regreso de la nave y de su amado. Y un propósito: el cumplimiento de la promesa que le hiciera minutos antes del despegue.

Los años convencionales se sucedían en la nave Astral casi simultáneamente con las etapas generacionales en la Tierra. Vernon vivía interiormente con la imagen de Glitza, aunque sabía que no volvería a verla ni a estrecharla entre sus brazos. Se había resignado a vivir con su recuerdo y lo hizo hasta que el Planeta Verde apareció en la distancia, cuatro y medio años convencionales después, extraordinariamente denso de vegetación, convertido en verde esperanza de la humanidad terrestre.

La operación de aterrizaje y la posterior instalación del laboratorio fue cosa de horas terrestres, gracias a la precisión que la moderna técnica facilitaba. Poco después, el joven biólogo de la expedición recogía las primeras muestras de las muchas especies nutritivas que se encontraban en el planeta. Este parecía una inmensa hacienda de cultivo construida por la Naturaleza para disfrute de los hombres que consiguieran descubrir su glauca existencia. En él no se encontraron vestigios de vida animal, ni siquiera de la escala zoológica inferior, lo cual fue explicado por el joven biólogo, afirmando que la concentración clorofílica del océano primitivo

era tan grande que hizo imposible la aparición de seres vivos desprovistos de ella, que necesitaran consumir sustancias del medio exterior, en lugar de producirlas sintéticamente con la ayuda solar. Tal vez, por esa circunstancia, la nave Astral pudo cumplir con relativa facilidad su misión y Vernon realizar el sueño de regresar con vida a la Tierra y poder saber, con eso se conformaba, qué fue de Glitza y de su descendencia.

III

La inercia parabólica acortaba la distancia cada vez más. El tiempo de regreso debería ser menor en año y medio según los cálculos. En Vernon, solo la inmensa felicidad de llevar a la Tierra el mecanismo de los futuros planetoides agrícolas, y la esperanza de encontrar a Glitza, mantenía dormida la angustia de saberse separado de la mujer amada. Porque, en contravía del conocimiento científico, en lo más profundo de sus sentimientos había siempre una esperanza. La esperanza de que Einstein se hubiera equivocado. La esperanza de un movimiento espacial complejo que compensara la relativa lentitud del movimiento terráqueo en torno a su estrella. La terrestre esperanza de que hablara Neruda, “elaborada como si fuera un duro pan” para acompañar al hombre en todas sus dudas. Y estaba Vernon tan completamente enamorado de su esperanza que perdía por completo la noción del tiempo frente a los filmes desgastados que le complementaban espiritualmente el viaje de regreso. Con la misma intensidad de pensamiento con que deseó el éxito de la empresa, ahora deseaba convertir en realidad el sueño de volver al lado de Glitza. Más que la inercia parabólica, ahora era la fuerza de sus sentimientos la que devoraba las distancias y acercaba la *Astral* a la Tierra que la vio partir ciento cincuenta años atrás.

Las estaciones ecuatoriales de rastreo habían detectado las primeras señales hertzianas de la legendaria nave. En la Tierra todo era expectativa y emoción, en especial en el corazón de una linda joven de veinte años, estudiante de último año de la Academia del Espacio, que aguardaba ansiosa la aparición de la *Astral* en los cielos de América.

A los pocos días de ser detectada, la nave *Astral*, de líneas aerodinámicas anacrónicas, pero admirada por todos, tomó pista en el cosmódromo de Arizona. Millares de personas observaron entonces la aparición de los cosmonautas de ayer una vez abierta la escotilla. Y escucharon también el diálogo del comandante con la joven cadete que se acercaba a recibirlo.

—¡Glitza! —exclamó al verla sonriente, con la misma sonrisa de siempre y el mismo movimiento de cabeza. Llevaba un ramo de flores caliotas de Marte y un brazalete de oro venusino que le hizo recordar a Vernon la tarde en que la conoció en el parque Konstanton Thiolkovski de la ciudad cosmódromo de Libia.

—No soy la Glitza que usted supone. Soy descendiente en la octava generación de ella —le contestó, al tiempo que le entregaba las flores y le estampaba un beso en la mejilla.

—¡Pero si eres igual a Glitza! —insistió Vernon y la tomó por los hombros.

—Gracias a la genética dirigida —le repuso la joven cadete.

—Pero... ¿cómo?

—Todo es obra del amor, del más grande y universal de los sentimientos de la evolución. Por él pudo la Glitza que usted amó revolucionar la ciencia de los genes con el propósito de cumplirle una promesa. ¿La recuerda usted?

—Sí, ya lo creo que la recuerdo. Me dijo entonces: “Vernon mío, te casarás conmigo”.

Vernon se quedó un rato pensativo, ahondando en sus recuerdos, revolviendo imágenes del pasado. Después le preguntó:

—Entonces, tú ¿cómo te llamas?

—Me llamo Glitza, como mi madre y mi abuela, como Glitza quiso que nos llamáramos todas.

Los ojos de Vernon se empañaron, igual que en la tarde de la despedida en Libia y por sobre la gritería de los asistentes dijo dulcemente a la joven Glitza:

—Sabes, no habrá una segunda despedida, la próxima vez viajaremos juntos.

Ella simplemente sonrió y le tomó la mano. Habían bajado las escalinatas de la astronave y ya se dirigían por el pasillo rumbo a la sección central del edificio de la Dirección Cosmonáutica. En esos instantes, las paredes sonoras dejaban escuchar la voz del cantante más popular de la ciudad cosmódromo, quien decía:

*Podrá acabarse el calor del sol
y la Tierra convertirse en hielo,
pero el amor y el calor humanos
tendrán siempre un mañana...*

1970

Diez de plata

Segundos después de haber introducido por la ranura de la casilla de control residencial, la moneda de cinco que dejaba constancia de su salida, nuestro personaje estaba en la calle con su propósito entre cejas y con la satisfacción de haber dejado en orden todas sus cosas.

Puso la moneda de veinte en la casilla vial y tomó el andén rodante que lo llevaría hacia el sur. Antes, había aspirado en la bomba de la esquina quince minutos de aire, los que supuso necesarios para el viaje de ochenta kilómetros que debía realizar hasta llegar a la cabina de los suicidios legales. El andén lo convirtió en objeto que se transporta por laberintos de vértigo y vivió entonces la experiencia de la velocidad que borra todas las imágenes.

A las pocas cuadras, encontró una venta de noticias y quiso saber de algunas, porque no podía conocerlas todas. Nada más tenía cinco de plata disponibles y la emisión completa costaba cien de oro. Era algo así como un mundo de información solo al alcance de los ciudadanos de oro.

...Los ciudadanos de oro no usaban monedas de plata y los ciudadanos de plata no tenían con qué pagar el cambio de las monedas de oro...

La verdad es que la gente se había dividido en dos grupos, que vivían en dimensiones separadas y que solo tenían en común la apariencia exterior desnuda, y no del todo, porque en las carnes y en la tersura de la piel se notaban las diferencias.

Tomó el pequeño auricular del transmisor de noticias, lo puso muy cerca de su oído derecho y escuchó: “Mañana el tiempo será hermoso, ideal para salir al campo con la familia. Hágalo por los andenes de diez metros... ¡Ah! y no se preocupe por el aire, habrá servicio hasta las siete de la noche... Más noticias con otra de cinco.”, pero no escuchó más. Después de todo a él solo le interesaban el estado del tiempo y las vías recomendadas para el día. Lo del aire le importaba poco. Sabía que a los hombres lo que menos le interesaba era el aire de las calles y los parques. Había llegado a esa conclusión después de sus frustrados intentos de pretender humanizar a los científicos de los conglomerados, quienes habían convertido el oxígeno en despensa de combustible y, de ese modo, habían generado la escasez del precioso elemento hasta el punto de su racionamiento, y convertido así en premonitoria la oda de Neruda, quien no pretendió otra cosa que rendirle un testimonio de admiración al aire por la vida.

El andén rodó por quince minutos o más. Las paredes de la autopista se iluminaban para anunciar productos gaseosos. Se detuvo en el parque de los árboles de piedra, pasó al otro andén y lo puso a rodar con otra moneda de veinte. Nuevamente, las paredes se perdían a sus espaldas y se iluminaban fugazmente para decir cosas que sus ojos no podían leer. Entonces, notó que la dosis de aire se le acababa, y lo notó porque sus piernas parecían flotar sobre la alfombra de acerilio. Con una presión de sus talones detuvo el andén en el lugar de ubicación de la bomba expendedora más cercana. Llegó hasta ella con un esfuerzo enorme, y se dio cuenta que no tenía monedas de diez. Pensó en algún transeúnte, de los pocos que aún salían de sus casas, y trató de hacer funcionar la máquina con las de veinte, y, cada vez que tomaba la mascarilla de inhalación, el cuadrante se encendía con la leyenda: “Deposite diez de plata”. Y así por muchas veces, hasta que, por fin, desesperado, casi exhausto, sintió

que alguien lo tomaba por el brazo y le preguntaba por su ruta. Le contó enseguida lo de las monedas y el problema de la dosis de aire que se le acabó en pleno viaje, porque calculó mal el tiempo. Y se lo contó con los ojos y las manos, porque ya la voz no le salía, y le contó finalmente con su rostro pálido su decisión de morirse porque ya estaba cansado de vivir en un mundo que se había olvidado del hombre, pero el extraño, que no parecía interesarse por su estado, le dijo: “Le cambio las dos monedas de veinte que tiene por una de diez para que no asfixie”.

En ese instante, pensó en los hombres que habían decidido sumarse a los grupos *Montag*, que luchaban desde las alcantarillas por el renacimiento humano. En los hijos que no pudo tener, por haber sido excluido del plan de natalidad. En los muchos maestros como él, condenados al ostracismo por la tecnología. En la cabina de los suicidios legales, que era el lugar más elegante y jurídico para morirse. Y en la justificación que había escrito para su decisión y en la que le decía que su vida no tenía sentido sin hijos, ni profesión y con cien de años de frustraciones encima.

Introdujo, entonces, en la ranura la moneda de diez que le cambió al extraño y esperó por varios segundos —toda una eternidad para él— que la leyenda INHALE apareciera en la pantalla, pero no ocurrió así. En su lugar, la máquina le pidió que esperara varios segundos más, mientras salía del atolladero electrónico en el que la había metido él con sus insistentes monedas de veinte.

—¡Qué lástima! —alcanzó a balbucir antes de perder el conocimiento—. ¡No voy a poder morirme como quería!

Un polizonte automático llegó en ese instante, y le exigió con sus botines otros diez de plata para cubrir los gastos de hospitalización, pero ya estaba ilegalmente muerto.

Error de apreciación

La nave galáctica se posó suavemente sobre un paraje del gran desierto Americano. El sol se ocultaba, en ese instante, allende los montes Grapevine, y un hermoso cielo anaranjado anunciaba la llegada del frío. En la distancia, dos zorros jugueteaban cerca de una chumbera florecida y una serpiente reptaba afanosamente en pos de un roedor solitario.

—¡Hay vida! —exclamó entusiasmado uno de los tripulantes. Su cara triangular huesuda asomaba por una de las ventanillas de la astronave.

—El aire es como el de Pólux —agregó el otro, luego de leer la pantalla de su microprocesador.

Cerca de allí, un poco más allá de las primeras dunas, recostado a un saguaro de tres metros, un viejo indio fumaba y contaba las estrellas que ya empezaban a tachonar el firmamento. Era la hora del coyote. Entre una y otra fumarada, el viejo indio silbaba una melodía dulce que más parecía un lamento nacido desde bien adentro en el ancestro.

—¿Escuchas ese canto nostálgico? —preguntó el comandante del espacio. Este encabezaba el grupo que ascendía lentamente por las dunas hacia el cactus gigante cuya copa sobresalía por encima de las arenas.

—Parece un silbido de piroxal —le anotó su más cercano compañero.

...Al rato, ya casi en el límite de la fatiga, los astronautas llegaron al lugar del indio. Lo encontraron sentado, con un sombrero alerón casi

cubriéndole el rostro y una pequeña rama en la mano que masticaba después de cada fumada.

—¿Hay otros como tú en este planeta? —le interrogó el comandante haciendo uso de su traductor instantáneo.

El viejo aborigen se quedó mirando fijamente el infinito de las dunas hacia el norte y le respondió:

—¡Están muertos!

—¿Muertos? ¿Todos? —insistió el comandante.

—¡Todos! —respondió el indio—. Todos murieron de soberbia. Quisieron llegar más lejos de sus límites y lo destruyeron todo y se destruyeron ellos mismos.

El joven del cosmos inquirió otra vez, pero el solitario de las dunas no habló más.

—Es una lástima porque el planeta es hermoso —dijo entonces al partir.

Cuando los navegantes de Pólux retomaron el trayecto y se volvieron a su lugar de origen, varios años luz arriba en la dirección de Venus a las seis de la tarde, el anciano indio sacudió la arena de su poncho mientras se erguía, escupió las huellas dejadas por los forasteros plateados y musitó indignado:

—¡Blancos de mierda!

La duda de un Ángel

Una sombra avanzaba por el portal del viejo edificio de la Orden de Los Fundadores. El reflector de control apuntó de inmediato desde la atalaya de enfrente y dejó ver la silueta de un hombre entrado en años, vestido con una túnica gris encorvado y canoso.

—¿Quién va? —preguntó enseguida el guarda de la posta.

—Soy presto en la luz y terrible en las tinieblas —contestó el viejo.

—Siga —ordenó la voz del cancerbero.

La cancela de hierro crujió al abrirse y, por ella, avanzó hacia el patio octagonal, el misterioso anciano de gris. El amplio patio rodeado de bancas y faroles con reatas sembradas de plantas lilas y verdes parecía la antesala de un castillo medioeval. El viejo lo cruzó despacio por una diagonal de mármol azul hasta llegar a una segunda puerta cuidada por otro anciano vestido de paje.

—Soy yo —le dijo al tocar.

El segundo portero le abrió sin preguntarle nada. La puerta dio paso a un amplio corredor de paredes calizas y adoquines rojos, que terminaba varios metros atrás en una habitación de puerta monumental con aldabones de bronce. Una vez abierta esta, al fondo de la sala, en un pequeño sitial bocelado, le esperaba un joven de barbas vestido con un overol de color naranja y botas plásticas plateadas que le llegaban casi hasta la altura de las rodillas.

—Bienvenido, hermano —le dijo el joven de barbas. El viejo de gris se sentó en un canapé de fibras trenzadas.

—He venido a rendir cuentas —le respondió.

El joven del overol asumió entonces esa pose de cerebro al acecho que caracteriza a los confesores trascendentales.

—Te escucho, hermano —le dijo.

El viejo visitante carraspeó un poco y comenzó a hablar.

II

Por los tiempos de Herodes, en Xue, yo había recibido la misión de comunicar a la doncella escogida, una hermosa joven hija de Ana y Joaquín, la determinación de hacerla madre del primer niño habido entre los hijos de Gerusa y de Xue. Tenía en mis manos el eyector radioplasmático con el que le practicaría la fecundación a distancia. Me aparecí a ella en la fuente del pueblo: estaba con su cántaro sobre la cintura.

—Bendita seas, Maryam —le dije— Has sido escogida por nuestro superior para recibir en tu seno la semilla de un hijo al que llamarás Jeshua, quien será el salvador de tu pueblo y quien reinará por los siglos de los siglos, hasta nuestro retorno.

La doncella me preguntó consternada:

—¿Cómo, señor? Si he hecho la promesa de permanecer virgen ante mi Dios.

Yo le respondí:

—Concebirás y parirás virgen, porque así lo ha dispuesto mi señor, tu Dios.

—Hágase en mí su voluntad, según tu palabra —me respondió Maryam.

Y la voluntad se hizo. Una sombra verde apareció y rodeó a la joven, y por un instante la fragancia de los gases la transportó a ese maravilloso mundo de salas de cristal con ventanas de jaspe de nuestra astronave de comando.

III

—¿De qué te arrepientes entonces? ¿No cumpliste tu misión perfectamente?
—interrogó el confesor.

—No, señor. Hay algo que he callado y que, ahora, vencido por el tiempo, deseo decir para conseguir ese reposo de espíritu que perdí desde entonces
—le respondió el anciano encorvado.

El joven Yavé se puso de pie, se acercó al envejecido astronauta y le dijo cariñosamente:

—¿Algo, amigo mío? ¿Algo que nosotros no sabemos?

—Así es —le respondió—. Es algo que no creí poder confesar algún día.

El esbelto comandante, intrigado por el tono del viejo, le inquirió para que lo dijera todo de una vez. El viejo domeñó su angustia y comenzó:

—Se trata de un cambio que introduje en los planes genéticos acordados, más concretamente, en la misión de anunciar a la hija de Ana la concepción virginal decidida por el consejo de asentamiento.

—Un cambio... ¿Inconsulta?

—Así es, mi joven Yavé —le dijo.

El adusto jefe se puso de pie al instante, se pasó su mano sobre la barbilla y volvió la mirada hacia Luzbel, el comandante retirado que rendía sus descargos.

—Bueno, todos hemos sido víctimas de nuestras debilidades algún día. No somos perfectos.

Luzbel no dijo nada, se quedó esperando una nueva pregunta o la orden de continuar el relato.

—¿Y qué —insistió el joven Yavé— ¿Ese cambio inconsulto tuvo consecuencias funestas para el desarrollo del plan?

—No lo sé. Es la duda que me atormenta... Después fuimos relevados y otros continuaron el experimento. Oí decir a varios de ellos, cuando regresaron, que la sociedad de ese planeta avanzó algo por el camino de la solidaridad y el progreso, pero que Jeshua murió crucificado por sus mismos hermanos...

—Entonces ¿Qué te atormenta? Ese era el plan, hasta donde tengo noticias. Jeshua hizo lo que tenía que hacer ¿No es así?

—No. El plan fracasó. Los últimos en hacer la visita de control informaron que en ese planeta persiste el odio, todavía adoran becerros de oro... están corroídos por el vicio. Y eso no era lo que esperábamos...

—Es el eterno problema de las contingencias; algo debió pasar para que el plan se desviara, o a lo mejor se demorara más de lo previsto. ¡No es tu culpa! —dijo el joven Yavé, tratando de consolar al retirado viajero del espacio.

El viejo Luzbel, el otrora arrogante mensajero del Yavé de entonces, guardó un instante de silencio y le respondió finalmente, visiblemente turbado.

—¡Yo tengo la culpa! ¡El semen que puse en el eyector el día de la concepción virginal de Maryam no era de Yavé, era el mío!

A imagen y semejanza

Blanco estaba sentado al lado de una roca amarilla junto al hermoso lago azul que bordea la isla. Más allá, en los límites del bermellón formado por el horizonte de nubes bañadas por el sol, Verde bailaba alegre una danza ritual, agradecido porque había encontrado un recodo original y paradisíaco y el calor del cenit le entonaba el cuerpo.

A veces el aire se tornaba húmedo, imposible, y Verde se coloreaba de la ira, pero se contenía: sabía que Blanco lo observaba y que no le toleraría la más mínima infracción al programa del día. Blanco se inclinaba con frecuencia para recoger hojas, raíces y pedruscos, y Verde lo miraba y sonreía, y decía para sí: “Tan tonto él... ¿sabrá acaso que las plantas y las piedras no piensan?” Pero lo seguía aguardando.

El planetóide era casi del tamaño de Titán, poseía atmósfera de nitrógeno y una fuerza de atracción inexplicable, como si estuviera formado de materia neutrónica. Verde lo había divisado con su láser de profundidad mientras se entretenía comparando los matices del negro cósmico. Blanco lo felicitó, entonces, y le dijo: Aquí podremos encontrar algunas cosas interesantes.

Habían transcurrido varios años náuticos desde ese momento. Blanco no se cansaba de recoger muestras de la superficie y Verde de observarlo, a prudente distancia siempre. A veces Verde se cansaba de hacerlo y se dedicaba a fantasear, a viajar con su mente casi perfecta por los más recónditos parajes del universo, pero, bien pronto, Blanco lo llamaba al

orden con su click desesperante y monótono. Entonces, Verde aplazaba sus ilusiones y encendía su foquito verde y comenzaba a filmar las tareas de Blanco, y este crujía de satisfacción.

—Así debe ser siempre —pensaba—, yo recojo y él conserva, yo analizo y él graba, pero es tan distraído el Verde.

Todo el tiempo del recorrido había sido así. Blanco y Verde sabían ya los secretos de esa parte del cosmos situada en el límite del sistema solar, conocían perfectamente la naturaleza de los asteroides descubiertos en la órbita externa de Plutón, estaban sobre la pista de los extraños cuerpos vistos sobre Deimos y Fobos, y pensaban en el retorno a casa, aunque con motivaciones diferentes.

Cuando Verde se ponía pensativo y Blanco le gritaba click, la imagen ideada por aquel se vestía de nostalgia y se condensaba en el espacio en forma de filme siónico, mostrando el paisaje azul de la Tierra, que los vio partir veinte años atrás. Entonces, Verde filmaba a Blanco y a su entorno, aunque no dejaba de mirar “por el rabillo del ojo” —como decían los humanos— la permanencia del paisaje.

Las veces que Verde montaba en cólera y trataba de rebelarse —y casi siempre ocurría cuando su compañero no le dejaba contemplar las formas de la naturaleza desde su perspectiva de poeta—, Blanco dejaba escuchar su click click y algo en el interior de Verde lo llamaba al orden. Entonces, Blanco lo inspeccionaba un segundo, como para constatar que todo estaba bajo control, y luego continuaba analizando fragmentos, convencido de que Verde lo seguía filmando y almacenando los datos que le transmitía.

—Así debía ser siempre —pensaba—; yo recojo y él guarda, yo analizo y él graba.

La roca amarilla parecía un huevo gigantesco y Blanco no había detectado las líneas que semejaban un plano y que se diluían en su superficie. Al levantarse del suelo y apoyarse en la monumental roca, constató la presencia del dibujo y llamó a Verde.

—¡Observa, Verde! Parece un mensaje cifrado, como los animales de Nazca. ¡Grábalo!

Verde observó detenidamente el enrejado de líneas rectas, sinuosas y parabólicas. Se coloreó con el color típico del desconcierto y no pudo articular palabra alguna.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Blanco, intrigado.

Verde miró a Blanco y volvió la mirada sobre la piedra.

—Aquí dice que el hombre estuvo aquí y que decidió continuar el viaje hasta la próxima estrella...

—¡Eso es imposible! —exclamó Blanco—. Todos ellos murieron cuando nosotros salimos, pero Verde, que era un soñador y un optimista, pensó en la estela brillante que vio dividir en dos el cielo en una de sus noches de expectación y le dijo:

—El hombre no ha muerto, todavía existe. Y continúa volando, de planeta en planeta, de estrella en estrella. Como siempre.

Blanco y Verde eran un par de roboticos a la deriva, construidos por los técnicos de Ciudad Tayrona, a imagen y semejanza de los hombres de entonces.

El ser del seseo

Aquella noche fría de invierno todo imaginó Laura Díaz menos que iría a experimentar la sensación más extraña de cuantas hubiera podido imaginar. Caminaba por un solitario bulevar de Ciudad Caribe, despreocupada plenamente, porque residía en una pequeña barriada que no tenía los problemas de inseguridad de muchas otras. Y porque tenía su pensamiento centrado en Jaime, su atarantado novio de la universidad.

En ese sector de la hermosa ciudad jamás había ocurrido un caso de sangre o un atraco de noche. Y no solo por la buena vigilancia, sino porque se decía que por sus calles no solo transitaban seres reales, sino almas buenas sin identificar que custodiaban la tranquilidad de sus parientes vivos.

Laura caminaba sin prisa y sin el temor que sufren las personas nerviosas cuando atraviesan una calle desierta por la noche. Llevaba su bolso de cuero y unas revistas en su otra mano.

Al llegar a la esquina de la calle que conduce a su residencia, Laura sintió, por primera vez, el seseo. Sintió que una respiración fuerte se le acercaba y miró a todos lados, pero no pudo ubicar el cuerpo que lo producía. No obstante, el seseo seguía allí, a pocos centímetros de su cabeza, como si alguien invisible caminara o flotara cerca de ella.

Laura cambió de actitud. Comenzó a caminar de prisa para cubrir los pocos metros que faltaban para llegar a la puerta de su casa. Miraba seguido hacia atrás, temiendo lo peor, pero el seseo la seguía sin rasgo alguno diferente a su presencia sonora. Y entonces empezó a correr y

a gritar durante los últimos treinta metros que le faltaban para llegar, gritos que escucharon sus padres y quienes se levantaron enseguida y la esperaron en la puerta.

—¿Qué te sucede hija? —preguntó el padre.

La madre la hizo entrar y recostar en el sofá de la sala. Le acarició los cabellos y le secó el sudor frío que le corría por el cuello y sus hombros. Laura estaba muda, y temblaba presa de un ataque de nervios. Sus padres la condujeron a su alcoba, la acostaron y le dieron una gragea de un calmante para que se durmiera tranquilamente.

II

A la mañana siguiente, en la Compañía Petrolera del Caribe no se comentaba otra cosa. Un Ovni había sido detectado en las inmediaciones de la factoría y, como siempre ocurre, su presencia había producido alteraciones en los mecanismos de producción.

—¿Lo viste tú? —preguntó una joven a su compañero de tertulia.

—No, pero le escuché decir a uno de los ingenieros de turno que lo había observado nítidamente. Dijo que era un disco que brillaba como un sol y que a veces cambiaba de forma y que se desplazaba a velocidades increíbles.

Laura escuchó atenta este y los demás relatos que fueron divulgados sobre el tema mientras se desplazaba hacia la oficina. Que eran seres del espacio tras nuestras riquezas energéticas, porque, con seguridad, vienen de un planeta al cual se le han acabado los combustibles fósiles. Que son enviados por Dios para ajustarle cuentas a este mundo tan corrompido.

Laura se desentendió de los comentarios y avanzó rápido hacia su cubículo pensando en el trabajo de redacción de un informe técnico que debía hacer ese día.

III

El seseo volvió a hacerse audible, pero Laura no estaba despierta para detectarlo. Lo hizo su fiel perro Goliat, un bóxer de apariencia agresiva, pero manso, aunque con la virtud de ladrarle a todo lo que se moviera a su alrededor. El perro ladró una y más veces, siguiendo las frecuencias del enigmático seseo. Frente a eso el señor Díaz asomó su cara y su carabina por la ventana colonial de su cuarto, desde la cual tenía una visión perfecta de su jardín. Observó varios segundos y no encontró blanco. “¡Goliat!”, llamó a su perro. Este se volvió hacia su dueño agitando la cola y demostrando una inquietud inusual en él. “¡Qué pasa?”, le preguntó el viejo. El perro se limitó a gruñir y a lanzar pequeños ladridos de excitación.

El seseo dejó de escucharse por minutos. Entre las plantas nada parecía estar escondido completamente invisible a nuestros ojos. Ni siquiera Goliat olfateaba la presencia de un cuerpo extraño. Tan solo el sonido característico del seseo que se escuchaba y se perdía periódicamente.

El viejo, luego de un par de minutos y ya frente a la calma del perro, optó por cerrar la ventana y acostarse, no sin ante dejar a su lado la carabina y colocarle el pestillo a la persiana.

—¿Sucedo algo? —dijo la señora al momento de sentir en la cama a su marido.

—Goliat ladraba, pero no hay nadie allá afuera —contestó.

El seseo volvió a acercarse a la ventana de Laura, más sigiloso que antes, previendo la acción delatora de Goliat. Por lo visto, era un ser cuidadoso

y temeroso de las armas y de los colmillos de un perro. Un par de golpes sobre el vidrio despertaron de nuevo la inquietud del animal, pero el seseo dejó de escucharse, como si su portavoz hubiera comprendido que era eso lo que lo delataba y no otra cosa. Y Goliat se limitó a un gruñido de advertencia que no produjo mayores incidencias en la casa de los Díaz.

De nuevo, un par de golpes casi imperceptibles, pero suficientes para despertar a Laura, quien se recobraba el susto y del escalofrío que le produjo la experiencia del seseo en la calle. “¿Quién es?” preguntó Laura temerosamente. Goliat volvió a ladrar, esta vez más fuerte. El viejo se revolvió en la cama y trató de levantarse, pero ni la voz de su hija ni el ladrido de su fiel perro volvieron a escucharse. El silencio se apoderó del entorno, apenas si se escuchaba el tenue silbido del aire seco de esa hora de la madrugada y la suave cadencia de las ramas de los laureles y abetos que adornaban la hermosa fachada de la residencia.

La cosa, ese extraño portador del seseo que ya no se escuchaba, volvió a golpear, tenue, despacio, con un ritmo racional, y Laura, despierta, volvió a escucharlo, pero ahora Goliat, como si el ser del seseo le hubiera medido el umbral auditivo, no se inmutaba siquiera.

Laura se levantó cuidadosamente, calculando cada movimiento y se volvió hacia la puerta con la intención de abrirla y de emprender veloz carrera por el pasillo hacia el cuarto de sus padres, pero algo la contuvo. Una fuerza extraña que le taladraba las espaldas y que le hacía pesadas las piernas. No podía correr y empezó a sentir que su cuerpo se adormecía como si le hubieran inyectado un anestésico, y un embotamiento del cerebro que no le permitía coordinar ideas ni pensar respuestas, como si toda ella se hubiera convertido en un robot manejado por alguien que la quería para algo en especial.

El seseo volvió, pero esta vez Laura, lejos de sentir miedo, quitó el pequeño cerrojo de la ventana y le permitió la entrada a su alcoba. Cuando el ser del seseo entró, Laura no sintió el escalofrío de la primera vez ni el miedo que la había hecho correr como una loca. Laura caminaba como por sobre espumas, sin peso corporal, en un ambiente de discoteca sicodélica, con juegos de luces en forma de culebrinas y un aroma de esencias exóticas de oriente que lo hacían acogedor. El seseo dejó de ser un terrorífico seseo para transformarse en un susurro cálido de música matinal de cuerdas. Todo el cuerpo de Laura se estremecía frente a la cada vez mayor dulzura del ser del seseo. Era una suavidad de seda producida por mil dedos mágicos que salían de una bruma púrpura y que le acariciaban el cuerpo. Laura se dejó llevar por la música, por las caricias de los dedos sutiles del enigmático visitante, por el ambiente, y se rindió en la cama, desnuda, sintiendo que era poseída en todo su cuerpo, como si todo el ser del seseo fuera un órgano sexual y toda ella también, en una especie de cópula total que no dejaba lugar para el pensamiento.

A la mañana siguiente, Laura se levantó perturbada, sintiendo la duda de lo acontecido. Tenía la impresión de que algo maravilloso le había sucedido en sueños, pero no alcanzaba a concretarlo. Sabía lo del seseo antes de llegar a su casa y nada más. Lo otro se le perdió en el lugar oscuro de los episodios inhibidos.

Sus padres le interrogaron, mientras ella tomaba su taza de té.

—¿Sentiste anoche a Goliat, Laura? —dijo él.

—No lo recuerdo bien, padre. Creo haberlo escuchado un rato, pero no estoy segura, hay algo en mi mente que está nublado. Una serie de imágenes que se me pierden cuando trato de encontrarlas.

—Es bueno que te hagas ver de un especialista, la impresión de anoche te ha dejado visiblemente traumatizada —dijo la madre.

—Creo que lo haré esta misma tarde —contestó.

Después, Laura repitió la misma rutina de todas las mañanas: Se bañó, se vistió, desayunó y se marchó; cuando estuvo lista, tomó rumbo a la oficina donde trabajaba.

Su padre la despidió, pensativo. Algo en él le decía que Goliat no había ladrado en vano esa noche.

1981

Desilusión cósmica

La joven vedette del teatro de variedades de la gran ciudad cosmopolita colombiana había decidido esa noche, después de la función de cierre, dar un paseo por el malecón que bordea el mar desde la desembocadura del río Magdalena hasta el hermoso balneario de Moñitos.

Tomó su pequeño automóvil de turbina, marca Jegua, y se deslizó suavemente por la autopista a 150 kilómetros por hora, rompiendo la brisa costera y perturbando el silencio de los alcatraces que a esa hora se juntan sobre las ramas de los mangles para aguardar el olor de la mañana.

Sybila—que así se llama la hermosa bailarina—había representado minutos antes la opereta Onomá de Zumaqué, y todavía repetía mentalmente los movimientos rítmicos de cumbia y de porro que la princesa zenú bailaba sobre la cima del Murrucucú, cuando una luz enceguecedora la obligó a frenar intempestivamente y a casi estrellarse contra la baranda de la autopista. Luego de reponerse del susto y del enceguecimiento, bajó del auto, que empezaba a calentarse peligrosamente, y se lanzó a correr hacia el monte tratando de encontrar refugio, pero el rayo de luz la persiguió y no la dejó llegar.

Sybila se vio al instante envuelta en un torbellino de energía que se parecía al efecto de los reflectores sobre el escenario de un teatro, pero que la aprisionaba como si estuviera en una cárcel cónica de material transparente. Y comenzó a ascender lentamente hacia el lugar de donde salía la luz (un punto brillante en el espacio oscuro de las diez de la noche)

y a sentir la sensación de ingravidez de los astronautas, mientras pensaba, sin poder evitarlo, en la ascensión ocurrida en Betania veintiún siglos atrás.

Poco a poco el punto brillante como una estrella de jaspes se fue agrandando ante sus ojos y adquirió las dimensiones de una impresionante cosmonave de forma esférica. Ahora, el rayo parecía un viaducto salvador que la protegía del frío y que la transportaba sin tropiezos. Al final del mismo, Sybila alcanzó a distinguir la figura y el brillo de una perla gigante que conjugaba las propiedades aparentemente contradictorias del vacío y la solidez. En sus cercanías, el espacio interior del rayo se fue convirtiendo en una masa gelatinosa que no le permitía moverse a plenitud.

Cuando traspasó el umbral de la perla, Sybila tuvo la sensación de que rompía una membrana, una especie de placenta cósmica que resguardaba el ambiente interior de ese vehículo extraterrestre. Al entrar recuperó la seguridad de movimiento y se dio cuenta que respiraba el mismo aire de la Tierra. Encontró una sala de paredes vítricas de color ónix y un piso maravilloso que transparentaba el espacio azabache y su infinito enjambre de estrellas. Casi al instante un ovillo de luz se convirtió en silla frente a sus ojos asombrados. En ella se sentó, después de vencer el temor natural del hombre hacia lo desconocido.

—¡Sybila! —dijo una voz metálica, pero dulce. Sybila se puso de pie y comenzó a buscar al autor del llamado, por todos los rincones de la sala. La voz se escuchó de nuevo.

—Eres la mujer más hermosa de la Tierra... te observo desde hace días en tu espectáculo de variedades. Me gusta tu representación de Onomá, tu danza, tu cuerpo, tu rostro...

Sybila continuó buscando la fuente, el lugar de donde salía la voz.

A los pocos minutos resplandeció una de las escotillas interiores, sutilmente disimulada en la pared, y apareció el cuerpo del astronauta de la voz metálica, también con un brillo, pero más intenso que el amarillo crema de la perla recién abierta. Tenía el color de la turmalina. Sybila retrocedió instintivamente.

—No temas —dijo él, y se acercó más.

Sybila retrocedió otra vez, pero reparó en sus detalles. Tenía la misma configuración del ser humano, pero carecía de pabellones auriculares y la boca era tan pequeña que a lo lejos resultaba imperceptible. Tenía, en lugar de fosas nasales, un singular filamento en forma de espiral y una frente amplia y limpia que inspiraba respeto. No era hermoso, a juzgar por los patrones de belleza nuestros, pero poseía una mirada magnética, penetrante, que fue suficiente a Sybila para encantarse con él. Así lo sintió ella cuando se dejó tomar de las manos y conducir a un lugar más amplio, decorado con cortinas blancas y totalmente alfombrado de un azul mañanero y terso. La voz del joven astronauta la hizo volver en sí.

—¡Desnúdate, Sybila! —le dijo, con naturalidad, sin inmutarse.

Sybila lo pensó un instante, pero comprendió que estaba a mil millas sobre la ciudad Caribe y comenzó a despojarse de su conjunto de calle, pieza por pieza, con la elegancia y maestría de una modelo, hasta que quedó completamente desnuda. El joven la contempló con la fascinación de un niño y el asombro de un artista del mármol. Sybila pensó entonces en la posibilidad del ayuntamiento carnal y hasta experimentó un raro sentimiento de orgullo porque él la había escogido entre todas las mujeres de la Tierra y porque sería, de efectuarse, la primera unión de amor en un lecho espacial entre una mujer terrícola y otro ser de la galaxia, y porque sería, con suerte, la madre del primer hijo cósmico de la historia.

—Me llamo Tubal Arum y desciendo de los primeros expedicionarios de Tau Ceti que llegaron a este planeta hace dos mil años.

El extraterrestre recorrió con su dedo índice todos los caminos del cuerpo de Sybila y esta sintió el cosquilleo de la pasión y se dejó caer sobre el piso mórbido de la astronave, vencida, completamente dispuesta. Le preguntó, al tiempo que se tendía en el piso, porqué decía ser descendiente de Tau Ceti.

—¿Es que acaso naciste aquí en nuestro planeta?

Tubal se sentó frente a ella, a la manera yoga, y le dijo:

—Hace exactamente mil novecientos setenta y nueve años mis antepasados llegaron a este planeta. Se enteraron de que antes que ellos, una expedición del extinto planeta Dzhin provocó una guerra entre dos pueblos primitivos de la época. Estudiaron la historia de entonces y concluyeron que tal desgracia fue propiciada por el bajo nivel de desarrollo cultural de tales pueblos y por la imprudencia de los dzhijanos... Por esto hemos demorado en darnos a conocer a ustedes.

—¿Nos consideran también atrasados culturalmente? —interrogó Sybila, insinuándose con coquetería.

—Sí. Tienen un buen nivel científico y tecnológico, pero ética y políticamente dejan mucho que desear...

—Entonces ¿Por qué me has raptado? —insistió la hermosa bailarina de Ciudad Caribe.

—Es algo que no debo responder... por vergüenza —contestó el astronauta. Retiró entonces su rostro brillante a un lado, eludiendo los ojos de Sybila.

—No creo que sea una desvergüenza —le dijo esta, volviéndose coqueta de medio lado y apoyándose en su brazo derecho mientras se rizaba el cabello echando mano de un gesto típicamente femenino.

Tubal se la quedó mirando ahora y olvidó el relato de sus antepasados. Sus dedos largos como raíces volvieron a explorar la geografía erótica de Sybila y esta se acostó de nuevo y le señaló el camino de la aurora a Tubal, pero Tubal permaneció indeciso, como el explorador turbado por la belleza del tesoro encontrado.

—¿Por qué no te quitas el vestido? —le preguntó Sybila. Tubal cambió de colores. Su tez asumió todas las tonalidades del rojo y casi que bruscamente se apartó de Sybila, quien no alcanzaba a entender la conducta de su raptor, a mil millas sobre cualquier testigo inoportuno.

—No puedo, sería catastrófico —le respondió.

Sybila pensó entonces en lo inimaginable y creyó que a Tubal le preocupaban las dificultades orgánicas del acoplamiento...

—Tubal... muéstrame tu cuerpo —insistió.

Tubal Arum escuchó serenamente la solicitud de la mujer. Había recobrado la calma ceremonial del principio y procedió a quitarse, pieza por pieza, la indumentaria hasta que quedó completamente desnudo, pero ligeramente cubierto por la sombra de un batiente de la sala. Sybila buscó la luz en todo el cuerpo de Tubal.

—¡No es posible! —exclamó aterrorizada.

—Más que posible, es verdad —le respondió Tubal con un tono de pesadumbre—. Como puedes ver...

Sybila recorrió otra vez el cuerpo del astronauta con la vista y se fijó en su zona erógena, tratando de descubrirle el sexo.

—¿Quién eres, por Dios?—le preguntó entonces, acercándose y tomándolo por los hombros.

Tubal miró a un lado y le contestó de un modo casi impersonal:

—Soy un orgci. Un ser creado por nuestros antepasados de Tau Ceti para perpetuar la presencia de nuestra civilización aquí en la Tierra.

Sybila, enternecida, con el dejo melancólico de Tubal y ya recuperada de la desilusión, trató de consolarlo.

—Hace tiempo leí una obra en la que se narra el amor de un hombre con una mujer semejante a ti, llamada Lorna. ¿Y sabes lo que pasó al final? Que el amor venció la incompatibilidad existente entre ambos. ¡Y hasta tuvieron hijos!

Tubal Arum bajó la cabeza mientras Sybila se apretaba a su cuerpo con ternura. Entretanto, la cosmonave iniciaba el descenso hacia la costa de Pasacaballo, en la que un grupo de la policía vial tomaba los datos del automóvil abandonado sobre la autopista.

1979

Yusty

Yusty parecía un juguete de felpa cuando estaba dormido sobre uno de los sofás de la sala. Tenía una pelambreira de color café con vetas grises y unos ojitos saltones, verdes, rodeados por sendos círculos negros que daban la impresión de ser unas gafas al natural. El día que se me enroscó en el cuello por primera vez —y de eso hace ya diez años, aproximadamente— sentí como si una serpiente peluda me hubiera atacado por la espalda. Así de largo era, más largo que un perro salchicha de la antigüedad.

Ocurrió en una de las cacerías simuladas que hacíamos de año en año, por la época del deshoje. Ese día, en medio de un calor cenital en pleno valle del Alto Sinú, Yusty correteaba por entre la hojarasca con sus hermanos de grupo. Yo avanzaba, pistola en mano, siguiendo la senda que marcaba con su espada láser, el capitán del safari. Habíamos salido a un descampado de la selva y los homínidos de la raza de los yusty, alterados por nuestra presencia, habían optado por guarecerse detrás de los troncos caídos, bajo el abundante follaje de las laderas o en el fondo de las cuevas que servían de refugio a los animales silvestres en las frías noches de lluvia.

En el descampado decidimos prender el fuego y organizar las tiendas a su alrededor. Los cánones de la cacería decían que el fuego ahuyentaba las fieras, pero nosotros, que sabíamos que ya no existían fieras en la zona, hacíamos uso del fuego más por tradición que por prevención. En verdad, las noches en el campo no eran buenas sin fogata. Como en los viejos tiempos de los sufis, acostubrábamos a cantar, a danzar y a beber,

alrededor del fuego, en el campo o en la playa; una de esas hermosas costumbres que aún persisten entre nosotros y que nos mantienen atados, con el hilo del recuerdo, al milenio pasado, llamado del terror.

Me acompañaba DZ3Y, mi compañera; ambos acostados, juntos, alrededor del crepitar de las llamas; viendo el enjambre de estrellitas fugaces y el humo que se elevaba hacia lo alto de la noche. El capitán del safari nos había anunciado que veríamos pasar varios sputniks a esas horas y que podríamos, incluso, captar las señales de audio de varios de ellos. Mirábamos absortos el cielo despejado, mientras las virutas encendidas de la pira enmarañaban el paisaje inmediato. Recuerdo bien que le decía a DZ que el arte natural seguía marcándole la pauta a la técnica, y que los pintores electrónicos no podrían jamás lograr un arrebol como el de esa tarde.

Todo ocurrió de manera imprevista. Yo sentí el crujir de las ramas y me levanté.

Yusty salió del bosque que bordeaba el cascajal, dio dos o tres saltos y cayó sobre mis espaldas, enroscándose en el acto en mi cuello y dejando su carita pícara justo enfrente de la mía, presentándose de ese modo y originando así la hermosa relación que narramos en este texto.

—¡Hola, soy un yusty! —dijo. Entonces sonrió y dejó ver una bien cuidada hilera de dientes como de castor, los cuales utilizaba en el consumo de sus vegetales preferidos, vale decir, de zanahorias, remolachas, plátanos y rabanillos.

—¡Al suelo! —le grité asustado. Más por lo inesperado del percance que por el temor al animal, que no tenía razón de ser, dado que los yustys son como niños, buenos y juguetones, y tiernos como una canción de cuna.

Yusty entornó sus ojitos y sintió que había hecho lo que no debía y todo por ser como Epimeteo lo había decidido al día en que, según el mito, repartió a todos los animales sus diferentes potencias y maneras de ser. DZ, asustada también de primer momento, notó que el yusty había sufrido una conmoción con mi grito y lo recogió entre sus brazos.

—Pobrecito —dijo— está temblando de susto.

II

Apenas unos días después de ese episodio, Yusty acompañó a mi hijo IK3 a su primera excursión académica. Todos los años, los niños del país viajaban a algún lugar del mundo que tuviera algún interés prehistórico. Esta vez sus profesores habían decidido hacer la gira por las tierras peruanas con el objetivo de estudiar de cerca las piedras grabadas de Ocucaje y las líneas de Nazca. Las primeras, según ellos, conformaban una bien documentada biblioteca que tenía más de ochenta millones de años y en la que constaba la existencia de una raza humana que fue contemporánea de los grandes saurios.

En el motel escolar del pueblo, profesores y estudiantes decidieron esperar las primeras horas de la mañana siguiente para abordar el metro que los transportaría a Ocucaje. Esa noche, en el cuarto 126 de mi hijo, este, el yusty y dos o tres amiguitos más, iniciaron un interesante juego de preguntas y respuestas.

—¿Qué es un bosón Z? —preguntó IK, iniciando el juego.

—Una partícula subatómica transmisora de la fuerza débil —le respondió C2J, una linda pecosita de escasos once años.

—¿Quiénes descubrieron la forma helicoidal de los genes? —preguntó ella.

—*Wilkinns, Crick y Watson, en 1953* —respondió V2P, el mayor y más espigado del grupo.

—¿En qué año se construyó el primer Láser? —preguntó enseguida.

—*En 1960* —repostó EYG y carraspeó, como era su costumbre, cada vez que respondía acertadamente.

EYG iba a preguntar para que respondiera SQW, pero Yusty, al parecer molesto, les increpó por la orientación temática y metodológica del juego.

—¿Por qué respuestas simples y en ciencias? —les dijo—. ¿Es que acaso las humanidades no merecen ser tenidas en cuenta?

Esa noche, los jóvenes estudiantes, reunidos en la pieza 126 del amplio y cómodo motel escolar supieron, gracias al yusty, que los seres inteligentes éramos parte de un ser total y superior que moraba en otro plano de la realidad y hacia el cual tendíamos; aprendieron, también, que las formas superiores de relación necesarias para la consumación del plan, el Amor y la Solidaridad, eran códigos de la vida inteligente. De modo que el homo cibernético no tenía otra alternativa distinta que la solidaridad si no quería morir en el torbellino periódico de las grandes masas.

Al día siguiente, en un descanso durante el recorrido hacia las cuevas de Ocucaje, Yusty daría una demostración fiel de su condición al exponer su vida para salvar a los excursionistas. Un giroscopio particular les seguía a baja altura y era maniobrado en forma temeraria por su piloto, como si este quisiera de ese modo asustar o entretener a los muchachos. Yusty, ese extraordinario ser de apariencia lemur y de inteligencia fuera de serie, y de cuya historia me siento en parte responsable, se percató del peligro que corrían todos y se lanzó en veloz carrera hacia adelante para llamar la atención del giroscopista; antes les dijo a los excursionistas que se detuvieran a observar lo que él hacía. Hoy, todavía, después de casi diez

años, IK3 no consigue una explicación lógica para el caso. Lo cierto fue que Yusty supo, intuyó, vio, imaginó o dedujo un desperfecto que mandaría el aparato a tierra en cuestión de segundos; y así fue. Al correr no hizo sino estimular la temeridad del piloto, quien se fue detrás de él, y casi le cae encima con su vehículo —cien metros adelante del grupo escolar—, de no haber sido por el viraje súbito de 90 grados que hizo Yusty en el último instante, para caer en el fondo de una acequia. El piloto, como es de suponer, quedó inservible, y el giroscopio quedó completamente destruido. IK me refirió después que una vez se repuso del shock corrió al encuentro de Yusty y lo encontró agitado, pero consciente.

III

Yusty decía que el poema titulado *La Ardilla*, compuesto por uno de los últimos poetas del segundo milenio, había sido escrito pensando en él. Y no estaba del todo equivocado porque, si bien el poema data desde mucho antes de él nacer, quien lo escribió trató de retratar la vivacidad de una de las últimas ardillas residentes en el zoológico de la ciudad Cúpula. Y las ardillas, valga la aclaración, son como yustys encogidos y sin pensamientos. En todas las reuniones familiares, Yusty declamaba “*La Ardilla*”. Le gustaba el poema y lo actuaba. Hacía entre él y los versos una tal identidad, que era como si el poema, por medio de su personaje, se interpretara a sí mismo. Decía: “... El rumor de la Tierra / la voz de la ceiba / y el viento que filtra / el color de la aurora / La ardilla se asusta / la luz se estremece / el césped se agita / y la Tierra llora... / La lente se pierde hacia otros caminos / la luz se refugia/ detrás de las flores / La ardilla se asoma / se esconde/ se asoma / buscando el recuerdo / del Dios que la acosa...”. Eran los años de la reflexión y de la alegría. La hermosa tierra suramericana de entonces abandonaba la prehistoria política y el

oscurantismo y declaraba, por intermedio de la presidencia colegiada, su determinación de hacer parte del súper estado que las Naciones Unidas de Occidente habían conformado para encarar el reto del fundamentalismo islámico. Yusty era firme partidario de la integración. Un día en el que departíamos en la terraza de mi residencia, acompañado de mis amigos intelectuales —entre los cuales recuerdo a R2B, el famoso politólogo— expuso su tesis del Estado mundial como peldaño de la conciencia humana en su ascenso hacia el Ser Total del cual todos somos partes.

IV

Nuestro yusty era aún muy pequeño cuando lo adoptamos. Los yustys viven en los bosques hasta que son adultos y un habitante de la ciudad los adopta, pero el nuestro fue un caso excepcional, tal vez por su precocidad intelectual y su acelerado crecimiento. Llegó a nosotros a la temprana edad de siete años, pero los yustys tienen una fabulosa capacidad de adaptación y aprenden con mucha mayor rapidez y facilidad que el más inteligente de los hombres de ayer. Por esto no fue difícil que se integrara a nuestra familia y que asumiera rápidamente su rol de yusty. A los pocos días de estar entre nosotros, ya acompañaba a IK al colegio virtual, recogía la correspondencia del e-mail y retiraba las píldoras de energía de la tienda sectorial. Al mes, manejaba los tableros de mando de la casa y grababa los videos, según los gustos, y nos tenía listos los paquetes de información media hora antes del almuerzo. No había cumplido los cincuenta días cuando le suturó a IK con el equipo Láser de primeros auxilios, una pequeña herida que se hizo en un pie. Y ya entrado en confianza, nos declamaba en las noches frías poemas ecológicos, de amor y épicos que acompañaba con el sintetizador.

Conviene precisar que lo mejor que le puede ocurrir a un yusty suelto es ser adoptado, ya que, filósofos y hedonistas por naturaleza, les tienen pavor a las preocupaciones materiales. Los yustys jamás han construido una fábrica o una ciudad, no obstante que pueden aprender los conocimientos teóricos y técnicos para hacerlo. O viven en una residencia humana, y se amoldan a la rutina de sus dueños, o viajan durante algún tiempo por el campo hasta que deciden morir, pero en casa son eficientes y laboriosos, como si hubieran sido hechos para manejarlas. A un yusty jamás se le olvida que debe desconectar el intercomunicador; como tampoco el encendido de los colchones térmicos, o de las pastillas contra los insectos durante el sueño. Poseen casi todas las virtudes de los robots mucama de principios de este siglo, pero con algo que aquellos no tenían: sentimientos. Los yustys son humanoides y como tal bastante cercanos a nosotros en materia de comportamiento. Se parecen también a los androides de primera generación, pero mientras tales androides eran fríos y extremadamente lógicos, los yustys exhiben una gama de emociones y sentimientos, con no pocas aficiones al arte y a la imaginación. Solo que, mientras en el campo escriben sus poemas en las hojas de las cabinas telefónicas y los dicen acompañados con el laúd, en la casa prefieren utilizar el procesador de palabras y el sintetizador. La casa inteligente, nuestro hábitat, transforma a los yustys. Suelos dicen: “Nada como vivir en paz con la naturaleza”. Ya habituados al quehacer de una casa, afirman que lo mejor del mundo es manejarlo todo desde un tablero de barras y botones o con células fotoeléctricas. No habían transcurrido todavía los seis meses del ajuste, que eran de ley para lograr la aprobación comunal de adopción y nuestro yusty ya daba señales de querer quedarse entre nosotros. Nos encontrábamos ad portas de una gran festivo: el día de la fraternidad universal, el cual celebrábamos, como casi todos los

habitantes del planeta, con una cena en familia y a la que invitábamos a dos o tres vecinos. Estábamos en la ultimación de los detalles de la reunión (escogencia de los invitados, electro tarjetas, menú, ambientación, etc) y Yusty insistía en que fuesen los esposos CT6 y M8, por la afinidad artística e intelectual existentes entre ellos y nosotros.

—Me gustan los M8 —decía—, porque son imaginativos. Hablar con ellos es hablar de temas interesantes, además, saben producir la música electrónica. Los CT6 son joviales y simpáticos. No han leído el Kibalión, pero son artistas de la cerámica y la jardinería, y preparan un guacamole delicioso.

Después de haber definido el menú y la ambientación (“Música sideral de JMJ tomada del centro de TV ambiental”, del gusto de IK) y de haberle enviado a los esposos CT6 y M8 las correspondientes tarjetas de invitación por el computador local, le toqué el tema de sus dos formas de vida.

—Nosotros no dejamos de ser lo que somos, simplemente nos adaptamos. Para un yusty la vida es compleja, pero no tiene porqué complicarnos a nosotros. Estar en el hábitat de los hombres implica un reto y es parte de nuestra misión. Nos limitamos, es verdad, pero le ayudamos a entender al hombre que la ciencia se hizo para servirse de ella y para vivir la vida. Así de fácil. —me dijo.

V

A ningún yusty le gusta que le pregunten por su origen. Están tan convencidos de su carácter mesiánico que no admiten, ni siquiera como probable, la conjetura de que pudiesen tener como origen un experimento de laboratorio. Tampoco creen en la tesis de la mutación producida por una explosión nuclear a fines del siglo XXI. Mientras los científicos humanos

se devanan el cerebro intentando diferentes teorías acerca de la génesis de los yustys, estos dicen que para el caso da lo mismo haber sido el fruto de un accidente o de un plan de conservación de la vida inteligente en el planeta. Lo importante y concreto es que tenemos la clave para hacer que el hombre sea feliz y eterno, dicen. Nuestro yusty no se cansaba de repetir que el hombre era un ser incompleto y que le faltaba el medio para alcanzar la fase de la perfección; ese medio eran ellos, los yustys. Esa noche de la fiesta, Yusty nos narró las etapas del viaje hacia las altas esferas espirituales. Nos contó que todos los seres evolucionan y tienden hacia la fusión con la divinidad y que el alma es el vehículo portador que nos hermana con Ella, con la armonía cósmica, con el principio rector inmanente que mora en la interdependencia de todos los cuerpos. Los yustys, sobra decirlo, dicen ser los portadores de ese mensaje de salvación, más exactamente de espiritualización, que hará posible la conversión del hombre moderno y su salto hacia la comunión con el cosmos divino, del cual provenía. Son como mensajeros de las estrellas con la responsabilidad de evitar que la línea humana de la evolución se frustre por tercera vez en la Tierra, tal y como ocurrió con la civilización de las tres lunas y con la mucho más antigua que existió por la época de los dinosaurios.

—Hoy —dijo Yusty en el momento del brindis— no va a ser una catástrofe sideral ni un accidente en el manejo de la energía, como en los casos anteriores. El fin de la humanidad vendrá como consecuencia de la automatización que convierte al hombre en un animal peor que los gigantes mitológicos que devoraban a sus propios hijos.

Después de esa afirmación, no sobra decirlo, nos quedamos pensativos un rato, recordando los años de la dependencia biológica y reflexionando en el porvenir de nuestros modernos chips neuronales y en las posibilidades que estos abrían al pensamiento.

Entretanto, Yusti consumió un poco de guacamole con tortillas que le brindaron los CT6 y se quedó mirando hacia el bosque, por la ventana, seguramente pensando en esa otra vida de libertad que los yustis abandonan cuando deciden mudarse, con fines pedagógicos, a la casa de alguna familia androide de cuarta generación como nosotros...

1988

Ejercicios fílmicos

Bent y yo, investigadores del centro de experimentaciones sicofílmicas de Jaraquiel, realizábamos la función de seis de la tarde con grandes deseos de progreso en nuestro proyecto. Sobre la pantalla horizontal y convexa del tridivisor se erguían las figurillas de dos danzantes en medio de una atmósfera de vapores rosados que salían del cristal y que los hacía ver flotando como si en lugar de estar en la superficie bruñida de color ónix, estuvieran en el espacio exterior haciendo la caminata Leonov de reglamento.

La danzarina vestida de tul llamaba con sus dedos de mil arpegios a su compañero desnudo que se encontraba ensimismado, contemplando la limpidez del agua que bajaba rauda por el río. El joven se volvió y admiró el hermoso cuerpo que transparentaba a través del vestido y sonrió.

—¿Por qué le pusiste esa sonrisa? —inquirió Bent a mi derecha— ¡Es insulsa!

El joven no se dio por aludido. Continuó contemplando a su Elisa desde la orilla mientras el agua corría por la superficie mostaza del cauce.

—¿Eres tú, mi amor? —preguntó ella desde lo alto; temblorosa, con ese rubor casi infantil de las heroínas— Te he estado buscando por todas partes— Puso sus manos sobre sus rodillas en actitud coqueta.

—Estaba bañándome. Antes corrí un poco por la pradera simulando ser un potro salvaje... ¿Te sientes bien? —le respondió él después de abandonar el agua y dirigirse al talud de la ribera.

La mujer bajaba por una ligera pendiente rocosa cubierta de gramilla lila. La brisa liberaba los siete velos de su ropaje y toda ella parecía una almendra de nácar cubierta por ráfagas de sedas al viento. Al verla llegar, él sintió la punzada del deseo en el bajo vientre. Ella inició sobre la arena un baile de incitación al amor; movía sus brazos en forma sincronizada con todo el cuerpo, como si fuera una oruga que se encogía y estiraba, o un cisne que abría sus alas y luego las recogía, alternadamente.

—¡Pura cursilería! —exclamó Bent, contrariado, y se situó enfrente de la pantalla del tridivisor, contemplándola.

La danzarina continuó sus movimientos y su compañero se extasiaba con ellos y se tendía desnudo sobre la playa, esperándola.

—El final es demasiado obvio —agregó Bent y se volvió hacia mí. Yo me lo quedé mirando fijamente, molesto por sus insistentes y mordaces apuntes.

—¡Toma tú el control, entonces! —le dije y me levanté del sillón.

Bent trajo a cuento el tema de las relaciones entre la fantasía y la realidad mientras se sentaba frente al tablero del tridivisor y comenzaba a mover sus videobotones.

—Verás un buen filme —me dijo—, con más imaginación y profundidad, con menos cliché....

Sobre la pantalla, casi al instante, aparecieron dos agitados astronautas que huían de una bestia en un desierto ferroso de Caciopea; la bestia corría tras ellos, pero los valientes astronautas, armados de valor y de un adminículo antigravitatorio que les permitía volar a baja altura, se mantenían a salvo.

—¡La misma historia de siempre! —ataqué entonces, porque era mi turno. Y no pude evitar una sonrisa al ver la cara de contrariedad de Bent.

—Ya verás que no —me respondió. Cerró los ojos como para lograr una mejor concentración y continuó desparramando ondas lumínicas sobre la caja de integración del tridivisor.

—Prepárate para ver algo original —agregó.

Sobre la pantalla aparecieron entonces los mismos astronautas con sus vestidos de desembarco, cabalgando sobre dos briosos corceles en una hacienda del oeste norteamericano del siglo anterior. Se preparaban para un rodeo, pero, fantásticamente, este estaba próximo a iniciarse en un monumental estadio de “hard ball” con techo de fibra de vitrex.

—Eso no es real, es un disparate —le dije, insistiendo en la vieja polémica existente entre él y yo.

—¿Qué es lo real y qué es lo ilusorio, lo sabes tú acaso? —respondió enseguida—. ¿No podemos crear situaciones escénicas que satisfagan nuestros deseos? ¿En qué queda la libertad de creación, contigo? —complementó y continuó con el ejercicio.

Los astronautas dieron la vuelta al estadio en medio de los aplausos y de la algarabía del público, de un público heterogéneo que reunía individualidades vestidas a la usanza de la Grecia heroica, del Renacimiento florentino, de los años treinta en Chicago y de los sesenta en la era del rock y del petróleo en América y hasta de las calendas de Hermes, el atlante que se comunicaba con Sirio desde su observatorio piramidal en Egipto.

Se diría que los jinetes de ese extraño rodeo se habían sobrado en las pruebas de monta y de coleo, a juzgar por la ovación. Yo le reclamé entonces a Bent

que ese tipo de mixturas fílmicas no eran originales, que ya Mel Brooks, un realizador de cine de los primeros Estados Unidos de América, las había llevado al celuloide y que en este año 2.047, en plena era de los neurotrones, no era racional ni ético conjugar diferentes personalidades y situaciones correspondientes a épocas diversas, para tratar de plantear problemas del presente. Cada época tuvo su ser humano, con sus virtudes y defectos, con sus capacidades y sus carencias. Y así hay que tomarla. En su contexto. En cada era el hombre tal cual fue.

Bent se quedó un rato pensativo, luego miró el reloj y me pidió que apagara el aparato. “Es hora de ir a la reunión del consejo”, dijo para justificar la interrupción de la sesión. Yo apunté con mi dedo el icono “On Off” y lo observé mientras guardaba los neurotrones en sus cajas esféricas. Hecho esto se dirigió a mí:

—La imaginación es como las alas del pensamiento; un hombre sin imaginación es como un pájaro sin alas —dijo en tono magisterial y empezó a despojarse de su mono de trabajo.

Nos disponíamos a abandonar el laboratorio para salir hacia el edificio del Consejo, con los documentos del nuevo estadero que la cooperativa proyectaba construir en el hermoso balneario de Broqueles, y Bent notó que algo no estaba bien en el tridivisor.

—Es esa luz residual tenue —me dijo con expresión de incertidumbre. Hizo entonces un leve contacto digital con el icono rojo y exclamó: “¡Está apagado!”. Sin embargo, había remolinos de luces en aumento sobre la pantalla que no podían provenir del tridivisor. Eran como esos remolinos de estrellas que anteceden al proceso de reintegración de la materia.

—¿Otro producto de tu imaginación, Bent? —le dije, pensando que tal vez trataba de tomarme el pelo. “No, esto es otra cosa”, me contestó. Su pensamiento se perdió en los laberintos de la meditación.

En ese instante los ovillos luminosos cobraron forma y aparecieron sobre la pantalla los mismos astronautas del ejercicio fílmico anterior, pero saliendo de una pequeña nave de líneas tradicionales que se posaba sobre un terreno plano y desértico.

—¡Eureka! —gritó uno de ellos. Temerosamente afirmó su pie derecho en la superficie firme del planeta, manteniéndose asido a los pasamanos de la astronave y con el otro pie sobre el último peldaño de la escalinata.

—¿Todo bien? —preguntó receloso un cosmonauta.

—¡Baja! —le contestó su compañero.

El segundo hombre bajó entonces con un poco de mayor confianza. Entretanto, el primero daba saltos como un niño sobre la Tierra del mundo que acababan de descubrir.

—Parece que es un defecto de reincidencia —dijo Bent—. A veces ocurre. Es como un sueño, una reactivación de las conexiones nerviosas, pero en forma desordenada.

Bent observaba detenidamente el paisaje árido que reproducía el tridivisor.

—¡Mira, Bent! —grité yo, señalándole las insignias de la nave estelar. Bent se acercó hasta el límite permisible por el campo envolvente. “¡No puede ser!”, exclamó. “¿Douglas Wilson y Arthur Pendleton?”. Bent me observó con cara de incredulidad.

—¡Ellos son! —agregué yo, y le señalé la pantalla.

—¡Pero, si esta gente salió hace dos años rumbo a Barnard! ¿Cómo pueden estar allí? —preguntó Bent, y señaló la superficie bruñida del tridivisor.

—Es posible que hayan llegado a Barnard y que eso que vemos sea una transmisión siónica del acontecimiento...

—No, no puede ser —interrumpió Bent—. Estos aparatos no están diseñados para captar ese tipo de señales, y ellos (señalándolos) deben estar a seis años luz de la Tierra...

Sobre la pantalla del tridivisor creativo.

—¿Es eso Barnard, Douglas? ¿No te parece muy raro que hayamos llegado antes del tiempo previsto? —le dijo un astronauta al otro, al tiempo que recogía del suelo un pedrusco que parecía carbón.

—Para serte sincero, estoy tan confundido como tú. No sé si esto es el planeta óptimo de Barnard, lo que sí te puedo asegurar es que no es región alguna de nuestro sistema solar que conozcamos (miró en dirección a nosotros, bóveda arriba) La superficie es enigmática y, sobre todo, esa bruma que no nos deja ver más allá de la curvatura...

—Es posible que estemos en una estación orbital abandonada —dijo Arthur. Y se cubrió las cejas con ambas manos, tratando de mirar a través de la bruma.

Bent y yo escuchábamos atentos, sin querer dar crédito a lo que nuestros ojos miraban. De repente Bent se puso de pie, como si hubiera encontrado la solución del problema. Tomó el extractor entrópico y lo colocó en dirección a la pantalla.

—¿Qué pretendes hacer, Bent? —le pregunté, temeroso de las consecuencias.

—Quitar eso que ellos llaman la bruma que no los deja ver más allá de la curvatura.

—¡Estás loco, Bent! Eso puede generar una reversión de campo en el pequeño espacio de los astronautas —le dije.

—No, nunca he estado tan cuerdo como hoy —me contestó; encendió la unidad de carga del extractor e inició la succión de la bruma que inquietaba a los astronautas y que no era otra cosa que energía compresada por la cara interna del campo que envolvía la pantalla del tridivisor.

—No olvides que la imaginación es como las alas del pensamiento. ¿Quién me dice que esos no son Ray Douglas y Arthur Pendleton en persona, trasladados a esta pantalla por alguna extraña fuerza del cosmos? —agregó y siguió en su tarea.

—Es posible, Bent. Bastante posible —le respondí.

1981

La entrevista

*A Germán Espinosa (In memoriam)
y Orlando Mejía Rivera,
con mi admiración y aprecio.*

El caballo atravesaba una pradera y sus extremidades de fuego parecían como si volaran. El jinete que lo conducía iba hacia el llamado Castillo, que quedaba en la cima de una colina de poca altura en la que remataba una pendiente sembrada de pastos que servía de alimento a las cabras de su misterioso habitante. De él se decía que parecía un ser de otro mundo y que tenía el aliento de un dragón, que no hablaba con nadie y que solo salía en las horas de la noche, sobre todo en las de luna nueva, para platicar con la brisa y cogerle el pulso a la oscuridad.

El jinete había estado unos minutos antes en el llamado museo de los recuerdos y en él había visto una nevera en la que se conservaba el hielo de los años históricos y algunas de las bebidas que se consumían por esos tiempos. Había conversado con el actor que la atendía y este le había dicho que tenía varios días que no veía al enigmático dueño de la vieja casona de la colina.

—¿Habrás muerto? —le preguntó.

—No, no lo creo —le respondió el actor del museo, al tiempo que lo invitaba a tomarse una soda con sabor y un pan de sal que todavía le quedaban del anterior suministro de alimentos del pasado.

El jinete saboreó el helado y burbujeante líquido de color ámbar, hizo un gesto de complacencia con su boca como si catara un trago de vino de bodega y enseguida empezó a comer el pan, que no era sino pan francés, pero duro y harinoso.

A la entrada del Castillo, el jinete notó la presencia de varios niños de la escuela de formación para la vida que habían ido a pasear por los alrededores en busca de aventuras y que se encontraban a pocos pasos de la puerta de hierro del jardín de la misteriosa mansión. Al notar la presencia del jinete uno de ellos le preguntó:

—¿Qué se le ofrece, señor?

—He venido a hablar con el dueño, debo hacerlo —le contestó.

El jinete siguió de largo y se dispuso a tocar la cancela de hierro, pero encontró que estaba abierta, entró al jardín y tomó el sendero con rumbo a la entrada de la casa. Miró la fachada de cerca y pudo constatar que toda ella parecía una imagen congelada del pasado porque los barrotes de las ventanas estaban oxidados, las paredes descascaradas y sin pintura, las puertas carcomidas, muchas de las baldosas levantadas y partidas, y algunas estructuras abiertas que dejaban ver las varillas también oxidadas, y porque toda ella estaba cubierta de mugre y polvo acumulados durante años.

Caminando con la vista al suelo para evitar pisar la basura, llegó a una alcoba que parecía la principal y que, a diferencia de las demás, tenía la imagen de las cosas revestidas de actualidad. Estaba limpia, al menos. Y daba la impresión que habitada, aunque no se escuchaba nada que delatara la presencia de un inquilino, ni siquiera el zumbido de las moscas que le había acompañado durante el recorrido inicial.

“Creo que lo mejor es tocar”, pensó, e intentó hacerlo, pero la puerta se abrió misteriosamente antes de que sus nudillos la golpearan y todavía es la hora que no sabe si por la acción del viento o por algún mecanismo termomecánico o por obra y gracia del deseo de su residente que, supuso entonces, vigilaba sus pasos desde algún mirador escondido.

El jinete entró y regó la vista por todo el cuarto y pudo contemplar lo que parecía ser la apoteosis del desorden, pero sin mugre ni desechos, aunque con un poco de polvo de varios días. Dirigió su atención sobre las muchas revistas y periódicos anacrónicos acumulados sobre una mesa sin mantel. Observó los demás muebles: un diván deteriorado, dos taburetes viejos de cuero y una mecedora de mimbre con muchos descosidos, un samovar, un aguamanil y una tinaja. Y miró también los libros arrumados en el escritorio, uno de ellos abierto y separado con un puñal de plástico. Miró la portada y leyó el título: *El planeta de los simios*. Al lado de él, cerrado, estaba otro libro de menor grosor y pasta más sencilla titulado *La noche de la Trapa*, del escritor Germán Espinosa.

Luego de esa visión inicial el jinete decidió buscar al inquilino en el patinejo y se asomó inicialmente por una ventana con hojas de madera que estaba semiabierta y por la que se filtraba un olor a flores y a hierba fresca. El jinete observó todos y cada uno de los lugares del pequeño descansadero del castillo, desde las reatas sembradas de begonias y magnolias del fondo, pasando por la fuente central con sus bancas y sus pequeñas esculturas de ninfas y auras y el surtidor con forma de ánfora, pero sin agua.

Al otro lado de la tapia unos niños recogían frutillas. Los demás se ocupaban en otros menesteres. Unos cazaban mariposas amarillas, otros jugaban a la pelota como se dice que jugaban los indios mayas antes de la

misteriosa diáspora y los demás corrían por el desfiladero tras imaginarios bridontes, montados en sendos caballos de vapor y blandiendo espadas de luz, con las que hacían explotar como pompas de jabón las imágenes de los animales fantásticos que descubrieron en uno de los cuentos de las clases de realismo que tomaban para saber cómo eran los dioses que amaban y sufrían más allá del mundo de las páginas y las letras.

Al percatarse que el extraño personaje del castillo no se encontraba en la parte habitable del mismo, y ver que los niños jugaban en los alrededores como si nada, decidió ir hacia ellos para preguntarles por él, porque supuso que lo conocían y podían decirle en donde se encontraba en ese momento.

Los encontró jugando a la identidad de las cosas y uno de ellos tenía entre sus dedos un ramito de hojas verdes y preguntaba a los demás de qué planta eran.

—¿Sabes tú acaso dónde está? —le preguntó a ese que parecía lideraba la sesión, al tiempo que le señalaba la pared exterior del patinejo.

—¿Soy yo acaso el guardia de mi hermano? —le contestó riendo.

—¿Y para qué lo necesita? —le interrogó otro, con arrogancia, mientras hundía en la Tierra una pala que usaba para recoger basuras.

El jinete se desconcertó un instante por la actitud de los niños, burlesca la del primero y casi desafiante la del segundo. Y no pudo evitar una ligera mueca de desaprobación que a los niños les pareció graciosa.

—Es un trabajo de investigación que adelanto por razones de patria —le respondió el jinete pocos segundos de meditación después.

—¿Razones de patria? —exclamaron todos en coro.

—¿Y no nos dijeron en clase de ética que la patria había desaparecido por culpa de la soberbia y el egoísmo de los hombres? —dijo otro de los chicos.

El jinete se sintió en otro lugar de la historia, como si hubiera olvidado poner el temporizador antes de salir del cilindro transportador de la nave *Enterprise*, del capitán Kirk. Luego prosiguió su charla al notar que los niños seguían expectantes.

—Todo empezó en un cuento titulado *El asunto García*. En él, el personaje, un estudiante costeño de apellido García, se siente asediado por un fauno burlón vestido de levita negra y sombrero de copa, pero al cual se le veían los cascos y los cachos que lo identificaban plenamente como fauno. Y al parecer, por culpa de ese fauno obsesivo, el personaje del cuento estuvo en el lugar equivocado y lo mataron en lugar de a Jorge Eliécer Gaitán y eso le cambió el rumbo a la historia de Colombia en esta dimensión de ustedes.

—¿Y al fauno qué le pasó? —dijo el muchacho de más edad.

—Eso trato de averiguar, aunque en el cuento el fauno es un símbolo para significar esa fuerza misteriosa que algunos llaman azar y que hace que las cosas ocurran de una u otra manera —le contestó el jinete.

A esta altura del diálogo ni el jinete ni los niños se habían percatado del acercamiento del extraño residente del castillo que venía subiendo a pie la ladera. El primero continuó su relato del cuento y le comentó a los niños que *El asunto García* había sido uno de los tres finalistas de un concurso nacional de cuentos de ciencia-ficción y que si no ganó fue porque a los jurados se les escapó el detalle del fauno y no cayeron en cuenta que ese era el verdadero acierto del texto, al menos desde el punto de vista filosófico.

El niño mayor iba a preguntar qué era eso de filosófico, pero los demás vieron que el habitante del castillo estaba a pocos metros y emprendieron veloz carrera.

—¿Por qué huyen? —alcanzó a decir el jinete.

Los niños le señalaron hacia abajo y el jinete vio al extraño personaje vestido con una sotana negra, botas también negras y guantes y capucha del mismo color. Trató de mirarle el rostro, pero un antifaz y una cinta de tela se lo ocultaban casi plenamente.

—¡Huyen de mí! —le dijo el encapuchado con una voz impostada que parecía salir de un altoparlante—, pero no tema, no soy peligroso para ellos ni para usted. Huyen de mí porque me han hecho algunas travesuras y les prometí un castigo por ello.

Al escuchar esto el jinete se tranquilizó y no dudó en decirle cuál era el objetivo de su visita.

—Vengo a hacerle una entrevista, bueno, si usted no pone reparo alguno —le dijo.

El hombre de negro lo miró con algo de resignación, como diciendo:

—¿Otro? —Y lo invitó a que subiera hasta su alcoba.

Unos minutos después estaban el jinete y el llamado hombre del castillo sentados en sendos taburetes de cuero, contemplando el paisaje del jardín, la fuente seca con sus estatuas y disfrutando de un par de cigarros que al enmascarado le suministraban los filibusteros que vendían artículos de las islas casi desérticas y despobladas del Caribe.

—¿Entonces usted cree que el fauno del cuento vive en esta dimensión? —le preguntó el anfitrión al jinete, luego de las explicaciones iniciales acerca

del motivo de la visita. Antes le había preparado al visitante un extraño, pero delicioso jugo de frutillas del monte que este degustó complacido.

—Sí—le respondió el jinete—. Y la razón me la da Phil K. Dick. Como usted seguramente recuerda, la novela *El hombre del Castillo* de Dick cuenta la historia después de la segunda guerra mundial tal como él la pensó si en lugar de haber ganado los aliados hubiera sido el fascismo el triunfador. Los japoneses —como se cuenta en la obra— hubieran dominado gran parte de los Estados Unidos y hubieran anticipado en muchos años su extinción como potencia.

El hombre de negro —que seguía sin descubrir su rostro, aunque se había despojado de la sotana, de los guantes y de las botas— le dijo entonces que no entendía la relación entre el fauno del cuento y el ejemplo de la segunda guerra. Aprovechó para caminar unos pasos y señalarle —tocándola— la fuente seca.

—Desde que desapareció el Estado no hay agua en las cañerías, —dijo con algo de pesadumbre—. Pero hay allí una relación de causalidad que no veo en su ejemplo —concluyó.

El jinete pensó en ese instante explicarle la discusión ya superada entre el determinismo y la incertidumbre y explicarle que las nuevas técnicas de la cibernética hacían posible la recuperación del pasado, pero prefirió volver al mundo de esa dimensión que visitaba con frecuencia para investigar eso que él llamaba los ripios de la historia.

—En esta dimensión las cosas no ocurren como en la otra de donde vengo, fruto de un cruce de hechos y circunstancias —dijo—. Acá hay un evidente demiurgo que las programa, alguien que ejerce su dictadura mental sobre los hombres y no les deja otra alternativa diferente a ser lo que él quiere que sean.

—¿Y? —dijo el anfitrión con evidente interés.

El jinete lo miró fijamente, pensando cada una de las palabras que le iría a decir enseguida.

—Yo creo que el Jorge Eliécer Gaitán de mi cuento vive en este mundo, en esta dimensión escondida de la memoria y creo que puedo recrearlo para indicarle a mi pueblo lo que perdió por culpa del fanatismo.

Dicho esto, bajó la cabeza como escarbando en el recuerdo y le soltó esta pregunta inesperada al enmascarado:

—¿Es usted, acaso, el personaje de un cuento de ciencia ficción?

El hombre cambió de semblante, frunció el ceño y los labios, cambios que el jinete no alcanzó a ver por el cubrimiento del rostro.

—¡Sí! —contestó secamente—, pero no el que usted se imagina y es usted el quinto en venir a hacerme perder el tiempo con sus preguntas.

El jinete se quedó mudo con la respuesta y trató de levantarse con la intención de despedirse, y ponerle punto final a la entrevista, pero el misterioso entrevistado lo detuvo.

—Perdóneme, pero no ha sido mi intención rechazarlo —le dijo—. Lo que pasa es que usted no conoce el drama de mi vida en esta dimensión —agregó.

La noche empezaba a llenar de oscuridad el castillo y los alrededores. El hombre enmascarado encendió un par de velas para disiparle el temor al jinete. Los niños ya estaban bien lejos del castillo, durmiendo en ese otro lugar que los dioses diseñaron para que los niños fueran felices y contagiaran de felicidad a todos los demás niños del mundo.

—Le voy a contar ahora mi historia —le dijo al visitante, mientras se acomodaba en el diván—. En ella también tiene que ver un cuento, como en su caso. ¿Recuerda usted *La noche de la Trapa* de Germán Espinosa? —le preguntó.

—Sí, lo leí hace muchos años y lo estoy viendo en la mesita de esta alcoba con las mismas letras rojas y el fondo negro de la edición de 1965.

—Pues bien, si recuerda el cuento sabrá que un científico de nombre Melchor de Arcos había convertido a dos chimpancés en hombres y que uno de ellos llamado Chip huyó y que al otro lo asesinó de Arcos en el instante en que lo encontró disfrutando del sexo con su esposa y en su propia cama.

—Así es —respondió el jinete—. Y recuerdo el final del cuento, cuando Melchor de Arcos llega al Monasterio Trapense para purgar con el enclaustramiento su crimen y constata que el monje que lo recibe, Fray Roberto de Clarabal, es el mismo simio Chip a quien él había convertido en hombre y que se había fugado de su laboratorio.

El jinete hizo una pausa y reparó en el libro que estaba sobre la mesa de centro. Luego prosiguió.

—Lo que no entiendo es ¿por qué tiene que ver el cuento con usted?

—Mucho —le dijo el enmascarado. El cuento terminó donde usted dice, pero la historia no. Después ocurrió que Melchor de Arcos, aún dolido por su fracaso, intentó matar a Fray Roberto de Clarabal, a Chip, sin permiso de Espinosa y que este, para evitar la truculencia y dejar que el cuento terminara en el momento preciso, decidió borrar esas escenas de la historia publicada y los condenó a vivir, a Arcos y a Chip, en este limbo que forman los borradores archivados de los escritores.

El jinete aspiró una bocanada del cigarro que le había obsequiado minutos antes el anfitrión y se quedó un rato pensando hacia adentro, como buscando la mejor explicación de lo que diría después. La noche era acompañada por un viento frío que silbaba como en las viejas películas de ultratumba y que se metía por las rendijas de ventanas y puertas del castillo y cerraba las que estuvieran abiertas.

—En el cuento de Germán Espinosa —dijo el jinete— el escritor se realiza con el progreso intelectual de uno de sus personajes, el tal Roberto de Clarabal, pero en el citado por mí, en *El asunto García*, el escritor quedó inmerso en una duda que lo atormenta porque no sabe qué desear más, si la muerte de Gabriel García, el escritor costeño que estaba en el lugar equivocado o la del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán. ¿Se imagina usted lo que hubiera sido de Colombia con Gaitán de presidente?

—Algo he oído de eso —dijo el hombre del castillo—. Sé de una región de esta dimensión en la que vive un abogado penalista de apellido Gaitán que se salvó en un cuento de un escritor Mejía.

—Me gustaría conocerlo...

—No se lo recomiendo. Me han dicho que él, agobiado por la soledad de estas páginas y al saber que para que él viviera tuvo que morir un escritor que hubiera ganado el Nóbel, se ha dedicado a la bebida.

—Y bien que lo sé —respondió el jinete—. Como que he sido yo quien le salvó la vida para que entonces viviera en esta dimensión.

—¿Ha sido usted quien lo ha mandado a la papelera de reciclaje? —preguntó el entrevistado— ¿Y, a propósito, quién es usted? —insistió con firmeza y evidente curiosidad.

El jinete dudó unos segundos antes de responder. Pensó en toda la historia del cuento, la utilizada y la desechada. En lo triste para la literatura si el costeño estudiante de Derecho hubiera muerto como lo conjeturaba *El asunto García* y de él se supiera apenas por el informe de policía que daba cuenta de su muerte y que relacionaba el párrafo inicial de *La casa*, la que sería su gran novela. Y le respondió al ermitaño de negro con la seguridad aprendida en las muchas lecturas que tuvo que hacer antes de decidirse a escribir su primer texto.

—Digamos que soy un poco ese Gabriel García que murió asesinado en mi cuento o uno de los muchos autores que andan en busca de personajes, pero la verdad, soy el escritor Orlando Mejía, autor del cuento *El asunto García*, y estoy investigando en esta dimensión para escribir el cuento de Gaitán vivo en un país que evitó la tragedia del 9 de abril y los gobiernos conservadores, liberales y uribistas que le siguieron...

El hombre del castillo dejó escuchar una breve risa que parecía fingida, una especie de “ja, ja, ja” actoral que minimizaba la importancia de la anterior versión.

—¿Y eso es todo? ¡Lo mío sí que es importante! —expresó.

El jinete miró al enmascarado un instante, con enfado por su pedantería, y al caer en cuenta que tampoco sabía de quién se trataba, le preguntó:

—¿Y usted quién es... porque yo tampoco sé quién es usted?

El enmascarado sonrió, viró su cuerpo a un lado y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Por qué cree usted que ando con la cara cubierta? —le contestó y empezó a quitarse el antifaz y la cinta de terciopelo que le cubría la boca y el mentón—. Yo soy Fray Roberto de Clarabal y tuve que escapar

del monasterio trapense para evitar que el científico Arcos me mutara nuevamente en simio, lo que logró parcialmente.

Al tener la cara descubierta levantó la cabeza y dijo con la voz quebrada.

—¡Mire mi rostro mezcla de humano y de primate!

—¡Ah, bestia! —exclamó en voz baja y con desilusión, el escritor Mejía Rivera.

2007

Thriller

Aquella noche lluviosa de mayo, el poblado agrícola de Mocarí era apenas una fogata desde las alturas. En la garita de su cementerio, el celador y un amigo jugaban una partida de dominó, desentendidos de la apacible estancia de los muertos. Mataban el frío y el tedio con el delicioso aguardiente anisado y el juego.

Hacía apenas un par de semanas que el cielo había asperjado sobre las sementeras una lluvia de partículas luminosas que hacían aumentar el brillo de las hojas mañaneras y que habían generado entre los pobladores toda clase de comentarios, cuales más fantasiosos.

—Es el abono de las estrellas —había dicho el padre Anselmo para aclarar las cosas y evitar mayores desmadres de la imaginación.

Y el pueblo le creyó.

Esa noche, la lluvia de partículas se hizo visible sobre la extensa zona del camposanto. Juan y Martín, los silenciosos jugadores, no se dieron cuenta sino al rato, cuando un rayo de luz que salía del torbellino celeste bañaba todas las tumbas.

—¡Carajo, parece como si fuera de día! —dijo Juan.

—Parece no, que es —le contestó Martín, impresionado.

Ambos se pusieron de pie y salieron de la caseta para ver lo que ocurría. Un brisón barría el polvo de los caminos y mecía los arbustos de ornamentación en esos instantes.

—¡Miércoles! —exclamó Martín—. Estas son vainas del Maligno.

—¡Qué Maligno ni qué carajo! —le contestó el celador—. Es como un sol chiquito ¡Mira!

Martín miró hacia el cielo brillante y pudo observar en todo su esplendor de jaspe el disco desde el cual salía el misterioso rayo. Ambos quedaron absortos en la contemplación y por eso no notaron lo que ocurría en el suelo. Martín fue el primero en percatarse de la anormalidad.

—¡Las tumbas se están abriendo! —gritó, visiblemente alterado.

Y así era, en efecto. Las tapias fueron, una a una, saltando en pedazos. Las lápidas caían hacia atrás, removidas por el borbollón del suelo. Y los muertos salían de sus féretros y se dirigían hacia ellos en procesión macabra y amenazante, con los brazos extendidos hacia adelante y los rostros aún cubiertos de barro.

—¡Vienen hacia nosotros! —advirtió Martín— ¡Corramos!

—¡Espera... esta escena yo la he visto antes!

Martín se quedó mirando a Juan con extrañeza y luego emprendió veloz carrera hacia la puerta del cementerio.

—¡Espera, Martín! ¡Ya sé de qué se trata! —le gritó Juan, quien seguía en actitud de expectación no obstante el peligro.

Martín no lo escuchó y siguió en su fuga. Entretanto un hombre con rostro de lobo y vestido de lentejuelas hacía su aparición, rítmicamente, en medio de los muertos.

—¡No te vayas, espera! —insistió el celador a su amigo. Este se detuvo un instante y miró a Juan en la distancia de la garita.

—¡Ya sé dónde he visto la escena! —le gritó Juan— No es nada del otro mundo. ¡Mira... son los seres de ultratumba de Michael Jackson!

Los ejecutores

Aquella era una noche fría de saturnal, el mes de las lluvias, con un cielo encapotado que no permitía ver la luz de la luna. Las calles estaban solas y las pantallas del alumbrado languidecían misteriosamente, como si la energía hubiera optado por el atajo de Carnot y se perdiera en ese impreciso lugar en donde el fuego se libera de sus alas para retomar el ciclo.

Me disponía a salir de una taberna del tipo alemán situada en el populoso sector de Mocarí. Había estado allí en la agradable compañía de mis amigos de tertulia. Durante horas y horas habíamos hablado de política, de mujeres, de rones, de las últimas decisiones de Mutltivac. Y la conversación giraba y giraba, alrededor de uno y otro tema, y a los oídos de cualquier parroquiano de siglo XXV era como si nada hubiera cambiado sobre la faz del Caribe después del Gran Salto.

Nabo y Castillejo, mis eternos compañeros de farra, habían consumido quince sifones de cerveza rubia con pitillos enervantes. Yo, en cambio, por el temor de mi Gota, apenas si ingerí un par de whiskys dobles en la roca que el barman muy gentilmente accedió a venderme no obstante las restricciones del día ordenadas por la sección ética de Multivac.

Yo estaba aburrido, es lo que quiero decir, de modo que no hay razón alguna para atribuirle al alcohol la procedencia de todo mi dicho, de lo que mis ojos vieron esa noche después de la juerga. Juro que es tan verdad como la luz que ahora contemplo en esta hermosa terraza de plasma

cósmico que me hace recordar los viejos tiempos de mi estancia en Tierra Santa, de cuando era un principiante en comunicación social y jugaba con las palabras de la jerga en la elaboración de intrincados poemas matemáticos que ni yo mismo lograba descifrar.

Salí como a las doce y cuarto de la taberna, solo. Castillejo trató de detenerme con su verbo y con esa prosopopeya tan suya, pero tan ostensiblemente impostada, diciéndome que no habíamos terminado el tema de los decibeles ópticos, pero yo lo despedí cortésmente, haciéndole un gracejo con su estilo de antiguo lord inglés, pero vestido de hojalata, y apelando a mis conocidos achaques articulares.

Intenté tomar un trolley, pero la hora no era la más apropiada y me decidí entonces por un robotaxi que pasó justo a los diez minutos de la espera. Lo abordé y le dije mi dirección de llegada. Su cerebro prodigioso me respondió que tendría que hacer un ligero rodeo antes de llegar ya que se había producido un crimen por el sector y varias calles se encontraban interceptadas.

—Muy bien, como usted ordene —le contesté—. El vehículo inició la marcha por el carril interior de la autopista y yo me recosté en el espaldar de la butaca, intentando dormir durante el recorrido.

Eran ya las doce y media de la madrugada del sábado, hora en la que, según los noticieros breves, salían a cumplir con su oficio los llamados ejecutores del tiempo, los correctores de la historia que anticipara genialmente Isaac Asimov en su novela *El fin de la eternidad*, a fines del milenio anterior.

Tal vez por esa circunstancia las calles se hallaban más solitarias que de costumbre. Nunca se sabía en qué lugar y hora exacta de esa franja de la madrugada, podía aparecer un auto fantasma con un grupo de ejecutores

dentro. Para ellos, que duda cabe, todo noctámbulo era potencialmente un candidato a la dulce muerte de los dardos de luz disparados como si fueran sencillas proyecciones de cine digital.

El auto cibernético avanzaba raudo por la avenida de Los Fundadores, conmigo en su interior totalmente despreocupado de la ciudad. La suave brisa de las primeras horas despeinaba ligeramente el perfil del sector. La avenida y sus alrededores parecían un cuadro fugaz de Piescarollo, el maestro de la nueva pintura vibrátil. Yo me sumergía en el recuerdo de mis noches de bohemia en La nueva Ola, de cuando era un simple perifoneador de comerciales en la Radio Ambiental. El tablero de mando del robotaxi ejecutaba una sonata de colores alternados que yo miré de reojo simplemente.

A la altura de la calle 681 el cerebro del auto me dijo, alzando la voz para volverme en mí: ¡Viene un carro fantasma por la autopista paralela! Yo abrí los ojos y me acerqué a la ventana izquierda para observarlo. El robotaxi siguió su marcha normalmente. Yo permanecía adherido al vidrio, contemplando el raudo desplazamiento del auto fantasma. Era algo que no podía dejar de hacer; se trataba de un grupo de ejecutores y siempre quise verlos en acción.

Al pasar casi frente a mí pude observar que uno de los ejecutores disparaba un flash en dirección nuestra. La luz arropó mi rostro durante una fracción de segundo y yo me sentí en el instante feto, niño, joven, adulto, en sucesión fantástica, como si mi vida se hubiera repetido en un filme que me era introproyectado siónicamente.

El robotaxi me dijo entonces: No cabe discusión, se trata de un equipo de ejecutores en plena acción. Yo mismo le he sentido.

—¡Sigámosle! —le ordené.

El auto titubeó, lo cual quiere decir, en términos de cibermecánica, que aceleró y desaceleró en forma imprecisa. Al tomar la curva de unión de las dos autopistas casi nos chocamos con uno de los postes de oxígeno de la entrevista. Después de recobrado el control, el parlante del carro me dijo: ¿Está usted seguro de lo que me pide?

—¡Por supuesto que sí! —le contesté—. Soy periodista y no puedo perder esta oportunidad de cubrir una ejecución. Qué tal que sea un ajuste histórico. Podré anunciarle al mundo del futuro que una posible línea de desarrollo queda borrada de la lista... A veces creo que las aparentes contingencias de la historia se deben a este tipo de ajustes y no a la simple casualidad.

—¡La razón estaría de parte de Demócrito, después de tantos siglos!... Demócrito? ¿O era tal vez Heráclito?

Se inició entonces la persecución.

De no haber sido por el mismo carro fantasma, le hubiera resultado imposible a mi robotaxi darle alcance, pero el vehículo de los ejecutores se detuvo unos cuantos kilómetros adelante, enfrente de lo que parecía ser un viejo motel abandonado.

Cuando llegamos —mi auto y yo— vimos que los dos ejecutores, vestidos como se decía que vestían, esto es, con buzos plateados y con cascos brillantes, tocaban la puerta del edificio mientras se ajustaban las viseras. Al menos eso me pareció. Eso creí.

El robotaxi se acercó al lugar de estacionamiento del carro fantasma. Se detuvo y yo me bajé lentamente, con la precaución vista en las dos figuras, en esos dos viajeros del tiempo que estaban a punto de introducir una ligera variación en la historia. O tal vez un cambio radical. De ellos se sabía —de tiempo atrás— por la literatura. ¡Fantasías! decían muchos. Lo que jamás

se pensó fue que verlos en acción se convertiría, con el correr de los siglos, en una de las más emocionantes aventuras de la información. Ni siquiera Asimov pudo imaginar que para ser ejecutor había que reunir un mundo sin par de condiciones; estar a prueba de rectificaciones, sin resquicio alguno por donde pudiera penetrar el enjuiciamiento rigurosamente lógico de los Ordenadores. Como si dijéramos: ¡Un ejecutor jamás podía ser ejecutado!

Y yo estaba allí, delicioso privilegio, observándolos en el prelude de una ejecución que no sabría si calificar de sublime o justiciera, pero que era a todas luces necesaria, si los Ordenadores, esos sabios inmensos del siglo XXII lo habían decidido así en beneficio de la estirpe humana. Era una especie de cirugía para extirpar un tejido malo que no convenía al desarrollo armónico del cuerpo, había dicho alguna vez en uno de mis informes de referencia. Y los ejecutores no fallaban. Jamás se equivocaban. Por eso la historia del siglo XXX transcurría sin perturbaciones. Toda fuente de perturbación era ejecutada, extirpada, antes de que pudieran estabilizarse sus secuelas, ¡Así de sencillo y de maravilloso!

Avancé unos pasos con mi tarjeta de informador en alto. Soy periodista, dije en voz alta. Los ejecutores me miraron serios y uno de ellos blandió su espada de luz y la puso en dirección mía. Te esperábamos, me respondió.

Un corrientazo cruzó por mi cuerpo en todas direcciones y yo quedé paralizado, impávido, con el temor a la muerte sembrado en mis ojos y la vista fija en las dos figuras de plateado que me observaban serenos, sin el menor asomo de impaciencia o dubitación en sus rostros y cuerpos.

—¿A mí? —les pregunté, todavía con la esperanza de que me estuvieran jugando una broma para castigar mi osadía de reportero.

—Hemos estudiando tu prontuario y estamos seguros de que eres la persona que buscamos ¿Tú te llamas Marcos Antonio?

—Sí —les contesté.

—¿Y estamos en el siglo XXX? —interrogó el otro.

—Exactamente! —le dije.

—Entonces eres la persona que buscamos. El dictado retrospectivo de tus líneas vitales así lo indican...

Recordé al instante el flash que me encegució minutos antes y que me hizo sentir feto, niño, joven y adulto al borde de la muerte, en sucesión rápida del pensamiento.

—¿Qué es lo que mis descendientes han hecho o intentado hacer en el siglo de ustedes? —les pregunté.

—Nada. No hicieron nada que valiera la pena. Justamente por eso los Ordenadores creyeron necesaria tu eliminación en el programa de proyecciones de este siglo hacia el futuro. Al no implicar cambios progresivos, tu existencia se convierte, aún en tu presente, en superflua.

Yo guardé silencio entonces y esperé la acción. El robotaxi seguía las palabras de los viajeros del tiempo desde su lugar de estacionamiento. Y desde allí pudo ver el rayo de luz que acabó con mi vida. Dijo, entonces, para sí: “Los ejecutores jamás fallan. Los ejecutores jamás se equivocan”.

1985

La piedra de cuasi oro

Juan Cerro, cadete de servicios de la compañía latina de recolección de Escombros espaciales, se dirigía ese día, como de costumbre, a su hotel de vacaciones de Coveñas. Conducía su aerodinámico autojet marca Zenú por la espaciosa y arborizada autopista de la costa Caribe. Lo acompañaba su hermosa mujer de nombre Dora, inteligente secretaria ejecutiva en una importante empresa de cosméticos.

Esa mañana caía sobre la costa un sol pleno que resaltaba la belleza natural del paisaje. La autopista estaba ese día más despejada, tal vez porque el puente vacacional había comenzado el día anterior. A Cerro le gustaba devorar las distancias de las carreteras, como si en lugar de conducir el sencillo convertible de dos puestos piloteara una nave espacial recolectora.

Apenas un par de horas antes se había encontrado con Dora en el helipuerto. Ella acababa de salir de su oficina con la tarjeta de vacaciones en el bolso y a él le quedaban pocas horas disponibles de licencia ya que debía reportarse al cosmódromo de Ciudad Tayrona a más tardar el miércoles próximo. Conversaban animadamente, no obstante, la velocidad. Dora le tocó el tema de los escombros espaciales y la ecología y Juan se quedó callado, con la atención fija en la máquina y en la vía, mientras la brisa continuaba peinando el paisaje y los cabellos de Dora, y a lo lejos un pelícano se lanzaba en picada sobre las aguas mansas del golfo

—¿Por qué tan preocupado? —le preguntó Dora. Se arregló entonces el cabello con ese gesto femenino y la expresión coqueta que la caracterizaban—. ¿Acaso por el vuelo del jueves?

Juan pensó un instante antes de responderle. Desde que se enroló en la compañía de aseo espacial, jamás había tenido que recurrir a los mecanismos de emergencia del lanchón X-821, astronave en la que trabajaba desde su vinculación al servicio. Todas sus jornadas de recolección terminaban con una buena colección de clavijas, tornillos, fragmentos de toberas y otras piezas más de basura orbital.

En la ruta hizo su aparición la curva de los cocoteros que anunciaba la proximidad del balneario. Juan disminuyó la velocidad a ochenta.

—No es el viaje lo que me preocupa —le respondió. Había pasado la curva y entrado en la parte de asfalto del trayecto. El sol caía casi verticalmente y la carretera negra parecía karma, pero en trance de fundición.

—Entonces ¿Qué es? —insistió Dora.

—Son unos fragmentos extraños que han sido descubiertos por los físicos del servicio. Parecen haber sido fundidos en la misma órbita, lo cual resulta un enigma.

El automóvil llegó al balneario y Juan lo detuvo enfrente del hotel.

II

Chinguiz descubrió la piedra en un solar repleto de trastos inservibles. Jugaba con un par de amiguitos a la prenda exótica. No era difícil encontrar en los solares de desperdicio artefactos inverosímiles. Desde que la técnica impuso el úselo y bótelo, aumentó el número de objetos raros en los solares. Allí los niños podían encontrar, con una buena dosis

de imaginación adicional, cápsulas espaciales, misiles, pistolas de rayos, rockets y demás elementos que les servían para armar la trama de sus juegos.

—¡Miren! ¡Miren! —gritó Chinguiz—. ¡Gané yo!... Esto no me lo superan ustedes—. Había encontrado una gema de contextura terrosa, de color amarillento y de consistencia casi metálica, con planos y aristas; una especie de oro a medio formar, con persistencia de impurezas silíceas.

—¡Uaaooo! —gritaron a coro los demás niños. Eso debe valer mucho dinero, anotó uno de ellos. Llévaselo a tu papá. Él debe saber para qué sirve, le recomendó otro.

Chinguiz titubeó. Dudaba un poco de la importancia de su piedra y estimó por un instante que sus amiguitos se pasaban de aspaventeros, pero esa primera impresión le pasó bien pronto. Uno de los niños le hizo notar que la piedra vibraba y Chinguiz sintió, al cogerla, como si una corriente eléctrica de poco voltaje le pasara por sus manos pequeñas.

III

En el populoso sector de Mocarí, de la hermosa capital sinuana, en predios del centro universitario de recreaciones Ramiro Bustamante, un grupo de estudiantes de último año de la facultad de Ciencias discutía con su profesor de tesis los últimos detalles del experimento que proyectaban realizar en Isla Fuerte y con el cual aspiraban a demostrar que es posible enlazar y domar un ciclón como si fuera un caballo de raza. Es un simple problema de polarización de campos, decía Mirna, la hermosa trigueña encargada de la parte física del trabajo. Esa tarde habían definido todos los pasos del programa de viaje.

A la mañana siguiente, bien temprano, abordaron en el aeropuerto Los Garzones el helicóptero que los llevaría a la isla, previa escala en el balneario de Moñitos. Durante el vuelo pudieron contemplar el complejo turístico de Broqueles y la comba de la ensenada de Moñitos, que era como un abanico azul ensamblado en la alfombra verde que semejava el continente.

Al descender en el helipuerto del balneario, una hermosa periodista del semanario *Córdoba hoy* interrogó a Mirna sobre los fines y perspectivas del experimento.

—¿Es posible lograr eso que ustedes dicen? —le preguntó.

—Se trata de lo siguiente —le contestó Mirna—. Todo movimiento genera un campo gravitatorio a su alrededor. Los ciclones y huracanes son un efecto de cortes en la masa de aire producidos por el movimiento de una corriente de diferente temperatura. La masa ciclónica genera un campo que la sostiene y la conduce. Nosotros pensamos que es posible generarle un anti campo que la desvíe y que, incluso, la disemine. Es todo.

—¡Vamos! ¡Vamos! —apuró Williams, otro de los estudiantes— Tenemos que instalar la antena antes de que el huracán pase por las islas de San Bernardo.

IV

El lanchón X-821 orbitaba la Tierra a la altura de los 850 kilómetros. Esa era la zona más peligrosa de recolección por la abundancia de artefactos y desechos de las primeras astronaves soviéticas y norteamericanas. Desde el mirador, Cerro contemplaba el enjambre de piezas sueltas que seguían la ruta de la gravitación en un orden tan meticuloso que parecía obedecer a los dictados de alguien que se ajustaba a una melodiosa partitura.

Muy a pesar de las juiciosas observaciones del comandante anterior del planchón, en el sentido de que a lo largo y ancho del cinturón de desperdicios del kilómetro 850 existían huellas de una conflagración, el actual comandante había decidido permanecer por más tiempo en la órbita para tratar de recoger el mayor número posible de fragmentos de material dorado, como el encontrado por Chinguiz.

Cerro y su equipo habían logrado hacerse a varios fragmentos utilizando el brazo recolector del planchón. Cuando ya estaban a punto de terminar la jornada, surgió en el infinito un punto luminoso que asumió la condición de haz en desplazamiento parabólico y que apareció de pronto, sin rastro alguno de explosión, como si emergiera de la nada o simplemente perforara el telón limítrofe de este universo. El comandante ordenó enseguida asumir los puestos de navegación en el segundo grado de alerta, el abandono de la órbita y el posterior retorno a la estación espacial *Cosmos II*, el sitio de aprovisionamiento de las astronaves latinoamericanas.

—Parece como si saliera de alguna de las estrellas del cúmulo de Boyero, y lo más curioso, se agranda en forma progresiva —dijo.

El lanchón recolector se dirigía a la estación espacial y Cerro, asomado por una de las escotillas, creía ver la línea divisoria del universo.

V

Chinguiz y su padre habían ido a la universidad con el fin de mostrarle al profesor de geología la misteriosa piedra. Este los recibió en uno de los cubículos de la primera sede. Creo que se trata de cuasioro. Hace un par de años supe de un pedazo más grande que fue encontrado en órbita por uno de los lanchones recogedores de basura tecnológica. Los peritos, por desgracia, guardaron silencio y nos quedaron debiendo el

dictamen. Desde entonces las especulaciones acerca de las emisiones de ondas fuertes en la frecuencia del agua y de la acción conversa de los rayos cósmicos detectados en Arecibo. Hasta se ha dicho que alguien, en un cúmulo estelar situado a 10.6 años luz, nos envía señales, les dijo.

Del cubículo pasaron al laboratorio. En él, el viejo profesor de Geología colocó la piedra en el platillo del analizador fotónico. Oprimió un botón que inició un concierto de luces que al niño le pareció de fantasía porque lo transportaba imaginariamente al interior de una astronave ulterlumínica en viaje por los espacios siderales. Una vez terminado el proceso de análisis, el profesor leyó en la pantalla. Luego les dijo a sus visitantes: Es cuasioro, como les había dicho. Para ser más exacto es una aleación desconocida producida por una fuerza también desconocida. El profesor miró entonces a Chinguiz y le preguntó: ¿Dónde me dijiste que habías encontrado este fragmento?

VI

Mientras el lanchón X-821 retornaba a su estación orbital y Chinguiz y su padre lo hacían a su casa, inconformes con el concepto del profesor, una nave crucero de la Fuerza Caribeña del Espacio ascendía majestuosamente a la órbita de los interrogantes. Su comandante estaba al tanto del viaje y accidentes del lanchón recolector de basuras y sabía que lo encontraría en algún recodo de ese camino peligroso de desperdicios en que se había convertido la tan mentada órbita. Tal vez por esa actitud escrutadora pudo contemplar también la división del firmamento en dos inmensas tapas negras, como si una navaja de los dioses lo hubiera partido en dos. ¿Habrán detectado esto los tripulantes del planchón? se preguntó. Ordenó entonces a los ingenieros de comunicaciones la conexión radial. Estos, sin demora, iniciaron el barrido de frecuencias y la lectura del

llamado. Llamando al X-821. Llamando al X-821, repetía a intervalos cada vez menores el comunicador del crucero. Un concierto de murmullos metálicos y de gorjeos como de aves canoras, ese sonido peculiar del cosmos que parece confirmar a Pitágoras con su tesis de la música de las esferas, fue todo lo que recibieron como respuesta.

A esa misma hora, en Coveñas, Dora se despertaba con los nervios de punta y la imagen de Juan sembrada en el recuerdo del sueño. Lo había visto inicialmente en sus labores de rutina, recogiendo antenas, alerones, toberas y tableros de diferentes tamaños, pero poco después dividido en dos por un rayo de luz que venía del espacio exterior.

VII

En Isla Fuerte, luego de instalarse en el hotel, los cuatro estudiantes y el director de tesis se disponían a iniciar el montaje de la estación de ondas furkianas. El cielo estaba encapotado y a lo lejos, en el horizonte del Caribe, los vientos sacudían la epidermis del océano. El director de tesis comentó figuradamente que era como si Neptuno cabalgara colérico sobre un corcel de aguas violentas. A Max, el meteorólogo del grupo, le pareció que esa oscuridad en movimiento era un buen presagio para el experimento.

—El huracán se acerca —anotó Mirna—. Y sigue la ruta prevista por el satélite.

—Ojalá no se desvíe mayor cosa —agregó el profesor.

En Coveñas, Dora tomaba el teléfono rojo que la comunicaba con la estación orbital. El sueño de la noche anterior la tenía preocupada. Dora era muy sensible y poseía una imaginación que la hubiera conducido a la fama literaria si hubiera elegido esa carrera.

A los pocos minutos escuchó la señal de contacto y luego la voz de la joven del conmutador. Dora introdujo su tarjeta en el aparato y casi al instante preguntó por Juan. Acaba de llegar en el lanchón —le contestó la operadora—, pero en estos momentos se encuentra informando al comando sobre la experiencia del rayo detectado. Dora apeló a su condición de mujer de un astronauta de servicios, con derecho a comunicarse con él después de cada misión. Es urgente, señorita, le dijo a la recepcionista. La operadora procedió entonces a establecer la comunicación.

—¡Aló! Sí, soy yo, amor ¿cómo estás? —dijo Cerro una vez escuchó las palabras atropelladas de su esposa. Esta no lo dejó articular frase alguna y le informó enseguida los detalles del sueño. Me preocupa tu trabajo en la órbita de los 850 kilómetros, le dijo finalmente.

Cerro vio en su pensamiento el rayo llegando a él, al lanchón, y su cuerpo convertido en tea flotando en el frío del espacio.

VIII

Los tripulantes del crucero fueron los primeros en dar la alarma. El rayo se dirigía hacia nuestro sistema solar, venciendo las distancias a una velocidad taquiónica. En la Tierra, a partir de esa noticia, todo giró en torno a la espera. Al habitante común le parecía tan distante y completamente ajeno a su rutina el malhadado rayo y sin embargo estaba tan cerca de ocasionar una catástrofe. Los hombres inventariaban su pasado y ponían al día sus ilusiones.

Finalmente, siete días después de su descubrimiento, el rayo llegó a las puertas de nuestro sistema solar y describió una curva que hizo pensar a los científicos que se perdería en otros confines del espacio, pero esa esperanza duró poco. El rayo retomó la ruta, buscó nuevamente el rostro de nuestro mundo y se metió en el vórtice de la magnetosfera terrestre.

En un pequeño solar de barriada varios niños jugaban a la prenda exótica. El crucero estaba ya a la altura de la órbita de los desperdicios y el huracán Klaus destruía los manglares de Tinajones. El comandante de la astronave mantenía la vista fija en la zona del firmamento desde donde emergía la línea de fuego, blanca como un chorro de leche, pero con un sabor amargo porque significaba el posible límite en el tiempo de nuestra civilización, del mismo modo que el desprendimiento de la segunda luna lo fue de la anterior.

Cerro, desde su cubículo en la estación orbital, y el comandante del crucero desde su cabina de comando, vieron cruzar el rayo por la amplia zona del kilómetro 850 y quemar varios de los desperdicios, fundiéndolos en una masa amarilla y brillante que se fragmentó en todas direcciones, uno de cuyos pedazos cayó en el solar de juego de Chinguiz y sus amigos.

El profesor y sus alumnos vieron también caer el rayo, preciso en el vórtice del huracán, segundos después de haber ellos generado en esa misma dirección el paquete completo de ondas furkianas con el cual esperaban destruirlo. Después se extasiarían de asombro al contemplar el famoso huracán convertido en suave brisa mañanera.

—¡Triunfamos! —gritó Mirna, entusiasmada.

Todos brincaban de alegría y se besaban, felicitándose por el éxito. Apenas el profesor se mostraba parco en sus expresiones. Pensaba que todo no se podía atribuir a las ondas furkianas y que sus estudiantes debían repetir el experimento para borrar las dudas.

—¡Miren! —gritó el niño Chinguiz—. ¡Otra piedra de cuasioro!, pero debe estar al rojo porque aún humea y la hierba a su alrededor está chamuscada.

Encuentro inesperado

Los jóvenes astronautas de la expedición a Titán tenían ya dos días terrestres de estar sobre la superficie ferrosa del enigmático satélite de Saturno. La expedición había sido programada para desentrañar el misterio del eco metálico que los radio astrónomos habían detectado en él.

—Debe tratarse de un satélite artificial como Fobos —sostuvo uno de los astronautas.

—¡Imposible! —exclamó el otro—. Fobos tiene un diámetro aproximado de 16 kilómetros, en cambio Titán posee 4.794 ¿Crees tú que haya podido ser obra de seres racionales con esas dimensiones?

Algunos años atrás, cuando la humanidad encaraba seriamente los problemas conjugados de superpoblación y contaminación, la Dirección Central para la Conquista del Espacio determinó la colonización de Marte y de sus satélites. Los primeros astronautas en llegar al planeta rojo en desarrollo de ese plan fueron Joseph Collins, Lon Chang y Andrei Zajarov, a quienes les cupo el mérito de haber descubierto la naturaleza artificial de Fobos. “Es una esfera metálica”, dijo al mundo Collins, luego de la observación preliminar del suelo. Posteriormente, encontrarían huellas de seres bípedos en los senderos polvorientos del satélite.

Por ese antecedente de Fobos, fueron muchas las personas que se aventuraron a fantasear con la naturaleza artificial de Titán, y de especular con la hipotética existencia de una civilización extinguida, que

habitó el satélite de Saturno y que extendió sus dominios hacia Marte y el desaparecido planeta de los asteroides. Pero los hechos se encargaron de derribar tales especulaciones. En Titán no se encontró la esperada esfera metálica y el eco, como de metal, era producido por la alta concentración de hierro existente en su superficie, que era un inmenso desierto de dunas rojas con pocas elevaciones y abundantes cráteres producidos por los meteoritos que caían con mucha frecuencia sobre su superficie. Y algunos pequeños mares y lagos de metano. En cambio sí encontraron rastros de vida anterior, pero no racional. Eran las mismas huellas de los animales bípedos de Fobos. Gracias a este hallazgo, la desilusión no fue total y la expedición encontró una razón para su permanencia en esa parcela del cosmos.

II

Eran tres los cosmonautas sobre el satélite. Tirado y Abad en la tienda levantada a pocos pasos del módulo y Lakat, dentro de este, recibiendo la información y trasladándola al cerebro de la nave. Desde que bajaron a la superficie, Tirado y Abad no se apartaron mucho de la tienda, entre otras razones porque allí mismo, por una de esas extrañas colaboraciones del azar, habían encontrado huellas de los misteriosos bípedos de Fobos. Por esto cuando Abad propuso un paseíllo por toda la meseta, Tirado lo pensó dos veces y Lakat, desde la tienda, opinó que todavía era arriesgado. Como Abad insistió —“Esto es arena ferrosilica que rueda sobre una superficie rocosa...y el aire no es tóxico, un tanto duro, pero nos podemos ayudar con nuestras reservas”—, Tirado cambió de parecer y se dispuso a acompañarlo.

—¿Recuerdas el paseíllo de Aldrin y Armstrong sobre la Luna? —le preguntó Tirado a Abad.

—Sí, pero en la Luna ellos casi volaban en cambio nosotros tenemos que hacer un gran esfuerzo para poder dar un paso.

—Aquello sí fue un verdadero paseílo —terció Lakat desde la cabina.

El paseo, que no era tal por la pesadez de los cuerpos, apenas se extendió unos cincuenta metros. Ubicados en un pequeño promontorio, casi en el borde de la meseta, los dos pudieron contemplar mejor el paisaje. Al fondo, en la línea de horizonte, se observaba una rara oscuridad como si el suelo, en lugar de dunas, estuviera cubierto por pistas petrolizadas.

III

Continuaban lentamente sobre la pradera negra. Un fuerte viento los obligaba a cubrirse el rostro alargado. A lo lejos, en la parte clara, divisaron a unos seres extraños que husmeaban.

—Parecen inteligentes —dijo el más alto a su acompañante.

Tomaron, entonces, sus binóculos, y contemplaron el paisaje de las arenas rojas que acostumbraban a visitar en las horas suaves, y se detuvieron en los extraños movimientos de esos seres bípedos que tanto se parecían a los extintos conquistadores de Alcmeón.

—Tengo el presentimiento de que hemos llegado a un planeta habitado por seres inteligentes.

—Ya me lo dijiste hace un instante.

—¡Pero ahora lo estoy viendo!

—No debemos arriesgarnos... Acuérdate de lo que les ocurrió a los investigadores de Almagrab con los presuntos racionales de Dzhin.

Los dos iniciaron un lento acercamiento a la nave, midiendo cada paso, sin perder de vista la tienda y el módulo. El viento arreciaba y cada vez era mayor la cantidad de arena que levantaba. Abad y Tirado estaban acostumbrados y tenían protectores especiales, unos lentes de adaptación a la luz brillante de la parte clara que les protegían también de las tempestades de arena.

—¡Mira —gritó Abad—, esos extraños bípedos nos observan!

—¿Seres racionales esos bichos? —le respondió Tirado.

—Parecen —dijo Abad—. Y lo que es más, vienen hacia nosotros.

Los astronautas cubrieron el trayecto que los separaba del módulo en el menor tiempo. Subieron aprisa por la escalerilla y la guardaron seguidamente después. Se quedaron entonces a la espera de los extraños seres bípedos, contemplando el paso lento de estos y la polvareda que producía el arrastre de sus pies.

La espera se prolongó por casi dos horas. Y mientras los curiosos bípedos de caras largas avanzaban con todo el temor acumulado en sus extremidades, dentro del módulo el sueño se apoderó de los tres terrícolas, un sueño que era como un sopor interminable mandado a hacer y en contra del cual lucharon en vano durante más de veinte minutos.

Afuera la arenilla cubría las toldas y mantas de la tienda y las dos figuritas se acercaban más y más.

IV

El módulo parecía una araña con las patas desplegadas. Estas tenían una altura de dos metros y eran cuatro en total. Terminaban en un disco flexible que podía asumir la forma del relieve que pisaba. El cuerpo del módulo

poseía una ventana única que abarcaba todo el diámetro de la nave. A esta ventana, por la cual se podía divisar todo el paisaje, se acercaron los dos seres bípedos que habían partido desde la zona oscura. Iban armados con una especie de sensor que más bien parecía un micrófono de vedette. Nada peligroso a simple vista.

Estaban frente a la ventana circular del módulo contemplando el sueño profundo de los tres astronautas. Los dos bípedos extraños tenían la elasticidad del caucho y unos ojos expresivos que hablaban por sí solos. Poseían esa apariencia de bondad que tipificó el comportamiento social de los pontífices romanos antes de la aparición del anti—Cristo.

Uno de ellos, luego de examinar bien a distancia a Lakat, dijo:

—¡Junk...son de albúmina!

Junk, que también observaba atentamente a los terrícolas dormidos, le contestó:

—Tienen estructura ósea y son de albúmina, lo que quiere decir que pertenecen a nuestro filum cósmico.

Quiz se quedó mirando fijamente a Lakat, que estaba más cerca de la ventana. Su cabeza, gracias al alargamiento del cuello, quedó justo enfrente de la del sinuano, apenas separados por el grueso vitrex de la ventana. Junk se acercó en el momento en que Lakat despertaba y ambos, al contemplarse frente a frente separados por los centímetros del vitrex, dieron sendos saltos hacia atrás, pero mientras Junk conservaba el equilibrio gracias a su cuerpo elástico, Lakat se iba de espaldas sobre la silla de mando en la que dormía Tirado. El golpe y el ruido lo hicieron despertar en el acto. Al enterarse de la situación, Tirado hizo lo mismo con Abad, moviéndole los hombros y señalándole afuera. De ese modo los tres navegantes provenientes de la Tierra vieron por, primera vez a

Junk y a Quiz, con la misma incredulidad con que estos los examinaban a ellos.

V

No era la primera vez que seres de planetas diferentes se encontraban en el espacio. Ya antes había ocurrido a los expedicionarios de Antares, pero esta era la primera vez que ocurría de manera casual, sin saber los unos la naturaleza y procedencia de los otros. Había ese toque de misterio que acompaña siempre a las grandes conquistas de la inteligencia.

Junk miraba a Tirado y sonreía. Lakat detallaba a Quiz y a Abad, comparándolos. Una corriente de simpatía los unió desde entonces, como si se conocieran desde siempre.

—Usemos el código —dijo Tirado a sus colegas.

Abad echó mano enseguida de los pequeños símbolos grabados que mostraban el planeta de origen, el aire que respirábamos, el elemento base de nuestra composición química, el número de cromosomas y otros datos más que nos identificaban plenamente.

—No sabemos en qué idioma nos van a responder. Hasta es posible que no hablen como nosotros, sino que se comuniquen mentalmente —dijo Lakat.

Entonces Tirado inició la función de muestra de los símbolos terrestres en el código espacial de información. Junk y Quiz miraron atentos a cada trozo de fórmica o de estaño que Tirado les fue señalando a intervalos.

Al cabo de un rato Junk miró con los ojos expandidos a Quiz y ambos reflejaron la sorpresa, y más que la sorpresa, el asombro, el desconcierto, en sus rostros polimórficos y grises.

—¿Cómo es eso? —preguntó Junk a Quiz.

—¡No puede ser! —le respondió Quiz.

Los terrícolas desde el interior del módulo notaron la conmoción en que se hallaban los dos bípedos extraños. Lakat murmuró algo.

—¡Miren, sacan también elementos de su código! — dijo Tirado.

Los bípedos sacaron también sus láminas y figuritas del código informativo de su planeta de origen. Y fueron, una a una, mostrándolas a los impresionados terrícolas, que permanecían todavía en el interior del módulo. Tirado, Lakat y Abad siguieron con atención la descripción hecha por los bípedos con las unidades de comunicación.

—¡No puede ser! — exclamó al final Tirado.

—¿Nos toman el pelo? —dijo Lakat, dirigiéndose a ellos, como si pudieran entenderle su esperanto mal hablado.

—Debe ser un error de interpretación nuestro —agregó Abad.

Los cosmonautas morenos, altos y elásticos rieron entonces a carcajadas al contemplar las expresiones de asombro de los tres terrícolas.

—Están en las mismas que nosotros —dijo Junk.

—No es tan fácil aceptar realidades como estas —agregó Quiz.

Los terrícolas abrieron entonces la escotilla del módulo y al cabo de un rato los cinco navegantes del cosmos departían alegremente afuera, protegidos del sol y de la arena dentro de la tienda, tratando de explicarse la increíble procedencia única de ambos grupos, en el lenguaje común encontrado luego de varios intentos: el spanglish técnico del siglo XXII.

Trasplante de cabeza

Mi nombre es Carlos Lince y soy un ciudadano común y corriente de este país. Trabajo en un colegio de secundaria como docente de mandarín, idioma que aprendí de niño en Shanghai durante los años que estuvo mi padre en esa ciudad haciendo parte del cuerpo diplomático de Colombia en la República Oriental China. Vivo en una ciudad intermedia de clima templado y bastantes parques y avenidas arborizadas, fiel copia de las recientemente construidas en los Estados Unidos del Este para descongestionar las antiguas metrópolis. Estoy casado con una mujer menudita de cabellos rubios que me ha parido tres hijos: una hembra y dos varones que ya están en la universidad. Resido en un barrio de forma circular que tiene como eje un gran centro comercial en donde se encuentran todas las oficinas, tiendas y servicios. Voy a mi lugar de trabajo todos los días en mi automóvil marca Lada.

En mi misma calle reside mi amigo Juan Cruz, también casado y con hijos, pero mecánico de profesión; Juan — a diferencia mía — va todos los días a su taller en una motocicleta de alto cilindraje con la que despierta a todo el mundo por las mañanas con su ruido. Su esposa no es rubia sino morena y tiene el mejor cuerpo de la vecindad; trabaja como cajera en una tienda de víveres. La misma que mi señora y yo visitamos casi todos los días para comprar jamón de pavo, lonjas de queso dietético y un pan francés con ajo, para la cena.

La historia de este cuento comenzó cuando supe que tenía un cáncer de riñón con varias metástasis y que ya nada se podía hacer distinto de prolongarme la vida unos años más.

—Que sean cinco, doctor —le dije al urólogo—, para poner en orden todos mis asuntos de familia.

Y así me propuse hacerlo con la ayuda y comprensión de mi esposa. Primero redacté el testamento de los bienes muebles y de los bonos y acciones, y traspasé la propiedad de los inmuebles, que no eran muchos, a mis hijos. Después me dediqué a hacer lo que antes había aplazado por mis ocupaciones o mis achaques de salud, como por ejemplo: comer todo lo que me había sido prohibido por los médicos, ir al teatro de conciertos con la familia, jugar ajedrez con los dos varones, ir al campo nudista con mi esposa y visitar a los amigos, en especial a Juan, a quien poco visitaba , aunque lo saludaba todos los días cuando salíamos para el trabajo y lo veía salir disparado como alma que lleva el diablo con su *Yamaha* de alta potencia.

—Un día de estos te vas a matar con esa moto —le gritaba a ratos para censurarle su velocidad por las calles.

No sobra decirles que surgió entonces entre ellos, los Cruz, y nosotros, los Lince, una comunicación permanente de calle de por medio y una gran ayuda de puerta a puerta, que me hizo sobrellevar la tortura de saber que en contados años o tal vez meses, entregaría mi cuerpo a la madre tierra y mi alma al gran espíritu universal que según el cerebro conservado de Stephen Hawking, habita en el mega universo que nos envuelve, el cual filtra a través del Big Bang la energía sutil que después se transforma en las partículas de nuestro mundo y dan origen a las galaxias y planetas que conocemos.

Pero ocurrió algo inesperado, pero previsible. Un día, que resultó ser el día menos pensado, Juan Cruz, aficionado a la velocidad, murió estrellado contra un árbol de una de las avenidas circulares exteriores. Su moto tropezó con un pequeño obstáculo de la vía y él salió disparado en dirección al tronco grueso de la ceiba que se encontraba al fondo de la curva. Eso dijeron los periodistas que tuvieron acceso al filme grabado por una de las cámaras de velocidad del sector.

Afirman quienes los vieron —yo no me atreví a hacerlo—, que su cabeza quedó destrozada y que en cambio su cuerpo quedó intacto sin rasguño alguno, tirado contra el piso con los brazos y piernas abiertos.

Aquí debo contarles que los urólogos del Hospital Oncológico me habían dicho que existía la probabilidad de prolongar mi vida y de acabar con el cáncer si encontraba quien me donara un cuerpo sano, proceso este que tenía el visto bueno de la ciencia y de las autoridades, pero que enfrentaba la resistencia de los familiares de donante y donatario. Y por eso exclamé: ¡Eureka! al saber que el cuerpo de mi amigo había quedado sano, porque era un cuerpo de apenas cuarenta años y el mejor conservado del barrio no solo por obra y gracia del trabajo de Juan como mecánico automotriz sino porque era un aficionado a la gimnasia y a las pesas.

Como lo deben suponer, antes de que lo pudiesen cremar, puse en conocimiento de sus deudos mi aspiración de contar con ese cuerpo por el resto de mis días para así sacar el cáncer de mi pensamiento y de mi vida, y vivir más años dedicados a mi hogar y mi trabajo y ver progresar a mis hijos y crecer a mis nietos. A Sara, la viuda, no le pareció descabellada la idea.

—Si se lo hubieras propuesto en vida, con seguridad lo habría aceptado, enamorado como estaba de su físico —me dijo—. Además, lo que menos

le servía era la cabeza, tan loco como era —agregó—, pero a mi esposa no le gustó tanto.

—Oye ¿no has pensado que si eso ocurre yo tendría que acostarme en adelante con tu cara y tu cerebro, pero con el resto de Juan? ¿Que Sara podría alegar derecho de uso sobre el órgano de su marido muerto? ¿Y que sus hijos querrán verte todos los días en el gimnasio para sentir que tienen todavía a su padre vivo?

—¡Mierda!... la verdad no había pensado en todo eso... pero es el precio que hay que pagar por la vida —le respondí.

Y así fue. Se hizo el trasplante del cuerpo de mi amigo a mi cabeza o de mi cabeza al cuerpo del amigo —como quieran— (cirugía complicada, pero que fue bien realizada por los cirujanos con la nueva tecnología quirúrgica y la utilización del polietilenglicol (PEG) para pegar las dos secciones de la médula espinal, que era lo más difícil) y se procedió a la cremación de mi cuerpo invadido por el cáncer y de la cabeza muerta de Juan. Una ceremonia que presentó el dilema de definir dos cosas: Primero: si Juan moría no obstante quedar vivo su cuerpo o si el muerto era yo por haber sido cremado el mío. Lo que se resolvió de manera obvia al dejar constancia de que una parte de los dos moría y que la otra parte quedaba con vida, pero que para efectos de la ley el fallecido era Juan Cruz porque ya no podía pensar más y yo sí. Y segundo: definir ¿qué primaba, si la identidad de las huellas dactilares supérstites, que seguían siendo las de Juan, o el pensamiento del nuevo ser que continuaba siendo el mío? Asunto que también se resolvió con el cambio de huellas en mis documentos, previa constancia de la cirugía de trasplante y demás pruebas conducentes aportadas por el Hospital y por nuestras familias.

Pero el conflicto ideológico mayor fue el teológico. Si el alma está unida al cuerpo en vida y sale de este con la muerte ¿Cuál alma salió y cuál se quedó en el nuevo ser? ¿Salió solo una parte del alma de Juan —la de la cabeza— y la otra se quedó en su cuerpo ahora mío, y también, en mi caso, salió una parte de mi alma al cremar mi cuerpo y la otra quedó en mi cabeza? ¿O lo que es lo mismo, coexistían en mi nuevo ser dos almas diferentes? El debate se abrió y en él, durante varios días, participaron por las redes sociales los más eminentes teólogos del mundo, algunos partidarios de la tesis del alma múltiple según cada parte del cuerpo humano, que fue considerada una burda tergiversación de la tesis aristotélica; y los otros, radicales defensores de la unidad del alma humana, quienes afirmaban que el alma reside en algún lugar de la corteza del cerebro aún no descubierto y que su origen se remonta a los cromosomas que nuestros antepasados del cielo dejaron sembrados en nuestra memoria genética. “El alma que te acompaña es la tuya, la de Juan se fue con su cabeza”, me decía mi mujer para quitarme esa duda de mi pensamiento.

Para no alargarles el relato les cuento que esta gran discusión solo fue cancelada cuando el nonagenario Papa Francisco, haciendo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban, apareció ante miles de fieles congregados en la plaza de San Pedro del Vaticano, y ante el asombro de ortodoxos y cristianos y en especial de los llamados obispos masones, caracterizados defensores de las viejas tradiciones amenazadas, exclamó: “¡El alma no existe!” y le explicó a los azorados y atónitos espectadores de todo el mundo, las razones teológicas, filosóficas y científicas de semejante afirmación.

Pero, la verdad, nada de lo anterior fue problema. Como no lo fue el posible rechazo biológico de mi nuevo cuerpo a mi cabeza o viceversa, los cuales se entendieron muy bien desde el principio. Los problemas

vinieron después, como paso a relatarles, y espero que no se escandalicen con las situaciones que les voy a narrar. Antes, no está demás decirles que estaba orgulloso de mi nuevo cuerpo. En comparación con el famélico que fue consumido por el cáncer y por el fuego, ahora podía presumir de tener unos bíceps de miedo, unos hombros como los del titán Atlas, un abdomen musculoso y plano y unas manos que parecían de piedra, capaces de tumbar con un solo golpe al más pintado de los bravucones de la comuna. A mis hijos también les gustaba verme haciendo cincuenta lagartijas, levantando ochenta kilogramos de peso y trotando cinco kilómetros todas las mañanas.

—¡Estás hecho un toro, papi! —me decía mi hija.

Pero a mi esposa no le hizo mucha gracia sentir que no era mi viejo físico de setenta kilogramos sino otro de cien el que se subía sobre ella con la, desde luego, loable intención de cumplir con eso que los juristas llaman “el débito conyugal”. Y sentir que, como decían los antiguos narradores de las fantasías orientales, no eran catorce sino veinte centímetros de mi anatomía los que entraban en su integridad desnuda. “Siento que estoy haciendo el amor con una aplanadora” me dijo una vez. Y no dejaba de quejarse por el maltrato que padecía en cada uno de nuestros encuentros íntimos y de pedirme que fuéramos a un consejero matrimonial para ventilar el asunto.

En honor a la verdad, a Sara tampoco le hacía mucha gracia saber que el cuerpo que ella tanto disfrutó en la cama estaba ahora en la casa de enfrente y al servicio de otra mujer que no parecía tener la resistencia suficiente para gozarlo a plenitud. Y en más de una ocasión, siempre en reuniones sociales, aprovechaba el momento del saludo para acariciar el pecho y los brazos que antes fueron suyos y hasta juntar su pelvis a

alguna de mis piernas en una actitud abiertamente provocadora que no pasó desapercibida, sobre todo en mi mujer, quien me celaba con ella y por esa razón no le quitaba los ojos de encima.

Al principio no le di mayor importancia al asunto porque pensaba que era yo —mi cabeza, mi pensamiento— y no el cuerpo de Juan, quien tenía la sartén por el mango. Sara no dejaba de espiarme por la ventana cuando salía en pantaloneta a hacer mis ejercicios sobre el césped de la entrada y a caminar por el hermoso bulevar circundante. Y en más de una ocasión salió con su trusa bien ceñida al cuerpo para acompañarme, pero en verdad para que le viera sus atractivos resaltados por la prenda. No les miento si les digo que, aparte de contemplarle sus admirables senos y su excitante trasero, lo que siempre hacía cuando tenía mi anterior cuerpo, no sentí en esos momentos nada distinto, acostumbrado como estaba a ver cuerpos de mujeres hermosas en el lago con olas del campo nudista.

Empecé a sentir que las cosas no iban a seguir igual. Un par de años después. La noche del baile de grado de una de las hijas del difunto Juan, Sara me sacó a bailar un bolero interpretado por la centenaria Orquesta Aragón y apretó su cuerpo sobre el mío como seguramente lo hacía siempre que bailaba con su marido cuya memoria por fortuna descansa en paz. Y yo, vale decir el cuerpo de Juan, identificó el roce, el olor, el ritmo, las vibraciones del cuerpo de Sara, que conocía muy bien, y el miembro de Juan empezó a responder al llamado de la querencia y a pedir pista, y mi esposa, presa de la ira, se levantó de su silla y salió con dirección a nosotros para pedirme que bailara con ella y dejáramos el espectáculo erótico y penoso que estábamos exhibiendo, pero, antes de que eso ocurriera, Sara alcanzó a decirme:

—Te espero mañana domingo en la noche en mi casa... mis hijos se van para una excursión y quedo sola.

Y se retiró sonriente y sin protestar, mientras mi mujer se aferraba a mi cuerpo como tabla de salvación y yo sentía que no era ella la que bailaba conmigo, sino la gitana de *Cien años de soledad*, que José Arcadio poseyó en una carpa, porque en ese instante del baile sus huesos empezaron a sonar como “el crujido desordenado de un fichero de dominó”.

Aunque lo pensé mucho, la verdad sea dicha, no pude resistir esa invitación de Sara. Algo más allá de mi mente me decía que debía ir, y al día siguiente como a las 8 de la noche, no sin antes echar mano de toda la astucia posible para despistar a mi esposa, me fui en autobús para el centro recreacional, pero con la intención de regresar a la casa de Sara por otra de las rutas circulares. “Voy a jugar bolos con mis amigos”, creo que le dije.

Para no alargales la historia les cuento que en la vieja alcoba en la que durmió mi cuerpo por muchos años, estuve dos horas dedicado al disfrute mixto más antiguo del mundo y con la mujer mejor dotada de encantos de todo el vecindario. Y que mi mente disfrutó el cuerpo de esa mujer como nunca antes había disfrutado cuerpo de mujer alguna.

Finalizada la faena, que alcanzó hasta el segundo orgasmo, le dije a Sara que me marchaba y ella simplemente me respondió, pero dirigiéndose al tronco y a mis extremidades:

—No has cambiado nada, parece que fue ayer la última vez que nos acostamos, pero con tu cabeza anterior —frase que acompañó con una caricia de mi bajo vientre.

Luego de contemplar esa escena, que seguí con una sonrisa, me despedí con un beso; que mi boca, para serle sincero, no sintió tan placentero como el resto de mi cuerpo sintió de placentero el de ella.

Eran como las diez y veinte cuando salí de la casa de Sara por la puerta del patio, di un rodeo y llegué a la mía como si viniera de la esquina de la parada transversal de los buses.

Al entrar encontré a mi esposa sentada en la antesala, esperándome, pero no con un bate ni con una pistola sino con una maleta al parecer llena de ropa. Y con cara de pocos amigos.

—Ya sé de dónde vienes y mejor te regresas con tu ropa al mismo lugar— me dijo con la voz distorsionada por el resentimiento.

Al principio intenté negarlo —lo que hacen todos los maridos infieles—, pero mi esposa había constatado que no estaba con mis amigos ni jugando bolos sino en la casa de enfrente con Sara, jugando a otra cosa, todo lo cual me lo explicó con el lujo de detalles de un investigador privado. Y opté por justificarme.

—Mi amor, debes entender que este cuerpo que yo tengo ahora lo disfruté ella durante sus muchos años de matrimonio y que ambos cuerpos recuerdan lo bien que pasaron juntos. Como tú lo dijiste acertadamente, Sara está reclamando el derecho al uso de su viejo pene. Mi cabeza nada tiene que ver...

—¿Ah sí? ¿Y no dicen que el cerebro lo maneja todo?

—Pues sí, mi amor, pero pasa que, en este caso, por obra y gracia de esa memoria que tienen los órganos y tejidos del ser vivo, mi cuerpo no me obedece y está empecinado en volver a transitar por los caminos y honduras del cuerpo de Sara. ¿Qué quieres que haga?

—Mírate en el espejo —replicó mi esposa, mientras comenzaba a llorar y me miraba como si contemplara a otra persona.

Me giré y observé mi rostro en el espejo de la sala.

Vi claramente la amplia sonrisa y su mirada de picardía.

Era Juan, sin duda.

Era un típico gesto de Juan, reproducido por mis labios y por mis ojos.

2015

Tesis de grado

La vieja Torre del Reloj conserva aún su altivez de reliquia consentida. El amplio Camellón de Los Mártires está plenamente cubierto de polvo añejo que apenas si se levanta con la suave brisa marina que se filtra por entre las ruinas de los alrededores. Los bustos de los héroes que murieron durante la gesta de la independencia han perdido la plenitud de sus formas, esquivadas de tiempo les han corroído las siluetas, convirtiéndolos en masas de apariencia surrealista, mudos testigos de un pasado inexplicable, pero vital.

Desde lo alto de una pequeña colina, un joven astronauta filma el panorama. La cámara que acciona enfoca la orilla mediata del mar sobre un par de islas y capta las figuras escuetas de los viejos edificios, todos cubiertos de verdín y de malezas y sin la belleza arquitectónica de los tiempos en que los hombres transitaban por sus lados y entraban a sus locales y aposentos con seguridad.

El joven astronauta rota un pequeño botón de su aparato rastreador del tiempo. Primero observa una calle larga atiborrada de gentes que se mueven raudas, con ansias y paquetes debajo de los brazos. Luego la interminable secuencia de los buses que recorren la ciudad de un extremo a otro. Y por la noche la algarabía de los fanáticos en un estadio de pelota, celebrando la jugada del infielder que cubre la tercera base. O los espectadores en un cinema entregados a las caricias del amor, confeccionando como artesanos del oro la hermosa filigrana de la supervivencia, pero al joven la interesa más el mar y lo contempla solo y melancólico, abandonando su

orgullo sobre la arenilla de las costas solitarias. Y lo mira en la pantalla del pasado, acompañado de sol y de radiantes mujeres al natural, brindándole al hombre no solo proteínas sino ilusiones. Y lo sigue en su aerogiro, siguiendo la ruta de las costas hacia el sur, hacia la desembocadura del río lleno de vida que hizo exclamar al Inca: “Pobrecito del Perú si se descubre el Sinú”; y que ahora lucha por sobrevivir entre las arenas de un desierto en formación. Y más hacia el sur, hacia la vieja ciudad de sus ancestros, contempla de ella la famosa Avenida Primera, de la que solo quedaban pedazos de concreto sumergidos, apenas visibles en los estratos abiertos por la última creciente del río.

Con la emoción de quien encuentra parte de su origen, el joven, que ya ha descendido de su aerogiro, digita en la tabla de su aparato de rastreo del pasado y contempla extasiado un fandango frente a la vieja bonga de la calle 30 y a María Varilla danzando hasta el cansancio al compás de un enervante porro pelayero. Y en la terraza de una casa-quinta, sentados alrededor de una mesa, tomando té helado con limón, a los jóvenes del grupo literario que hizo historia con sus obras. A Leopoldo, a Nelson, a Soad, a Gustavo, a José Luis y a Guillermo, y a su tatarabuelo soñador de mundos diferentes.

Eran los tiempos de la civilización terrestre en pleno desarrollo. El aire puro de las montañas derramaba generoso su aliento de vida sobre todos los seres. Todavía la asfixia por la escasez de oxígeno no había aparecido en el horizonte como la nube negra de presagios siniestros que sería más tarde. La fragancia de las flores y la caricia de la brisa vespertina no se habían convertido en nostalgia. La Tierra era vital, plena y hermosa.

El joven investigador recordó entonces la vez que su abuelo le contó la historia del gran viaje que el creyó, por niño, un hermoso cuento de aventuras producto de la imaginación senil del narrador.

Le dijo, entonces:

—Fueron como mil naves con cien hombres cada una escogidos entre los mejores para impedir que la llama de la vida inteligente se apagara en esta parte del cosmos. Las naves partieron un primero de mayo del año 2.124. Dos meses después comenzaron los trabajos en la inhóspita geografía marciana, para tratar de reproducir el ambiente añorado de la Tierra, para convertir desiertos en bosques y abrirles cauces a las corrientes de agua.

Hoy, para rescatar ese fragmento de su historia y lograr ensamblar el recorrido de su raza, desde los primeros inmigrantes de Tau Ceti que llegaron a la Tierra y se desposaron con las hijas de los hombres del planeta, hasta la etapa actual de su asentamiento en Marte recobrado. Y para evitar que el olvido sepulte los rastros del ancestro, el joven de la cámara toma las vistas de la región. Lo golpea la nostalgia del terruño, saber que, en todos esos lugares desolados, amaron y sufrieron, vivieron y murieron, sus antepasados.

Habla ahora, en voz alta, con la intención de grabar sus palabras en la cámara del tiempo:

—En la Tierra no todo fue erróneo, absurdo y maléfico, también hubo naturaleza pródiga, amor y plenitud de ser. Si bien existieron estadistas que le rindieron culto al fuego de las armas en contra de la vida, también existieron poetas que le cantaron a las plantas y a la risa, al mar y al optimismo, al amor y a la solidaridad. Después de contemplar todo esto, estoy más convencido de la necesidad de revivir ese pasado en nuestras imágenes para aprender de sus experiencias. La vida no es una novela

rosa, está hecha de rocío y de sudor, de estiércol y de pan, de cicatrices y de sueños. Los jóvenes antropólogos de Marte debemos fijar nuestros ojos en la Tierra. No podemos permitirnos el tremendo olvido de la amarga experiencia de La Atlántida que padecieron los terrícolas durante tanto tiempo. La gran odisea de las mil naves tiene que ser desmitificada y significar para nosotros algo más que una aventura de la especie humana en busca de nuevos horizontes.

El joven astronauta guarda el pequeño micrófono en su faltriquera y deposita la cámara en el estuche integrado de su vestido espacial. Ahora desciende lentamente sobre una sabana, frente a un golfo, en la que empieza a reverdecer la vida. Se posa sobre el césped de las ruinas de un antiguo parque, aspira el nuevo oxígeno de la Tierra y se queda mirando las nubes rojizas que tachonan el cielo, pensando en la aprobación de su tesis de grado.

En Marte —entretanto— viven y festejan el sesquicentenario de la nueva morada.

1982

El oasis de Palas

Mi nombre es Anthony Duncan y esta anécdota es verídica. Me ocurrió en uno de los viajes que hice como funcionario de radio control de la estación de comunicaciones interplanetarias de la Tierra. Fue a finales de diciembre del año 2185 y lo recuerdo bien porque fue por esa época que comenzaron a prosperar los célebres encuentros de diversas razas para encontrar la paz y la armonía entre las civilizaciones conocidas del sistema.

Sucedió en el planetoide Palas, situado en el cinturón llamado de los asteroides, y en donde estaba instalado el restaurante espacial más original del sistema. En opinión de los pilotos de las astronaves era el que mejores posibilidades ofrecía a los viajeros del cosmos, por su cercanía a nuestro planeta, y a él concurrían los turistas que hacían la ruta de crucero Tierra-Marte-Ganímedes-Titán, no solo para aprovechar el descanso durante el trayecto más largo —el que separa al planeta rojo de la acogedora luna de Saturno— sino para saborear los exóticos y deliciosos platos del menú interplanetario, que eran la especialidad del lugar.

En uno de mis viajes de rutina a Ganímedes me ocurrió el incidente que paso a relatarles. Ignoro aún las causas del dislate, la verdad. No he tenido tiempo de indagarlas en Revisión Interplanetaria, oficina eficiente, además. Pero, supongo, que todo debió ser consecuencia de algún circuito mal integrado o de alguna broma elemental, de esas que a menudo nos gastan los objetos inanimados del cosmos y que nos ponen a pensar

seriamente en si no estaremos arriesgando demasiado en concederles tanta autonomía.

Ocurrió como les cuento a continuación. Llegué a la estación espacial de Palas y lo primero que hice después de instalarme en el Sub-hotel, elegante y espacioso como el que más, fue embarcarme en el helijet de trasbordo a Oasis del Universo, que así se llamaba pomposamente el restaurante que habíamos escogido para la escala. Desde lo alto comprendí que era, en efecto, un lugar sin par en el sistema. Estaba recubierto por una hermosa y suficiente cúpula cristalina de color ámbar y poseía un aeródromo pequeño, pero confiable que se comunicaba con el parque del Oasis mediante un túnel de vitrex, al final del cual estaba instalada la línea de conducción del electrocar de propulsión solar que complementaba el transporte de llegada.

Caminamos durante varios minutos por los hermosos jardines del planetoide, contemplando las hermosas flores de Palas, las bellísimas mariposas luminosas de Io y el espectáculo de cintas policromas que surcaban el cielo en sucesión rítmica, simulando un ballet de líneas digitales.

Al arribar al parque, este nos proporcionó una pequeña sorpresa: Allí encontramos un zoológico con animales de todos los planetas y planetoides habitados del sistema solar, desde chimpos de Ganimedes hasta turlinkas de Fobos, pasando por las célebres gallinetas cruzadas de Calixto, todos ellos en cantidad y calidad suficientes como para garantizar la prontitud de cualquier pedido a la carta del comensal más exigente.

—Una visión reconfortante —dijo entonces Mirna, una hermosa artista de Eurasia que me acompañaba y que había concluido su gira con el grupo de danzas del cual hacía parte y se tomaba unas merecidas vacaciones.

—¡Claro! —agregó Thomas, nuestro experimentado ingeniero de vuelo—. Después de cinco días de puros chícharos y papas es apenas justo una ración del famoso polibisté que acá sirven. ¿Lo han probado?

—Sí, ya lo he comido —le dije—. En uno de mis viajes anteriores. En esa ocasión vine en compañía de un grupo de investigadores que iban en la búsqueda de las moléculas fósiles que probaban la existencia de vida antes de la destrucción del planeta de los asteroides.

La hermosa bailarina dijo no conocerlo y agregó:

—A mi dieta no le hace mucho bien, pero es tan afamado que no puedo resistir los deseos de comerme uno hoy.

—¿Le hace daño la carne de manatí? —interrogó a la joven el ingeniero de vuelo, más con la intención de establecer comunicación con ella.

—Así es —le contestó—. Y no solo la de manatí sino la de esos gordísimos chimpos de Ganímedes que tanto ponderan los turistas de este tour.

Caminábamos, charlábamos y observábamos el paisaje de los jardines a través del vidrio del ducto tubular que nos servía de puente. Hacíamos el trayecto de parque que nos separaba del amplio restaurante espacial. El ingeniero no le quitaba los ojos de encima a la bailarina y de conversar con ella los temas más triviales. Yo aproveché para buscar comunicación satelital con mis anfitriones de Titán.

Animados por la charla no nos dimos cuenta del momento en el que nos sentamos a la mesa de cristal cromado del restaurante Oasis.

—¡Un lujo de restaurante, no cabe duda! —exclamó Mirna suspirando fuerte y desparramando la vista a su alrededor. Un centenar de visitantes que esperaban o hacían sus pedidos, constituían la abigarrada conjunción de razas del sistema que completaba el paisaje.

—Es el mejor dotado del sistema —agregó Thomas, dándose aires de hombre de cosmos.

—Le hace competencia el gran restaurante del centro de convenciones de Tetis —anoté yo, para no dejarlo opinar solo sobre el tema.

Ya sentados vimos cómo un robot de servicio, de apariencia exótica, se dirigía hacia nosotros desde el techo y bajaba como si se tratara de un descenso lunar. Tenía un rostro con apariencia humana, pero sin extremidades inferiores, una caja de memoria, un tablero de digitación y cinco brazos que encogía o alargaba según las circunstancias y con los cuales prestaba su eficiente servicio.

—Es el maitronic —dijo Thomas—. La última palabra en tecnología al servicio de la comodidad. A él le pueden hacer el pedido con todos los detalles de mezclas y condimentación que quieran y pueden estar seguros que lo hace mejor que cualquiera de los meseros humanos que hayas conocido.

En efecto, la cámara de TV se posó sobre nosotros y nos invitó a ordenar la cena.

—Tenemos todas las carnes de tierra y de agua del mundo —dijo—. Y garantizamos su pureza y frescura, como que las tenemos a la vista, —agregó.

Y al instante apareció ante nosotros una proyección holográfica de los animales en su lugar de cultivo y unas fotos de los platos servidos con las diferentes formas de presentación gastronómica, para escoger.

La joven artista titubeó antes de pedir el polibisté, que el maitronic le había recomendado por su alto valor proteínico y su delicioso sabor. Finalmente, lo hizo.

—¡Qué caramba! El día de comer carne en esta ruta es uno solo y no creo que un poco me haga daño —dijo.

El experimentado navegante, con esa autosuficiencia que ya empezaba a fastidiarme, pidió al maitronic, además del polibisté, una botella de vino de Higeia.

—Para entonar —dijo. “Y para entusiasmar a la bailarina”, pensé yo.

Enseguida, pedí carne asada de mamífero de agua, pero agregué algunas recomendaciones sobre aderezos y salsas al mesero electrónico que él, demostrando una gran experiencia en el arte del buen gourmet, me solicitó aclarara, pulsando algunos botones de su tablero.

—Es para que conste en la computación —se permitió informarme, hecho lo cual se retiró del mismo modo como había llegado.

Entonces nos dedicamos a esperar.

—Y qué mejor para ello que el vino y la danza —dijo el ingeniero, y le dirigió la mirada a nuestra acompañante.

Esta entendió el mensaje y le contestó con coquetería:

—Bailemos, pues, ingeniero.

Enseguida, comenzó a sonar un ritmo alegre de tambores árabes y melodías de flautas tenues, que entraban furtivamente en la composición. Y que me hizo recordar los viejos tiempos de la música que hacía mi abuelo, con los instrumentos fabricados por los indígenas de mi país de origen, con los tallos de unas cañas y el cuero de los venados.

Yo tomé un vaso del buen vino asteroidal de Higeia que me habían servido como aperitivo. Sabía a bueno, a frutas secas de Fobos, pero era vino de Higeia, según dijo el ingeniero y confirmó el maitronic.

—Lo hemos traído directamente de la estación de Catar —agregó el singular mesero electrónico.

Y teníamos que creerle, porque, la verdad, un pedido en el Oasis del Universo jamás resultaba cambiado, o al menos eso era lo que decían sus publicistas para darle fama al lugar.

Una vez se acabó la canción creada para el instante por la computadora, los danzantes regresaron a la mesa y Mirna reía festejando los dislates dancísticos del ingeniero Thomas.

—No obstante, baila usted muy bien —dijo Mirna, para complacerlo y no dejarlo quedar tan mal.

—A pesar de los años —contestó él, justificando el cansancio que se le veía en el rostro y en el sudor de la chaqueta.

Y se sentaron sonrientes no sin antes saludarme y pedirme que la próxima pieza musical la bailara yo.

—Con gusto —les dije—, pero parece que ya la comida viene en camino. Y en El Oasis de Palas no se debe dejar enfriar la carne

Y así era. Otra vez el aparejo electrónico venía por los aires con las bandejas cubiertas y en ellas las deliciosas carnes que habíamos pedido. Llegaron a la mesa con la misma suavidad del descenso anterior, acompañadas del olor característico de las especias, un olor que había resistido el paso de los años.

—Debe ser orégano con pimentones dorados —dijo la joven vedette.

—No, linda. Es comiento sintético de fabricación marciana —le rectificó el ingeniero—. En este sitio no encuentras un condimento natural ni por equivocación —agregó.

Los brillantes brazos del mesero electromecánico pusieron las bandejas en nuestros puestos y previamente arreglaron la mesa de un modo tan encantador como si lo hubiera hecho, con todo el primor y la delicadeza, una de nuestras hermanas. De modo que al poco rato ya Mirna y Thomas trinchaban satisfechos sus respectivos polibistecs y apartaban la salsa que los cubría y que era, como toda salsa, un velo de misterio gastronómico y nada más.

Pero yo, en cambio, no sentía la misma satisfacción que los demás y no me decidía a cortar la carne siquiera. Al verme la cara de contrariedad y mi reticencia a iniciar la ingestión de la carne que había pedido por computación, Thomas me preguntó:

—¿Algo malo?.

—Sí, es ese color amarillo verdoso que no concuerda, como si me hubieran servido otra cosa— dije.

—¡Imposible! —exclamó Thomas—. El servicio de aquí es especial, no lo consigue en ningún otro restaurante del espacio.

—De todos modos...tengo el presentimiento de que ha ocurrido un error —dije.

—Ideas tuyas, amigo. Húndele el filo del termocuchillo a la carne y adelante con ella— me dijo entusiasmada Mirna, que comía con una fruición encantadora. Y traté de hacerlo, Dios sabe que sí, pero ese maldito olor a chamusquina que se me hizo intolerable me obligó a llamar al maitronic.

Este llegó del mismo modo anterior y al escuchar mi explicación de la duda y la repetición del pedido, mostró sus luces de desconcierto y un tono de alarma en su rostro metálico que me confirmó mi sospecha.

—Perdone usted —me dijo el singular mesero, intrigado por mi inconformidad —pero es la primera vez que nos ocurre. ¿Está usted seguro que pidió carne asada de mamífero con adobe SPC al flujo de neutrones?

—¡Eso no fue lo que pulsé en el tablero! —le respondí enojado—. ¡Pulsé carne asada de mamífero de agua con adobe SCP! —Y alcé la voz de modo que todos los demás comensales del restaurante me escucharan.

—Bien, pues eso no fue lo que entendió nuestro cerebro digital, señor —contestó avergonzado el maitronic.

—Carne de mamífero de agua con adobe SCP... ¿No es acaso una carne comestible en todas partes? —grité indignado, ante el asombro y la curiosidad de los demás comensales del restaurante.

Mirna y Thomas entendieron entonces mi tragedia y optaron por limpiarse los labios y levantarse antes de ofrecer una escena peor. Ambos estaban a punto de vomitar lo que habían comido.

—Lo es, señor —me respondió el maitronic—, pero no me explico qué pudo pasar para que se produjera ese cambio de letra que le ha trastornado todo su pedido. Una ligera variación en la estructura molecular de la carne y saz... posta de carne de popol joviano en lugar de un delicioso filete de lubinka. ¡Cómo para morir de asco, señor!

1981

Un largo sueño

Las dos astronaves surcaban el espacio de gases ionizados encontrado en la ruta hacia la estrella gigante de nombre Pólux, seguras de que el combustible interestelar seguiría alcanzándonos durante el trayecto y de que Roby, el poderoso computador que manejaba los dos motores lumínicos, nos llevaría a feliz término, como en efecto ocurrió.

Las estrellas del firmamento mostraban a nuestro paso un inusitado corrimiento hacia el rojo en la popa y un brillo diferente en la proa, como si en lugar de luz propia tuvieran un ligero barniz de luz residual diseminada.

A la velocidad de $0.5c$ parecía como si entráramos en un torbellino de haces de luz negra. Podíamos ver las estrellas vecinas de Pólux apiñadas en una especie de arco estelar que nos señalaba el rumbo hacia el planeta salvaje de la estrella, o al que creíamos tal. No obstante estar en la secuencia de las sub gigantes y de ser una estrella de la clase KO, sabíamos que alrededor de ella había planetas de estructura mineral con posibilidades de vida. Y los encontramos. Primero fue un planeta con agua y tierra que parecía una copia del Marte de los primeros tiempos; por lo que decidimos saltar al siguiente planeta de esa órbita, la del planeta que llamamos salvaje. Lo habíamos decidido luego de constatar que en el planeta rocoso no había animales que nos sirvieran de alimento y que sus plantas tenían una alta concentración de mercurio que nos podía producir trastornos en nuestro metabolismo.

Durante los anteriores trayectos dormíamos virtualmente pensando en varias opciones: en un paraje hermoso de árboles que llegaban al cielo y debajo de ellos una cañada de agua fresca que nos invitaba al baño desnudo, y en la otra no tan buena de tener que enfrentar animales grandes y feroces de cuernos triples y crestas de reptil.

En más de una ocasión tuvimos la sorprendente experiencia de estar en los sueños del otro, como si nuestras imágenes mentales hubieran logrado salir de nuestros cuerpos y hubieran entrado en los predios oníricos del vecino. Venus fue la primera en pensar en convertir en norma el sueño compartido, mientras dormíamos en las cabinas de hibernación.

—Si íbamos a permanecer varios años durmiendo, recibiendo las imágenes 'hápticas' que nos suministraba Roby para entretenernos, ¿por qué no establecer relaciones virtuales entre nosotros y conformar, así, una especie de comunidad de sueños que nos mantuviera unidos y en comunicación durante el tiempo de la hibernación?

A Venus le pareció lo más recomendable, por las experiencias recientes y porque en vida durante su permanencia en Marte experimentó con su esposo Aldebarán ese cruce de sueños que les reconfortaba el espíritu y les permitía seguir existiendo mediante los avatares que confeccionaron para hacer descansar sus verdaderos cuerpos.

El primer intento lo hizo Venus conmigo, desde su nave hacia la Alondra, unos miles de kilómetros más adelante. Ella soñaba con un baño de mar en las playas caribeñas de Santa Marta que conoció por los filmes del pasado. Yo empecé a soñar con una torre de arena que construía en esa misma playa colombiana cuando apareció la imagen de Venus en mis sueños, flotando desnuda sobre las olas y luego navegando de pie sobre una ostra abierta de gran tamaño.

¿Qué otra cosa podíamos hacer? Estábamos condenados al no retorno, a menos que nuevas expediciones lograran salir de Marte y nos encontraran vagando por la Vía Láctea en busca de un nuevo lugar para reiniciar la historia.

—Es una aventura este viaje —le dije a Venus en sueños—. Más que una aventura, una locura. Claro que en la Tierra... bueno, la verdad es que no nos quedaba otra alternativa.

Pero me intrigó que Venus me pensara a mí en sus sueños y no en su compañero. Y se lo pregunté.

—Contigo tengo más experiencias de qué hablar para aprender, en cambio todo lo de mi esposo me lo sé de memoria y, además, tu compañía y tu charla me resultan ideales para evitar la monotonía de los muchos años vividos con Aldebarán —me respondió.

—A eso se le llamaba infidelidad en los viejos tiempos —le dije.

—De pensamiento nada más, porque no tenemos necesidad de tener sexo para seguir soñando juntos —me contestó.

—Pero si Aldebarán o Estíbaliz irrumpen en nuestros sueños compartidos, no van a pensar lo mismo. Y menos si nos encuentran desnudos, bañándonos en las aguas calientes del distrito turístico denominado El Rodadero.

Los hombres de la Tierra que viajábamos a una velocidad relativista por el cosmos habíamos logrado ya una total integración de espíritus y sentimientos, no obstante nuestras procedencias temporales diferentes. Vivíamos la maravillosa experiencia de la vida en común, compartiendo alegrías y sentimientos. Podíamos reunirnos todos en amplias salas de celebraciones para libar buenos vinos y danzar alegres ritmos de mente

o por parejas en cubículos especialmente imaginados para el efecto, y todo ello a discreción de cada uno de nosotros y con pensarlo solamente. Estábamos tan felices y compenetrados con ese nuevo modo de vida que ya no sabíamos si éramos los mismos astronautas que salimos del planeta tras la esperanza o únicamente corrientes de pensamiento morando en una especie de nirvana cósmico ubicado en otra dimensión del universo.

Recuerdo que en uno de los encuentros de grupo le dije a Aldebarán que me parecía que debíamos pensar en volver al estado de materia para encarar la aventura que nos esperaba en el planeta salvaje de Pólux. Y lo que me respondió:

—¿Acaso somos lo que somos por nuestra carne?

Roby, entretanto, seguía al pie de la letra sus instrucciones. Cada tres meses terrestres visitaba nuestros cuerpos reales y nos cambiaba el suero sanguíneo y aprovechaba para revisar el mecanismo cibernético del llamado sueño virtual. Así lo hizo durante doce meses náuticos sin que en ninguna de las revisiones detectara alguna anomalía en el mecanismo de hibernación y en nuestras fisiologías.

En las proximidades del planeta salvaje, que estaba localizado más lejos de lo que en principio habíamos pensado, la inmensa bola de fuego de su estrella aparecía nítida y amenazante en sus contornos y varios de los otros planetas del sistema que divisábamos por el radioscopio parecían astros de acompañamiento, parte del decorado y nada más.

Roby decidió entonces despertarnos y sacarnos de ese paraíso del amor y de la felicidad en el que nos encontrábamos.

Se dirigió al tablero de control y pulsó la orden sin titubear. Al instante las cápsulas de Venus, de Aldebarán, de Estíbaliz y la mía se abrieron y nuestros cuerpos recobraron el color de la vida y el aire entró dolorosamente por nuestras fosas nasales y todos padecimos un espasmo

con fuerza y tuvimos la sensación de haber vuelto a nacer, pero en un nuevo mundo.

Roby se acercó a las cápsulas abiertas y esperó pacientemente el despertar de todos y cada uno de nosotros, pero este no se produjo: los cuerpos seguían rozagantes, pero inertes en sus respectivas cabinas. Nada hacía presumir que nos levantaríamos. No evidenciábamos ningunas ganas de levantarnos y de volver a la realidad. Entonces Roby cerró de nuevo las cabinas de hibernación y tomó la decisión más indicada: puso a las astronaves en órbita de entrada al planeta en el que, según las radiosondas, existía una vida animal exuberante de tal magnitud que parecía como si alguien lo hubiera convertido ex profeso en un zoológico cósmico.

Pocos segundos luz de vuelo después la nave se posaría sobre un terreno accidentado de formación granítica. Roby sufrió con el descenso accidentado el daño de varios de sus sensores y un desperfecto de orientación en su control de memoria, y no pudo por esto volver a la sala del sueño a despertarnos e intentar con una transfusión recuperarnos plenamente. Nosotros, , aunque dormidos en las cabinas, pero despiertos en el sueño compartido, veíamos todo lo que ocurría en la nave y sus alrededores.

Y pudimos ver debajo de las astronaves a varios animales de apariencia feroz que merodeaban; y a uno de ellos, el de mayor contextura, cuando mordía las patas de acerilio de la *Alondra*.

Roby los observaba con temor.

Las cabinas de hibernación, como era de suponerse, no se abrieron; con el impacto habían sufrido también los mecanismos de hibernación de ambas naves.

Roby, entretanto, echaba mano de sus recursos para evitar la entrada de las fieras en ambas naves. Primero usó las luces repelentes, luego

salvas de hipersonido, ráfagas de láser y finalmente, en el extremo de la angustia, el encendido de los reactores, pero nada. Las fieras no parecían sufrir daño alguno. Seguían en su faena destructora, arrancando con sus garras y colmillos las láminas de las dos astronaves de la Tierra, como si fueran piezas de una maqueta de plástico refinado.

Roby sentía con cada minuto que pasaba que la desesperación se apoderaba de sus circuitos. Y vio casi al borde del colapso cuando los animales entraban a las dos naves y llegaban al habitáculo en donde se encontraban las cabinas de hibernación con nuestros cuerpos viviendo las experiencias del sueño compartido. Y vio cuando las bestias intentaban abrir las puertas de vitrex de las cabinas y miraban nuestros rostros sonrientes, pero dormidos, con una sonrisa que parecía haber sido concertada para burlarnos de la muerte.

Una de las fieras husmeó el cuerpo de Venus y comenzó a destruir la cabina con sus zarpas. Al segundo zarpazo la puerta de la cabina voló por los aires y el cuerpo de Venus sufrió una contracción que espantó momentáneamente a la fiera.

Poco a poco el color de la ira tiñó la piel de la astronauta, poco a poco, con algo de desconfianza, el animal se fue acercando al cuerpo inmóvil.

Cuando estuvo bastante cerca y sus fauces abiertas y humeantes amenazaban el rostro de Venus, una luz intensa que parecía provenir del otro lado de esta realidad la encegueció haciéndola retroceder instintivamente. Enseguida un rayo letal disparado por lo que parecía ser un avatar de Aldebarán, salió desde las afueras de ese espacio y fulminó a la fiera.

Enseguida, una voz como de trueno dijo: ¡Podrán acabar con mi carne y destruir mi obra pero jamás podrán horadar mi espíritu!

Atlán y Erva

El caudal del río había decrecido bastante y abierto una hermosa playa de arenas pardas. Erva lavaba sus pieles con Zita y Enka, en el sitio de los rápidos, aprovechando la sombra de los árboles cuyas ramas caían sobre las aguas. Cuando el sol comenzó a ocultarse detrás de la montaña blanca habitada por los temibles hombres rojos, Erva y sus compañeras se quitaron las pieles que llevaban puestas y se quedaron desnudas sobre la arena, jugando con los guijarros y los trocitos de madera que la corriente depositaba en la playa.

A lo lejos, detrás de una roca tupida de musgo, unos ojitos diferentes observaban. Era Atlán —hijo de Sous— que había llegado en su platillo radiante para conocer la belleza de las mujeres de Entre Ríos, la región más avanzada de la Tierra.

Zita, la hija de Josafat, lo vio y le dijo a Erva:

—¡Mira es Atlán!

Este salió enseguida de su escondite, alzó sus largos brazos al cielo, dobló las piernas e inclinó ligeramente su cuerpo hacia adelante, y se lanzó por los aires como un pájaro hasta caer justo dos o tres metros cerca de Erva y sus compañeras. Estas, aturcidas, trataron de huir, pero no pudieron. Una fuerza superior que salía de Atlán se los impidió.

Erva miró a Atlán. Por primera vez, lo tenía tan cerca. Sabía que él la observaba desde las rocas, pero no creyó que algún día se le acercara. Le contempló los ojos de color verde, su piel desnuda y tersa, sus cabellos

como de fuego, los puntillos rojos de la cara y sus manos largas y fuertes. Le escrutó la mirada y le conoció la intención recóndita de sus ojos.

Atlán contempló el cuerpo ligeramente velludo de Erva, el hermoso contraste del color marfil de su piel y la tersura negra de sus cabellos. Posó levemente sus dedos sobre los senos de Erva y no pudo evitar la reacción animal de su cuerpo al mirarle el triángulo coposo de su sexo.

—¡Atlán te pretende! —le dijo Zita a Erva—. No olvides lo que nos dijeron nuestros padres. Él no es de nuestra raza.

Pero Erva estaba decidida a conocer más de cerca a Atlán, a tocarle sus cabellos de fuego, a dejarse acariciar por él... y lo tomó de sus manos. Así, juntos se fueron por el camino de la arena con rumbo al bosque y se perdieron de la vista de Zita y Enka. Luego, se acostaron sobre la gramilla seca, y allí Atlán le dijo que venía de muy lejos: “Más allá de las estrellas que ahora ves”. Erva le contó que su padre era hijo del primer guerrero que usó la lanza para cazar mamuts. Atlán le acarició la piel suavemente a Erva y esta le buscó el olor de sol que creía impregnado en sus cabellos.

De pronto Atlán irguió su cuerpo y quedó sentado, apoyado sobre sus brazos extendidos hacia atrás. Miró el firmamento. Erva, extrañada, le preguntó: ¿Qué pasa? Nada, nada —le contestó— simplemente que debo decirte algo. Erva le instó con su mirada a que lo hiciera y Atlán le contó, entonces, que su pueblo estaba preparando un gran experimento en la Tierra.

—No estoy al tanto de los detalles puesto que solo soy un ingeniero de vuelo, pero lo que sí sé es que ustedes han sido escogidos para hacerlos avanzar siglos de desarrollo con nuestra ayuda y previa mutación de vuestra raza.

Erva se quedó mirando la cima de la montaña blanca. Atlán pensó en la prohibición de tomar mujeres de la Tierra sin la autorización de la comisión genética de la expedición. Erva recordó la leyenda de los temibles hombres rojos, pero Atlán le había dicho que podría tener un hijo como él, con sus cabellos de oro, los puntillos rojos del rostro, y que este podría dar esos saltos enormes que a ella tanto le gustaban. Atlán y Erva cabalgaron luego en el potro del amor, sobre las olas del embrujo.

Al promediar la noche, exhaustos y plenos, tendidos boca arriba y mirando hacia el infinito del cielo, Atlán pensaba en la manera de afrontar la situación en la nave madre, a su regreso, mientras Erva le susurraba al oído: Le pondré Atbel, At de Atlán y Bel por mi padre, el jefe militar de Entre Ríos.

1979

El 603286

El señor Louis Watson Mandarinino, de la aristocrática familia de los Mandarinino, se paseaba nervioso por el amplio comedor de su casa de campo, situada en la soleada playa de Palm Spring. En su cerebro bullían los más inverosímiles proyectos, algunos tan fantásticos que escapaban a la imaginación de los mejores escritores de ciencia-ficción. Pensaba también en sus problemas. Los negocios no andaban muy bien últimamente para los Watson Mandarinino; las acciones de la bolsa habían bajado tres puntos con ocasión de la crisis anglo norteamericana y la producción de artículos eléctricos de su complejo industrial “Watson Electric y Cía”, había disminuido por la casi saturación del mercado y por las trabas aduaneras recientemente impuestas por el gobierno socialista.

Las principales piezas de repuesto de los complejos cibernéticos de la “Watson” eran vendidas por el gobierno negro de los Estados Unidos y fletadas, en virtud de los acuerdos internacionales, por la Flota Mercante de la Gran Bretaña. La situación era tal que amenazaba crisis.

Louis Watson, además de gerente comercial de su empresa, era ingeniero y gustaba de dirigir la programación de la KML-058 que fabricaba, en serie y para el consumo popular, los llamados perceptores extrasensoriales. Y era que en él coexistían el científico y el hombre de negocios. Casi se puede decir que el uno vivía en función del otro, solo que no siempre se sabía si era el científico el que vivía en función del industrial o viceversa. Tal parece que esa funcionalidad era variable y alternada, según las circunstancias.

Los perceptores extrasensoriales eran lo más novedoso de la industria parasicológica. Eran el primer resultado de todos los esfuerzos investigativos del hombre, tendientes a lograr la interacción directa entre el cerebro y la computadora. Pero, era apenas el primer esbozo, el primer atisbo, ya que solo se trataba de un aditamento de radio que le permitía o facilitaba el centro CES del cerebro, ampliar el espectro de ondas perceptibles. No obstante, a Louis Watson le parecía que la total integración del hombre y la máquina era cosa de pocos años de trabajo creador, y en ello invertía la totalidad del tiempo que le quedaba libre.

En esos instantes de meditación estaba, pensando en la manera de prever las consecuencias de los hechos económicos, cuando fue interrumpido por Vivian, su linda esposa, hija de uno de los magnates de la industria petro-química.

—¿En qué piensas, querido?

—Oh en nada! Bueno, tal vez en algo muy importante —le contestó.

—¿Algo relacionado con la crisis?

Louis le contestó que sí y le informó en detalles el proyecto que venía madurando en su mente desde meses atrás, desde que los socialistas congelaron los precios por razones de Estado, y su empresa entró en barrena financiera por el elevado costo de las importaciones. No había otra alternativa —le dijo—. Los socialistas no cederán en sus tesis y es poco probable que laboristas y conservadores retornen al poder. Lo otro sería convertir la empresa en una Sociedad Anónima para absorber los nuevos gastos con la emisión y venta de las acciones, pero ello equivaldría a abrirle las puertas a los Morrison, nuestros eternos rivales de la industria eléctrica.

Como Vivian le preguntó de qué se trataba realmente, le contestó así:

—Los receptores extra-sensoriales le permiten al hombre captar sensaciones e imágenes que no están a foco, es decir, en el área de recepción de algunos de sus órganos sensoriales; con ellos puedes hablar con tu tío Gilbert en Oxford o ver a Susan en Liverpool, si lo deseas. Esto es importante para las comunicaciones, sin duda, pero yo creo que la acción espacio-temporal de los PEXS puede ser variada en tal forma que permita la captación de imágenes que no se han producido, pero que van a producirse, o los que es lo mismo, que nos permita ver en el futuro...

Vivian no pudo evitar una sonrisa, que más que sonrisa parecía una mueca de escepticismo, y hasta llegó a pensar que su marido se había vuelto loco como consecuencia de los reveses económicos, pero bien pronto se convenció de que lejos de ser un loco, su marido era poco menos que un genio, porque dos meses después, vencidos muchos obstáculos y luego de superar las flaquezas de su organismo sedentario, Louis Watson conseguía proyectar la onda rastreadora del nuevo PEXS-2 exactamente una semana de tiempo más tarde, el día exacto de la Lotería de Londres, y ver, como si estuviera soñando, los seis chiquillos que hacían girar las ruedas portadoras del premio de cien millones de libras. Y el número 603286 del sorteo. Por supuesto que después la tensión nerviosa lo mantuvo en crisis permanente, lo que no fue obstáculo para que se dedicara a conseguir el billete. Primero fue a la agencia y en esta le informaron que ese número había sido despachado a Bristol. Entonces se trasladó a Bristol y después de ir a la oficina local y de averiguar por todos los vendedores, se dedicó a recorrer los sitios acostumbrados por todos ellos, hasta que encontró a un anciano de cabellos canos y de ropa roída y desteñida por el tiempo, que voceaba lastimeramente el número 603286 de la extra londinense.

Louis le arrebató el fajo de fracciones y constató que era el número y que todavía quedaban cuarenta y una y le entregó al viejo dos mil libras, el doble del valor del billete entero, en forma tan desesperada, como si comprara el elixir de la vida, y en medio del descontento y la alegría del viejo lotero bristolense.

Louis se trasladó a su casa en Palm Spring y comunicó a su entusiasmada mujer lo acontecido. Ambos permanecieron desde entonces a la expectativa, devorando las horas con el pensamiento y fija la atención en el lugar donde tenían guardando el billete. Casi ni salían a la calle y hasta a los niños les habían prohibido entrar al cuarto donde estaba la caja fuerte detrás del cuadro de Picasso.

El día llegó, como es de suponer, y Louis y Vivian, los dos, absortos y rígidos miraban la TV en la espera del Mayor. Los premios secundarios fueron sucediéndose unos tras otros, en medio del natural regocijo de los ganadores. Cuando los seis muchachos subieron al estrado en donde se encontraban las seis ruedas, Louis recordó que, en efecto, los seis eran rubios y pecosos, los seis tenían pantalones cortos de color frambuesa y los seis portaban gorros como de "boys scouts".

Sintió entonces la seguridad de la victoria y la plenitud de espíritu que viene después de los esfuerzos coronados con el éxito. Estaba casi seguro que el número no podía ser otro que el 603286 que había visto hacía una semana con la ayuda de su PEXS-2. Quizás por esto se mantuvo más calmado, lo que no fue óbice para que casi derribara el televisor del salto de alegría que dio cuando vio que las seis benditas ruedas señalaban el 603286 de sus ilusiones y proyectos.

—Ahora sí que vamos a acabar con los socialistas y los Mórrison! —le dijo a su esposa, en medio del júbilo que lo embargaba.

En ese preciso instante caía sobre Palm Spring un torrencial aguacero y una tempestad eléctrica, razón por la cual Louis y Vivian no fueron al teatro *Rex* a presenciar el sorteo.

Louis no podía con la exaltación de sus nervios, no conseguía serenarse, y en cambio gritaba que acabaría con todo el mundo porque predeciría los hechos del futuro y con ellos podría ganar montañas de dinero. Vivian le hizo caer en cuenta, de lo que se arrepentiría más tarde, que el billete en Palm Springs no estaba seguro porque la vigilancia policial era deficiente.

—Entonces hay que trasladarse a Londres y llevarlo a un Banco o a la misma agencia, para mayor seguridad —le contestó.

De nada valieron los ruegos de su esposa para que la dejara viajar con él; Louis se fue con su billete premiado rumbo a Londres, destinando partidas de los cien millones, imaginando proyectos de contención a la crisis, organizando estrategias políticas y auto programándose un nuevo régimen de vida acorde con su nueva condición de vidente y mutante capaz de transformar el mundo.

Cuando apenas había andado dos o tres kilómetros de su auto *Queen Elizabeth*, por lo precipitado del viaje, una de las llantas mostró señales de estar con poco aire. Louis tuvo que bajarse del auto en medio de la tormenta, debajo de un árbol, y justo cuando se disponía a inflar la llanta, recibió el impacto de un rayo; y Louis y el billete que llevaba en uno de los bolsillos del saco, y todos los proyectos, quedaron convertidos, en fracción de segundos, en polvo de carbón que continuaba existiendo como una sombra de recuerdos lamentables.

Horas después, la noticia llegaba a Palm Spring, y Vivian, desesperanzada, lloraba y decía a los periodistas:

—Si se hubiera esperado un poquito más, se hubiera dado cuenta del rayo y lo hubiera evitado, y hoy estuviera disfrutando de los cien millones.

Días después la televisión comunicaba que solo nueve fracciones de la Extra londinense habían sido cobradas, y que un lotero anciano de Bristol había enloquecido con la noticia.

1972

La gota

Por un momento llegué a creer que había descubierto, para bien de la ciencia, una rara combinación de hidrógeno, oxígeno y mercurio capaz de resistir elevadas temperaturas. La verdad es que nunca imaginé que la extraña gota que accidentalmente descubrí, hubiera podido causar tanta consternación en la ciudad académica de Takasuán.

Todo empezó cuando los participantes en el Simposio de Astrobiología se interesaron por mi curiosa gota al saber que poseía propiedades radioactivas y que acusaba un extraño movimiento vibratorio causado, al parecer, por la acción de los rayos solares sobre su superficie.

La extraña gota había sido descubierta por mí un día en el que me disponía a regar las plantas del jardín experimental. Me extrañó sobremanera verla brillando en la amplia y hermosa hoja de una *Antra* —variedad recientemente lograda—, y me extrañó porque desde la tarde anterior no había caído sobre las plantas, gota de agua alguna.

Recuerdo que en ese momento traté de cogerla con mis manos y experimenté su primera enigmática propiedad: quemaba como una gota de cera caliente y sin embargo era agua o al menos eso parecía, pero un agua rara de color plateado que reflejaba los objetos como si se tratara de un espejo esférico.

Entonces la transporté, con todas las precauciones del caso, al laboratorio de físico-química en donde lograron descubrirle otras propiedades no menos interesantes. Resistía la temperatura de fusión del hierro y hasta

el cero absoluto sin perder nada de su masa, esfericidad y brillantez. Y era impenetrable al bombardeo de las micro-partículas. No obstante, su forma externa obligaba a pensar que se trataba de una simple gota de agua o de mercurio, con el comportamiento de este platinado y líquido elemento.

Fue en ese momento del laboratorio cuando supuse que había descubierto una original combinación de hidrógeno, oxígeno y mercurio con propiedades físicas y químicas hasta entonces desconocidas. Y si ello es así, me dije, quiere decir que hemos logrado la solución al problema de la conservación del agua en los planetas de elevada temperatura, asunto en el que trabajaban los hidrólogos de la comunidad científica de Tinajones.

Luego dispuse que se le practicara un análisis espectral. El asombro no pudo ser mayor. La misteriosa gota resultó que estaba compuesta de hierro, silicio, carbono, oxígeno, hidrogeno, nitrógeno, radio, flúor, cobalto, fósforo, cloro, níquel, bromo, aluminio y de otros elementos más con números atómicos no registrados en nuestra Tabla periódica.

Algunos científicos conjeturaron que se trataba de una partícula extra galáctica y para tal efecto propusieron la prueba del carbono 14. En esa forma, dijeron, será posible establecer su antigüedad y procedencia. Hubo entonces la necesidad de trasladar la gota a un pabellón diferente del centro de investigaciones, lo que permitió observar otra de sus misteriosas particularidades. En efecto, al contacto con los rayos solares las vibraciones se hacían más fuertes y toda ella parecía reducirse de tamaño.

Afortunadamente fueron pocos los segundos durante los cuales estuvo nuestra gota expuesta al Sol, y digo esto porque de no haber sido así no hubiéramos podido establecer la naturaleza de su procedencia.

Ya en el moderno laboratorio de radiología la gota mostró un rápido e incesante cambio de colores desde el violeta hasta el rojo-blanco en tanto que los átomos de carbono se desintegraban en el medidor. “Más de veinticinco mil años tiene esta gota”, fue la respuesta de los analistas. Y recordamos entonces la hipótesis de Ambarsumian, destacado astrofísico armenio que sostenía la procedencia exterior de una serie de megalitos descubiertos en el Sahara, en el Tíbet y en las islas del Caribe, pero nuestra apreciación inicial bien pronto quedó destruida por la experiencia siguiente, corroborando lo dicho por Goethe algunos siglos atrás: “Gris es toda teoría, amigo mío, pero el árbol de la vida es siempre verde”. Al contacto por segunda vez con los rayos solares, en momentos en que trasladábamos la gota al laboratorio de investigación de nuevos elementos, sus vibraciones aumentaron hasta el máximo y desapareció de nuestra vista. Era como si las vibraciones hubieran conseguido hacerla imperceptible.

Solo un segundo duró la estela de luz que se perdió en el infinito y que partió de la gruesa plancha de bronce en donde habíamos colocado la gota, y en su lugar quedó una diminuta cinta metálica con un mensaje de paz y amistad escrito en símbolos terrestres: una paloma blanca, un apretón de manos, una casa sin puertas y un esquema que señalaba la existencia de un planeta ubicado en una estrella enana que era visible en la constelación de Orión.

1970

Los otros

Habían transcurrido diez años convencionales desde que los tripulantes de la *Antar II* iniciaron la búsqueda de la enigmática fuente de energía que por años venía enviando, con destino a nuestra galaxia, una señal arrítmica, periódica y constante. Fueron diez años durante los cuales Karlem, la única mujer de la expedición, no cesó un instante de pensar en la despedida, en las cosas hermosas que quedaron en la Tierra, en las voces entrañables que le dijeron: “¡Karlem, enhorabuena! Eres la primera mujer en viaje por los espacios intergalácticos, que es tanto como decir, en viaje hacia el infinito”. Se preguntaba una y mil veces. “¿Qué objeto tiene entregar el resto de una vida?”, pero se reconfortaba con la esperanza de conocer a los autores del incesante llamado. Además, en más de una ocasión había soñado con la existencia de una civilización más avanzada que la nuestra. Le parecía que el hombre terrestre, a pesar de su innegable progreso, no había alcanzado su total perfeccionamiento. Aún existían el odio, la envidia y el egoísmo, no obstante, la alta tecnología productiva y la educación teledirigida. Consideraba que el Hombre integral solo puede albergar en las interioridades de su cerebro, amor, pero amor en la más amplia significación del término. Y estaba convencida de que ese hombre perfecto debía existir en algún lugar del universo.

La Tierra, en cambio, había envejecido muchos siglos después de la época en que los astrofísicos y radio astrónomos del *Centro Gagarin*, con fundamento en la tesis que sostiene que en la naturaleza no se dan radioemisiones de carácter periódico, llegaron a la conclusión de que

dichas emisiones tenían que provenir de alguna inteligencia del cosmos y además extraordinaria porque las ondas del mensaje debieron haber partido cuando todavía no habían hecho su aparición sobre nuestra superficie los primeros seres vivos y apenas si terminaban de conformarse las primeras proteínas. Una estrella de la clase U, ubicada en el plano medio ecuatorial de la galaxia IC-9801 del cúmulo de Boyero, a tres millones de años luz, fue señalada como el lugar del cual partieron las poderosas ondas de radio captadas en La Luna. Y hacia ese lugar del cosmos indicaban el rumbo las coordenadas de vuelo de la Antar II.

Por todo lo anterior, Karlem, la valerosa ingeniera responsable de las comunicaciones, no logró resistir el incontrolable deseo de conocer lo que hay más allá de las estrellas, y pudo armarse del valor suficiente para aceptar hacer parte de una expedición incierta que quizás nunca llegue a su destino ni logre regresar a su lugar de origen. Encerrada como estaba en sus pensamientos, no escuchó la orden dada por el comandante Rob para que la tercera unidad de energía fuera activada y la nave lograra la octava velocidad cósmica. Un breve titubeo y la astronave brilló con el fulgor de un sol, para anunciarle al espacio ilimitado que los hombres de la Tierra se disponían a ingresar en sus misteriosos laberintos en busca de nuevas realidades. La pantalla ovoidal se vio de pronto llena de figuras fugaces, de líneas multicrómicas que semejaban un filme interminable y de indescifrables puntos brillantes que se agigantaba para perderse luego. Habían logrado la aceleración y velocidad necesarias para superar la atracción del campo gravitacional galáctico. Atrás quedaba, como dormida en una alfombra oscura, la Vía Láctea, nuestra ya pequeña morada.

Rob cumplía su quinta misión en el espacio, pero esta era para él la más importante. No solo porque era la primera incursión extra galáctica del ser humano sino porque con ella se le presentaba la oportunidad

de demostrar su teoría de la Relatividad Simétrica de la Materia que expuso en la Academia de Ciencias cuando resolvió conseguir el grado en astrofísica. Por su mente aún desfilaban los rostros sardónicamente sonrientes de los examinadores y en especial el de Lon Vert, quien le interrogó entonces:

—¿Acaso es posible que en nuestro planeta nazcan de padre y madre diferentes, dos hijos exactamente iguales? —para demostrarle que la simetría de la Materia no podía llegar a los extremos por él pretendidos.

Varios años terrestres después, una estela de luz con la intensidad de una supernova, iluminó las aerodinámicas líneas de la cosmonave. Su luminosidad creciente duró pocos segundos, los suficientes para que el ojo avizor del piloto electrónico dispusiera la apertura de las cabinas de hibernación en las que los valientes astronautas acortaban el tiempo para matar la monotonía y posibilitar el éxito de la empresa. Rob miró la pantalla de controles y observó que quedaban en ella huellas del extraño fenómeno, fragmentos titilantes de color plata se refractaban en la cúpula de vitriilo formando una hermosa acuarela cristalina que lo transportó imaginariamente a un mundo de fantasías.

—¡Marcha atrás! —ordenó, no sin antes solicitar los cálculos a los ingenieros de vuelo—. Solo una cosmonave es capaz de dejar rastros como estos —agregó.

Estaban justamente en el lugar llamado de las carrozas de fuego, casi en la mitad del viaje. La operación de frenada para constatar la naturaleza del objeto estelar visto demoró algunas horas terrestres y la *Antar II* tuvo que regresar y adelantar dos veces antes de quedar frente a frente con el misterioso objeto del cosmos, que ahora se mostraba imponente como lo que en verdad era: una nave colosal que tenía la figura de una golondrina

en pleno vuelo. Dos extensos alerones que terminaban hacia atrás en punta contrastaban con sus cuatro reactores en forma de delta. Su cabina se alargaba como un hilillo de plata hasta confundirse con las tinieblas del espacio.

Segundos de contemplación más tarde, una lucecilla de color violeta apareció en las láminas inferiores del cuerpo central y se fue ampliando hasta transformarse en una pequeña plataforma recubierta por un cono de material transparente.

—No cabe duda, vienen preparados para mostrarse ante nosotros —dijo Rob.

Y tuvo que criticar la imprevisión de los ingenieros constructores de la nave terrícola porque no había en ella mecanismo alguno para mostrarse a otros seres del cosmos en las afueras del espacio y era imposible todo intento de transbordo sin poner en riesgo la vida de la tripulación.

El momento esperado por siglos se producía. Y fue entonces cuando Karlem dio rienda suelta a su fantasía, recordando la ley de la complejidad estética de la materia, recientemente formulada. “Los habitantes de una civilización extraterrestre, con millones de años de existencia, tienen que ser anatómicamente perfectos, hermosos, y espiritualmente pletóricos de amor y de optimismo en las infinitas capacidades de la inteligencia. Igual que en los cristales, la materia viva, en su desarrollo ascensional, adopta una organización mucho más armónica y perfecta, en proporción al tiempo de evolución”.

Rob, por su parte, no pudo evitar pensar, en ese instante, en las interminables sesiones de la Academia y en la frase final de su discurso: “La simetría es una propiedad universal de la materia que no admite excepciones. En algún lugar del cosmos, debe existir una galaxia o un sistema estelar

o un planeta parecidos a los nuestros, pero de signo contrario". Tampoco pudo evitar pensar en la imposibilidad de comunicar a sus descendientes de la Tierra el gran encuentro; en Varna, su esposa resignada, quien le dijo al partir: "Rob yo sé que tú algún día, cuando de mí no quede sino el recuerdo, allá en el infinito, podrás gritar que tenías la razón". Y pensó también en los años de viaje que todavía faltaban, en la cara huesuda de Lon, en los ojos anhelantes de Karlem, en tantas y tantas cosas, que no observó dos figuras esbeltas, desnudas, que aparecieron en actitud de danza y modelaje sobre la plataforma de cristal de la astronave amiga, ni escuchó la exclamación de asombro de Karlem al mirarlas: "¡Pero si somos nosotros!".

1970

El hijo de las estrellas

Desde que se enteró de la existencia del enigmático Ben Koseba, no dejó de trabajar por un día en el laboratorio ni abandonó por un segundo la idea del viaje al torrente de Murabbat, situado al sur del valle del Jordán a solo dos horas del mar Muerto.

Ubaldo era un enamorado de los misterios históricos. Los coleccionaba en forma de sinopsis, acompañándolos con las hipótesis existentes y con su posición personal explicada y fundamentada. En el grueso volumen de pasta nacarada, pomposamente titulado *Los enigmas de la historia*, tenía relatados más de cincuenta temas de los más extraños, desde la ballena de Jonás, pasando por las terrazas de Balbeck y las tectitas del Sahara, hasta la naturaleza y procedencia de los Ovnis, pero, ni siquiera a su amigo Pedro Camacho, joven doctor en lenguas antiguas, le había comunicado la manera de cómo pensaba descifrar tanto embrollo del pasado.

Lo cierto es que trabajaba largas horas durante el día y parte de la noche, en su laboratorio de la calle del Sargento Mayor, y que compraba con relativa frecuencia artefactos electrónicos como si estuviera construyendo un aparato receptor de radio o un radar, o algo mezcla de los dos, y que en las tertulias de fin de semana, en el bar *La Quemada*, no se cansaba de hablar de su futuro gran invento, más importante que la rueda y la energía eléctrica, según decía. Y todos pensábamos que se trataba de una broma elegante. Y lo pensábamos, no solo porque conocíamos su carácter, sino porque nos parecía un imposible físico que el hombre pudiera viajar de cuerpo entero hacia al pasado o al futuro. “Pero es que no se trata de

un viaje personal, ni tampoco al futuro, que por no ser presente no deja huellas en la historia”, nos replicaba sonriendo. Y nos dejaba siempre con la duda, aplazándonos los detalles de su máquina hasta que la terminara en su vieja casona de San Diego.

Había terminado sus estudios de ingeniería electrónica e iniciado su especialización en cibernética, ciencia esta que lo apasionaba hasta el extremo de que en cierta ocasión publicó un artículo en una revista local en el que formulaba una serie de objeciones al funcionamiento del cerebro humano, artículo que le ganó la animadversión de varios científicos conservadores y la envidia de sus amigos, quienes le seguíamos fielmente convencidos de que en él se gestaba un genio y de que podríamos exhibir posteriormente el orgullo de su amistad y el modesto concurso de nuestro apoyo en la demostración de sus tesis fantásticas.

—Para dentro de cuatro meses estaremos en condiciones de iniciar la travesía en barco —nos comunicó una mañana a Fernando, acucioso antropólogo, a Pedro y a mí.

Comentábamos la reciente hazaña espacial rusa y Ubaldo sostenía que la conquista de Marte, lejos de significar un derroche innecesario de capital y energías, abría las posibilidades de saber si en el pasado fuimos o no visitados por seres del espacio. A él le parecía que sí, y la mayoría de los enigmas del pasado, que tenía clasificados, los guardaba precisamente con el criterio de que en el futuro le servirían para demostrar sus tesis, contando, lógicamente, con el concurso de su máquina del tiempo. Por eso, se entusiasmó cuando dos años atrás, en nuestra acostumbrada tertulia dominical, yo le hablé de la enigmática vida de Ben Koseba, denominado “el hijo de las estrellas” por los arameos del siglo I de nuestra era. “Algo debes saber tú de historia de las religiones”, me dijo, entonces,

para convencerme de la indispensable participación mía en la expedición que proyectaba.

Exactamente cuatro meses después, contemplábamos el horizonte de crestas acuáticas, desde la cubierta del *Santa* de la Inter-Lines, con la esperanza de llegar al sudeste asiático en compañía de una máquina que aún desconocíamos. Todavía recuerdo las horas de placer en la piscina, los bailes hasta el amanecer, los paseos por el puente de mando con la hija del embajador nipón y las interesantes charlas de planificación que hicimos. “La voz humana —nos dijo Ubaldo en la primera de ellas— deja huellas en el aire y yo creo posible reconstruirlas. Si logramos reproducir la voz del llamado “hijo de las estrellas”, sabremos si de verdad fue un jefe guerrillero palestino, tal y como nos lo dicen los manuscritos de papiro del mar Muerto”.

Las hojas del almanaque se amontonaron en una cesta del camarote hasta completar sesenta días. Una vez llegamos a Tel-Aviv iniciamos la etapa final de la aventura vía Aeroflot hasta Jerusalén, para luego utilizar un campero hasta Betania. En este puerto fluvial tomamos, en compañía del joven intérprete de nombre Abdel, los camellos que nos transportarían, días más tarde, al sitio de las cavernas. A estas las encontramos dieciocho kilómetros después de recorrido y supimos entonces que su nombre, Qumram, en hebreo significa Gomorra, detalle que me hizo recordar la extraña destrucción de las ciudades bíblicas. Y sostuve que la destrucción de ambas, de Sodoma y Gomorra, fue consecuencia de las explosiones que los visitantes del espacio provocaron antes de partir, en las sendas centrales de energía que tenían instaladas en ellas.

Levantamos nuestro campamento a pocos metros del llamado Torrente de Murabbat, aprovechando una terraza marmórea de 37 por 30 metros con

vista al Mar Muerto, que supusimos debió ser el piso de una edificación majestuosa que sirvió de residencia o trabajo a hombres de una gran cultura. Comenzamos a instalar la máquina del tiempo esa misma tarde, tarea que se prolongó hasta avanzadas horas de la noche.

En sí la máquina no parecía gran cosa. Una serie de antenas parecidas a las del radar, dispuestas en todas direcciones, se encargarían de captar las ondas sonoras aún almacenadas en las cuevas. Un transformador especial las convertiría en ondas electromagnéticas para que posteriormente el analizador las clasificara según su procedencia lingüística y época de dispersión. Una vez clasificados los impulsos electromagnéticos, pasarían al computador que se encargaría de descifrar el contenido idiomático de los mismos, luego de traducirlos al lenguaje matemático de la programación.

Por inverosímil que parezca, ya Ubaldo la había experimentado en su vieja residencia de San Diego con la voz de su hermano menor dispersa en el fondo de la casa, de modo que no había porqué temer un fracaso y menos cuando el medio aéreo de las cavernas facilitaba a las ondas sonoras una mayor estabilidad espacio-temporal.

Escogimos para el primer intento la hora tercera del día, por aquello del silencio de la naturaleza y por la ausencia de rayos solares que pudieran interferir la labor de captación de las antenas. Esa noche no dormimos, pensando en las voces del palacio rectangular y en la de Ben Koseba, allí presentes, tan solo a pocos metros de las carpas, pero muchos siglos atrás en la inexorable realidad del tiempo. Hasta que por fin las tres de la mañana, y la voz de Pedro invitándonos a beber café caliente. Luego los pasos a seguir, que de tanto repetirlos en el barco nos parecieron de rutina, y en cosa de segundos, una serie de botoncillos y barras comenzaron a dibujar una sinfonía de colores, y un extraño ruido como de alarma de

submarino empezó a acompañar la búsqueda de las antenas en el interior de la caverna más amplia.

Pocos minutos después la computadora iniciaba el suministro de voces interpretadas.

—Los he reunido aquí para decirles que ninguno de vosotros padecerá la muerte antes de haber visto el reino de Dios en toda su grandeza —dijo el que había sido anunciado como “maestro de justicia”.

Hubo entonces una interpretación ligera, que la máquina sabiamente tradujo con la palabra “algarabía”. Entre tanto Ubaldo nos miraba y sonreía, y pensaba en voz alta: “¿Ben Koseba?”

—Es inaudito que un ser de otro planeta, que se supone superior a nosotros, prometa el reino de Dios a hombres de a Tierra —exclamó Pedro levantándose de su silla de madera y lona.

La computadora le interrumpió:

—Nunca he estado de acuerdo con Jesús, quien pretende ocultar su condición de viajero de las estrellas, para conducir al pueblo a las posiciones ingenuas del amor y la fraternidad, cuando lo que deben es luchar contra el imperio que los esclaviza. Yo Ben Koseba les prometo un lugar en el combate para acabar con las guerras y la explotación... Porque no habrá amor entre los hombres mientras los países poderosos exploten a los débiles...

Las palabras se interrumpieron por diez o quince minutos, que aprovechamos para sacar las antenas de la caverna mayor. Y, cuando ya todos pensamos que la historia acababa en ese pedazo de espacio de Israel, y que perdíamos la oportunidad de saber lo que le pasó al “hijo de las estre-

llas”, devino la interpretación de la palabra “explosión”, que nos recordó a Gomorra y la voz de alguien que parecía gritar desde lo alto de las rocas:

—¡Comandante Júpiter! ¡Koseba no está en la cosmonave!

1971

Llegada al planeta eléctrico

La astronave Omycrón I, que fue construida para desarrollar una velocidad de hasta doscientos kilómetros por segundo, viajaba a una velocidad cercana a los mil. Era como si una extraña fuerza se hubiera apoderado de la nave y la llevara con su atracción hacia lugares no previstos en el programa de vuelo.

En la Tierra —entretanto— se desencadenaba la mayor tempestad magnética de su historia. Las comunicaciones de radio, el transporte y hasta los generadores de energía se encontraban paralizados. Todo el orbe en estado de emergencia por una causa que no había sido precisada totalmente. Solo sabíamos que un poderoso campo magnético abrazaba todo el sistema solar a juzgar por las alteraciones ocurridas en los casquetes polares marcianos y en la densa atmósfera venusina, y que nuestra nave aumentaba de velocidad en forma vertiginosa.

Ya habíamos perdido la esperanza de salvar la primera expedición a Ganimedes. Así las cosas, no teníamos otra alterativa distinta a morir desintegrados.

Cuando alcanzamos el límite entre la masa y la energía y todos los tripulantes de la Omycrón vislumbrábamos el fin de nuestras vidas, empezamos a sentir una sensación de ingravidez que superaba el

campo gravitatorio artificial de la nave. Y a sentir también una extraña sensación de calor interior que parecía partir de nuestras venas y arterias. Los objetos adquirieron entonces un matiz rojo brillante y un aumento progresivo de volumen, y se hicieron maleables hasta el punto de parecer, junto con las paredes interiores de la nave, una maqueta de plastilina construida por algún escolar de los institutos técnicos. No obstante, con excepción del centro regulador de la velocidad, los demás instrumentos funcionaban normalmente. Pero, lo más excepcional —les cuento—, fue el cambio operado en nosotros. Inicialmente sentimos una disminución de la densidad de nuestros cuerpos y un irritante cosquilleo por toda la piel. Después vimos cómo toda el agua se nos escapaba por los poros hasta quedar todos los tripulantes convertidos en curiosos seres vivos con pieles parecidas a la piedra pómez y con ojos que parecían cristales de vitrina en exhibición, pero seguíamos siendo los mismos personajes que partimos de la Tierra, pensando y trabajando como cualquier astronauta de los muchos que ya surcan los espacios siderales.

Habíamos dejado atrás nuestra galaxia y nos sumergíamos en las profundidades del espacio cósmico atraídos por la misteriosa fuerza. Nuestra trayectoria perpendicular al plano ecuatorial de la Vía Láctea, nos alejaba cada vez más de ella. Por esto, cada segundo que pasaba, la Vía Láctea aparecía ante nosotros más pequeña y más nítida en sus contornos, más impresionante y más hermosa. Eran millones de estrellas apiñadas en torno del exuberante fuego central que nos mostraba toda la majestuosidad de su arquitectura.

Las comunicaciones con la Tierra habían quedado suspendidas y en la distancia no aparecía cuerpo alguno que nos comprobara la naturaleza material de la fuerza que nos controlaba y conducía. Fueron horas de angustia durante las cuales reflexionamos sobre ese optimismo humano

que persigue la conquista del cosmos muy a pesar de las contingencias de una materia infinita en el tiempo y en el espacio, y conociendo apenas una pequeña parte de ese todo misterioso que llamamos la esencia de las cosas.

Varios días convencionales después, Víctor —el encargado del láser de profundidad— descubría un oscuro planeta que se interponía en la ruta de nuestra astronave. Este descubrimiento y la entrada en órbita después, hechos separados apenas por horas de las nuestras, y ya estábamos girando en torno del misterioso cuerpo celeste y preparando el módulo de rastreo. Justo en ese instante notamos que no obstante haber reducido la velocidad diez veces, seguíamos siendo los mismos seres translúcidos, corrientes visibles de energía con apariencia corporal, como si todavía viajáramos a la velocidad de las ondas lumínicas.

Aterrizamos y me correspondió en suerte hacer parte del grupo explorador que examinaría las propiedades del planeta negro y que traería a la nave de rastreo muestras de su material. Me acompañaron Yuri y Elmor, vicecomandante y astrofísico de la expedición respectivamente.

Al término de la caminata supimos que en el planeta no había atmósfera, que poseía movimiento de rotación, pero en sentido contrario, que su densidad era pasmosa, que no reflejaba la luz solar como los demás planetas, que tenía una contextura como la del caucho y que su superficie era casi lisa, que en algunos lugares había cráteres y pequeñas montañas, por lo que supusimos que habíamos encontrado un planeta muerto en torno a una estrella extinguida.

Dispusimos entonces, ya en la nave, el análisis químico del suelo y no encontramos huellas de ninguno de los elementos de la tabla periódica. Igual sucedió con el análisis espectral; solo se veía una franja negra cruzada

por una línea blanca de poco espesor, como si el misterioso planeta estuviera compuesto por una sustancia que no existía en la Tierra, pero hubo algo más que nos llamó poderosamente la atención. Contrariamente a lo que pensábamos en un comienzo, el planeta negro no era del todo compacto. Vimos muchos canales interiores que se iluminaban con una luz azul intensa a intervalos de dos o tres segundos. Para ver las líneas de luz tuvimos que asomarnos en el borde de los cráteres ya que desde lo alto y desde nuestra posición sobre la superficie no eran perceptibles.

Quién sabe y nunca lo supimos ¿Qué secretos escondía el interior del planeta eléctrico —que así lo llamé entonces— y nos preguntamos si sus seres vivos no residían en el interior del mismo resguardados por la corteza? ¿Y si no serían seres eléctricos como los “coheticos” de cristal del cuento *Segunda expedición al planeta extraño* del ruso Vladimir Savckenko? Desgraciadamente no estábamos en condiciones de comprobarlo. Para hacerlo hubiéramos tenido que enfrentarnos a una ráfaga de varios millones de electrón-voltios de la energía que surcaba por su interior. De todos modos, ya sabíamos algo importante: en el planeta había energía transportada por canales y eso era indicio de inteligencia. Faltaba hacer algo para llamar la atención de sus habitantes, si es que ya no sabían de nuestra presencia. Determinamos, entonces, alterar con nuestro láser el ritmo de las corrientes eléctricas, pero tan pronto estuvimos preparados en el borde de uno de los cráteres, Gori nos informó desde el módulo de rastreo que en el módulo de comando habían detectado otro cuerpo celeste oscuro que se acercaba peligrosamente a una velocidad mayor y en sentido radial.

Previendo la inminencia de la colisión rápidamente despegamos hacia la nave madre, lugar desde el cual pudimos observar, horas después, el encuentro catastrófico de los dos cuerpos. No hubo fragmentos disparados

al espacio, no hubo desprendimiento de calor, y nuestra nave quedó intacta como si nada hubiera ocurrido y nuestros ojos impávidos frente a la luz brillante que nacía con el impacto. Observamos atónitos entonces tres cuerpos con el brillo de mil soles que se perdían en el infinito seguidos de sendos haces lumínicos, como si no hubiéramos estado en un planeta sino en el electrón de un átomo y contempláramos por primera vez en vivo la fusión y conversión del positrón y el electrón en *quantos* de luz.

1971

El sueño de Kirot

En el amplio cosmódromo de Bradzila, en medio de las luminosas Eráfagas de despedida que partían de las pequeñas antenas de los cantorianos, Kirot hacía la O de la esperanza que los habitantes de Cantor acostumbraban a hacer en los momentos más importantes. Con la mano izquierda maniobraba el mecanismo de ascensión que lo llevaría hasta la cúspide del cohete propulsor. También de sus antenas platinadas salía un fulgor como de cien soles que descubría ante sus hermanos el estado de intensa emoción en que se encontraba. Porque servía a su pueblo y a él le parecía aquello lo más hermoso que podía realizar un cantoriano.

Kirot se metió en la nave y poco después los cuatro reactores se encendieron en forma tan impresionante que mucho creyeron ver el día del cual tenían noticias y el cielo vio nacer segundos después una estrella que se hizo pequeña y pequeña hasta que se perdió en las inmensidades del cosmos.

La nave *Cronset* comenzó la difícil maniobra de lograr la velocidad requerida para conseguir la ruta hacia el otro lado de la estrella negra. Cantor, más que un planeta, parecía una pompa de jabón nadando en un océano de petróleo. Por eso sus habitantes jamás entendieron el mensaje que les hablaba de un sol brillante y de planetas oscuros que giraban a su alrededor. Cantor era brillante como una estrella y su calor no lo recibía de la estrella negra en torno de la cual giraba.

Luego de muchos zarcos de viaje el espacio negro se fue llenando de infinitos puntos brillantes como Cantor. Kirot vivía por vez primera la

experiencia de la luz. Y hasta pensó que su sensibilidad lo traicionaba, que veía a su planeta por todas partes hasta en los alrededores de la nave, porque no dejaba de imaginar su regreso, ni dejaba de pensar en la inconmensurable empresa que sus hermanos habían planeado y del cual el viaje era apenas el comienzo. A cada rato se decía: “Cantor es bello, pero su aire casi nos asfixia”; anhelando siempre que, al otro lado de la estrella negra, flotara otro planeta con aire respirable que les hiciera posible la prolongación de la vida. No importaba que fuera oscuro, como decían los mensajes captados, lo importante era que se pudiera habitar, porque ya Cantor no les brindaba mejores perspectivas.

II

Al principio fue un borde inmenso que se destacaba en medio de la alfombra llena de puntitos titilantes que semejaban un fondo. Solo sabía que existía por los dos matices negros que sus antenas captaban. Luego apareció la enorme estrella amarilla de cuya existencia sabía por los informes científicos, pero mucho más impresionante de lo que imaginaba. Kiroto no había captado jamás policromía más indescriptible. Los tonos rosa, violeta y azul, intenso desfilaban ante sus antenas en sucesión de fantasía, hasta que el esfuerzo de concentración y la intensidad del fulgor terminaron por adormecerlo. Prefirió entonces soñar con Cantor y dejar bajo el control automático, la dirección de la astronave.

Cuando Kiroto despertó, el horizonte de la curva infinita había desaparecido por completo y en la ruta de la nave aparecía enigmática e imponente una esfera azul tachonada de nubes rojizas. A sus espaldas, transcurridos varios *parlucks* de vuelo, dormía como animal cansado, la estrella negra de sus ancestros. Entonces se comunicó con la estación del cosmódromo cantoriano y mientras, echaba un vistazo a los tres cuerpos que estaban en

su trayectoria, que eran como tres soles de diferentes tamaños y colores: amarillo, azul y plata, respectivamente y en orden de superficie.

—Hola Cantor, nos acercamos al gigante azul... ahora lo puedo ver plenamente —repetía seguido.

—¡Lo escuchamos! —le contestó una voz metálica y vibrante.

—He salido del espacio tenebroso y ahora navego entre tres moles como estrellas, pero con el brillo de nuestro planeta. En la distancia, entre las moles, hay millones de puntos luminosos que titilan...

—Lo escuchamos Cronset —volvió a decir la voz metálica al otro lado de ese fragmento del universo.

Hubo entonces una pausa como de diez minutos terrestres.

—¡Hable Cronset! Nos preocupa su silencio —ordenaron desde Cantor.

—Perdón, es que estaba observando algo interesante... son como artefactos que describen órbitas convencionales...

—¿Artefactos? —le interrogaron desde el cosmódromo.

—Sí, artefactos, y son de fabricación racional, sin duda... y parecen provenir de la estrella azul —respondió el cosmonauta cantoriano.

—¿Cuáles son sus dimensiones, Cronset?

—Algunos son tan grandes como Cantor, al menos eso me pareció por la distancia. Otros, los más hermosos, de tonos grises y oscuros, son tan grandes que no podría compararlos con algo que ustedes conozcan.

—¿Le han visto sus tripulantes?

—Creo que no, por lo infinitamente pequeño que debo parecerles... además, no parece que tuvieran tripulantes.

II

El tenue desplazamiento de la nave cantoriana por la inmensa alfombra negra tachonada de estrellas, creaba una sensación de placidez en Kiro. Los puntos titilantes permanecían iguales, como si las distancias continuaran idénticas, y ya no existía la curvatura indefinida de la estrella negra. Todo permanecía inmerso en la más desesperante quietud. Por esta circunstancia Kiro se la pasaba la mayor parte del tiempo escuchando la música del pensamiento que transmitían las estaciones del planeta. Era una música tenue, pero compleja en matices y sonidos, de mayor polifonía y con más armonía que todas las composiciones de origen electrónico que conocieron sus antepasados. Y producía, que era lo principal, una agradable sensación de tranquilidad, tanto que a Kiro le parecía como si la música saliera por todas partes y fuera ella la que lo escuchara a él mecerse en la silla al compás del ritmo. Así transcurrieron varios zercos que se fueron en sucesión tan rápida que al héroe de Cantor se le olvidó el tiempo y no supo el momento en el que una enorme mole grisácea se fue acercando a su pequeña nave del espacio. Al verla, sintió que la bóveda del cielo se le venía encima.

—¡Cronset, maniobre!

—No puedo, la fuerza de atracción es mayor....

—Disminuya la velocidad, entonces....

—Eso trato de hacer, Cantor... accionando los retropulsores...

Entretanto en la otra astronave, dos cosmonautas bastante alterados, afrontaban también el peligro con igual decisión.

—Bop: ¡El meteorito empieza a describir una curva hacia K con un radio focal peligroso!

—¡Maldición... con tanto espacio tener que pasar por nuestra ruta!

—¡Habrá que hacer una pulsación de ascenso...! ¡conecta los controles de maniobra!

Eran dedos maravillosos, sin duda, de estructuras diferentes, pero dedos en fin de cuentas que accionaban palancas y botones con la facilidad de dioses, dedos que dirigían con su ciencia el fantástico concierto de colores de los tableros de mando.

—¡Irkurx... Irkurx!

—Parece que todo va a resultar bien, Centrox...

—¿Están seguros que es un meteorito?

—No tan seguros... esa maniobra de desplazamiento no es natural...

—Irkurx. Hay algo que interfiere la comunicación, suena débil y muy penetrante, como un sonido de elevada frecuencia...

—Lo que trataba de decirles... ese objeto brillante como una estrella parece una nave del espacio...

Y en el interior de la brillante y pequeña nave.

—¡Cantor... eso parece un mundo habitado por seres inteligentes!

—¡Trate de establecer comunicación con ellos!

—Va a ser difícil, Cantor. Estoy tratando de lograrla con emisiones direccionales, pero hay algo que no comprendo. Las ondas se refractan como si chocaran con un muro invisible... una especie de barrera de sonidos graves que me recuerdan los pensamientos helados de la corriente Anouilt...

—Acá escuchamos el fenómeno también... suena como un ejército de tambores con cuero de Pejós.

Kirot contó el tiempo en angustias y vio cómo su nave pasó a solo mil kilómetros de la rústica y oscura superficie de la otra, navegando por un espacio que parecía una plataforma interminable brillada con aceite de karma. Los tripulantes de la Irkurx vieron, por su parte, cómo una estela de luz blanca quedaba tras el pequeñísimo objeto de brillo nacarado que se perdía definitivamente en el espacio.

IV

Cada parluck que pasaba le parecía a Kirot un pedazo de esperanza que se le perdía. Cantor ya no le contestaba, quizás por la distancia, o por algún desperfecto causado por la maniobra de desviación del rumbo. Y todos los esfuerzos que hacía para retornar a la trayectoria original le resultaban fallidos. Había llegado a la conclusión que su pequeña nave estaba condenada a vagar sin rumbo por las inmensidades cósmicas, si no ocurría antes algo inesperado. La infinitamente grande esfera azul ahora le señalaba su curvatura por el lado izquierdo, por la ventanilla de cristal cromado. La antena de bronil que rompía la negrura del cosmos le indicaba un rumbo diferente. Estaba condenado a pasar de largo, a no poder llegar al planeta azul, y sus hermanos de Cantor a tener que repetir la experiencia de la búsqueda con otra cosmonave y quizás para ese entonces resultara demasiado tarde porque las explosiones de gas letal de la estrella negra no les daban mayor margen de espera.

—¡Cantor... Cantor! me acerco al gigante azul, pero no estoy seguro de poder posarme en él... mis coordenadas son las siguientes...

Kirot repetía cada dos o tres zircos el mismo mensaje, con la única variación de las coordenadas, pero el silencio era todo lo que recibía como respuesta. Su receptor se llenó de sonidos que a veces parecían trinos y en otras, guijarros de cristal que caían y se rompían.

El tiempo se fue de modo imperceptible y la distancia que lo separaba de lo que para él era una enorme estrella azul, se acercó hasta el máximo de solo ver por su ventana nubes grises y blancas en sucesión coreográfica, como si el negro del espacio se hubiera perdido totalmente. Fue entonces cuando empezó a sentir la enorme fuerza de atracción de la estrella y a notar con infinita alegría que su nave iniciaba una parábola de descenso que no obedecía a sus controles sino a la misma fuerza del gigante azul que la conducía. Al cortar tangencialmente la atmósfera sintió que su cuerpo ardía. Fue una experiencia aterradora, pero pasajera. Luego de perforar las nubes protectoras vería con nitidez un mundo de colores hermosos que era como Cantor aumentado en kil parsecs. Mares azules de superficies encrespadas, montes decorados de blanco que parecían parasoles del mundo, bosques de pinos y abedules que casi llegaba al cielo, llanuras sembradas de vida, y todo eso le hizo pensar en Cantor y tener la sensación de que había regresado a su planeta, pero convertido en un ser infinitamente pequeño.

Poco a poco la visión del planeta se le fue haciendo más clara. Pudo entonces comprobar que era en verdad oscuro al observar las miríadas de lucecitas que daban brillo y resplandor a las noches de la parte negra, y de comprobar también que la luminosidad de las nubes y los mares no era propia sino reflejada, que la verdadera estrella era la amarilla y que el astro que visitaba no era un sol sino un planeta.

Poco después de posarse sobre él, abrió la escotilla y vio que flotaba sobre las aguas de un mar en calma y que navegaba hacia una isla impulsado por una corriente de poca fuerza. Al arribar a esta salió con todos sus equipos con la decisión de explorar esa parte del planeta, pero sintió que sus movimientos le costaban un gran trabajo y como si una masa gelatinosa le impidiera mover sus brazos; dos pequeños obstáculos que superó con uno de sus acondicionadores de ambiente. Poco después, en la playa, decidió comprobar la composición de la atmósfera; se quitó la visera de su casco y poco a poco, con cierto y natural temor, fue aspirando una pequeña porción de aire que la pareció interminable.

—¡Cielos... es aire de Cantor, pero condensado! —exclamó.

En medio de la vegetación se dedicó a mirar los cocoteros, los peces saltarines, los cangrejos y las aves, la orilla blanca y a los lejos su nave sobre las aguas, la cuesta sembrada que terminaba adornada con una corona de hielo, los chorros que salían del interior de la Tierra unos kitros más adelante, hasta que se cansó de caminar y de mirar, se recostó al pie de un árbol frondoso y se quedó dormido.

V

Las antenas de Kiro, ágiles y desesperadas, buscaban la fuente del ensordecedor ruido. Eran dos filamentos como bulbos con luz de sol en las esferillas terminales que le permitieron ver cómo las palmeras se venían al suelo y el mar se encrespaba peligrosamente. Sintió que el terreno que pisaba se estremecía y que el cielo se llenaba de hongos rojos, en medio del desconcierto de esa naturaleza que momentos antes creyera el reino de la placidez. Sintió entonces todo el pavor posible de sentir, pero pensó en Cantor y recordó que tenía un rocket de gravitación y un pequeño generador de campo que le permitirían escapar de ese infierno.

El sol comenzó a ponerse en la orilla mediata del mar. Ahora todo volvía a ser como antes: quieto, con un silencio solo enturbiado por la música de viento y el canto de los platirrinos. Imaginó que todo había sido una pesadilla y se animó a completar su misión. Anduvo con su discóbolo por ríos, montañas, islas y mares, orientándose en la búsqueda de las ciudades, con poca facilidad de movimiento. Hasta que divisó un perfil diferente a los demás. Eran cúpulas inmensas situadas al lado de monumentales cilindros de hormigón y vidrio que parecía piezas de un juego de habilidad manual ente gigantes. Largas avenidas divididas por árboles coposos y un sin número de seres sin antenas completaban el paisaje. Supuso entonces que había llegado al lugar donde residían los habitantes y muy cautelosamente, para no ser visto, se fue acercando al edificio más alto. Observó que en su interior muchos hombres discutían, bajó su discóbolo en la terraza y seguidamente, en medio de la total indiferencia del portero, entró a la sala de sesiones. Sus antenas percibieron como si mil tambores sonaran al tiempo a su alrededor y emitieron un rayo de luz que encegueció a los asistentes por varios minutos. Sintió entonces la mirada de todos y pensó que había llegado el momento de hablar.

—Nosotros venimos de un pueblo pacífico que se está asfixiando con los gases que salen de nuestra estrella negra...

Les dijo también que había visto en el planeta de ellos islas deshabitadas con una vegetación maravillosa y les pidió que le permitieran a los cantorianos mudarse a una de ellas, que allí todos cabían...pero los delegados no entendieron el extraño idioma y tuvieron que taparse los oídos para evitar la intensidad de la onda sonora de altísima frecuencia en la que se comunicaban los hijos de Cantor.

Kirot no había terminado de hablar cuando dos gigantes se le echaron encima con una tela ancha de color muerte para envolverlo y casi asfixiarlo, pero él insistía que su pueblo lo enviaba en son de paz, que su civilización estaba en peligro de extinguirse, que lo que querían era un pedacito de tierra de esa que utilizan para destruirla con explosiones abrasantes que él no comprendía. Poco tiempo después estaba Kirot en una celda de paredes oscuras, tratando de descifrar el lenguaje de los hombres que le llevaban con pinzas los alimentos que terminaron por gustarle.

Al mes de estar Kirot en cautiverio y habiendo conocido más de uno de los secretos de los hombres blancos, y habiéndose cansado de explicarles las razones de su viaje, decidió fugarse. Había llegado a la conclusión de que era preferible morir asfixiado en Cantor que morir incomprendido en un planeta de gigantes estúpidos que, incluso, le ocultaban al resto de la población, su llegada. Y hasta lo hubiera logrado de no haber sido por lo que ocurrió en esos días de la planeada fuga.

Una voz que ya le era familiar, la de la radio, dijo:

—Atención, noticia de última hora, la Dirección del Espacio Exterior ha comunicado que la nave Irkurx ha chocado con un objeto no identificado, al parecer un asteroide, en forma por demás inexplicable, y en las cercanías de la estrella negra...

Kirot comprendió que la nave esperanza que lo aguardaba arriba desaparecía con ese impacto y sintió que todos sus sueños se desvanecían. Pensó entonces en Cantor, en la cara de asfixia de sus hermanos, en la primera bocanada de aire denso que aspirara en el planeta de sus captores, en los cocoteros y demás árboles que hacían la danza macabra de los hongos rojos, en el estridente ruido que escuchara en la asamblea de ese mundo, en las moles grises que surcaban el espacio a su llegada, y

deseó sinceramente con todas sus fuerzas haber amarizado en otra parte. Cuando la radio terminó de explicar los detalles de la tragedia, guardó sus pequeñas antenas como el avión sus ruedas, y se quedó eternamente dormido con la palabra Cantor cristalizada en sus labios.

1972

Lina es el nombre del azar

La leyenda de Lina Farah, queridos discípulos, se remonta a los años finales de la primera centuria del tercer milenio, justamente por los tiempos en que las llamadas grandes potencias de entonces firmaban el acuerdo de destrucción total de las armas biológicas y la epidemia del Némesis cobraba más de doscientos millones de vidas en todo el orbe.

Lina trabajaba como reportera en un diario vespertino de Bogotá y en las horas de la noche cursaba estudios de física en la Universidad Nacional. Era joven y hermosa. Una estudiante alegre y amiga de las cosas nuevas. Nada hacía pensar que se convertiría, poco después, en una celebridad por sus poderes paranormales. Como es dable suponer, hubo una primera manifestación de tales poderes de la que casi nadie se percató en su momento, salvo Lina, como es apenas natural. Ocurrió cuando ella cubría la información de la expedición Sayonara comandada por el piloto cosmonauta Yoshiro Takeba. Minutos antes de que sucediera el terrible accidente, Lina dejó escapar un grito desgarrador que los presentes pensaron era causado por el aspecto terrorífico del robot que prestaba el servicio de refrigerio en el cosmódromo de Wakkanai. Todos sonrieron y algunos rieron sin tapujos. Lina no. Ella quedó como paralizada, con la mirada fija en el cielo nipón. Y no tuvo que esperar mucho en esa actitud. A los pocos minutos la nave de Takeba se declaraba en emergencia y casi

enseguida se convertía en una larga estela de fuego que se consumía en las aguas del mar de Ojotsk, ante la mirada atónita de millones de televidentes y el desespero de los científicos y técnicos de la Dirección Espacial del Sol Naciente.

Esa fue la primera señal conocida de lo que sería, con el correr del tiempo, el inusitado poder de Lina. Por esa época la telepatía había alcanzado grandes progresos y los neurofisiólogos continuaban trabajando con la hipótesis de la propagación de las ondas síquicas a través del espacio, movidos por la necesidad de encontrar medios de comunicación para el rescate de personas atrapadas o incomunicadas por derrumbes causados por movimientos telúricos.

Lina culminó sus estudios de física y se casó con un joven investigador del subconsciente, a quien conoció durante las sesiones de sicoanálisis que su médico le había recomendado para que se acostumbrara a sus espontáneas revelaciones del pasado que tanto le perturbaban. Fijó su residencia en Montería, en cuya universidad logró vincularse como profesora. Durante algunos meses llevó una vida normal, sin los sobresaltos de esos trances que le hacían devolver en su conciencia las manecillas de la historia.

Un día de campo de diciembre en las hermosas praderas del Alto Sinú, Lina volvió a experimentar sus facultades de clarividente. Estaba recostada en un frondoso camajón en compañía de su hija cuando vio, del mismo modo que a Takeba en llamas, la imagen de una princesa zenú que corría tras un aborigen esbelto. Y vio también que la princesa se acostaba después en un espacio abierto sobre una inmensa piedra con forma de huevo y le hablaba a su acompañante de las titilantes luces del alba, allende el océano, que a su padre, el viejo cacique de la tribu, le habían parecido señales de mal agüero. Lina abrió los ojos y miró a su hija. La

tomó entre sus brazos y llamó a su esposo, quien se encontraba cerca. Este le dijo, luego de escucharle el relato:

—Es un sueño. Una simple floración de historias mezcladas... ¡Sosiégate!

Pero Lina sabía que no era así. La escena había ocurrido en ese mismo lugar, siglos atrás, y ella la había visto en todos sus detalles: el color de la tierra, el vestido de oro de la princesa, la comba del río a esa altura de su recorrido y, sobre todo, el camajón frondoso de ese momento, que ya lo era en la época de la visión.

Después de ese trance, Lina viajó más a menudo por los caminos perdidos de la historia y cambió el modo de parecer a su marido. A instancia de los investigadores de la protohistoria viajó con su mente prodigiosa por el pasado remoto y descubrió que el templo de la ciudad de Dweenah, en las estribaciones meridionales del Himalaya, era una cosmonave petrificada y que los Dzopas, sus pequeños y casi translúcidos moradores, eran en verdad descendientes del cielo. Descubrió que las pirámides de Egipto fueron enclaves de una expedición extragaláctica que visitó la Tierra por los comienzos del neolítico y que los dogones del Africa no mintieron cuando dijeron a los antropólogos que ellos venían de Sirio y que esta era una estrella doble con dos planetas habitados.

Hubo dudas respecto de la seriedad de las visiones de Lina. No faltaron quienes dijeran que se trataba de un montaje encaminado a reforzar las tesis de los partidarios de la historia fantástica. Por esto, los más destacados parapsicólogos de Ucrania se interesaron por ella. Sobra que les cuente que la invitaron al célebre centro de investigaciones paranormales de Kiev y que allí la sometieron a un delicado proceso de escarbamiento mental que tenía el objetivo de definir la fuente de sus asombrosos poderes síquicos.

Una mañana gélida de invierno, Lina fue sometida a la prueba definitiva con el S-Gadyvatel-10, máquina compleja de interpretación de los sueños que sumergía a los pacientes en las insondables aguas del pasado, pero de un modo inducido, al margen de sus facultades. Se trataba de probar que las capacidades mentales de Lina tenían raíces orgánicas y que no había nada de sobrenatural en ellas. Lina parecía dormir y todos los científicos del Centro se mantenían en estado de alerta, pendientes de la pantalla del S-Gadyvatel en la que aparecerían las escenas del sueño.

El momento anhelado llegó pronto. La pantalla se iluminó y aparecieron en ella un extraño ser peludo que llegaba a la cima de una montaña con un ciervo a cuesta y una mujer prehistórica acompañada de dos críos que corrían a recibirlo. Los pequeños danzan alegremente alrededor del animal muerto dejado por el cazador encima de una roca. La mujer exclama unos fonemas incomprensibles, al parecer en alabanza al hombre por la proeza realizada. El ser peludo mira hacia el cielo y exclama: ¡Atlán! —las demás frases son intraducibles—. La mujer lo imita y de ese modo se confunden en el rito de la gratitud. Momentos después se concentran en el animal, lo descuartizan, lo asan y sacian el hambre.

El S-Gadyvatel hizo una pausa mientras las imágenes se perdían en un centenar de rayas horizontales. Todos creyeron que allí terminaba la sesión, pero no fue así.

—Los seres de la montaña atraviesan la pradera de los cactus y llegan al río que baña sus barbechos. En la pantalla aparece, por vez primera, el arado y el amarillo del maíz sembrado, pero ya no son cuatro sino centenares, y no le rezan a Atlán sino a Quetzalcoátl —dice la voz que explica las imágenes.

Los investigadores de Kiev no se asombraron. Tampoco quedaron convencidos del todo porque nada de lo mostrado por el aparato era nuevo. Para una mujer culta era relativamente fácil soñar con esos datos del pasado y agregarle la fantasía implícita en todo ejercicio onírico.

Después de ese experimento, Lina regresó a Sudamérica y se incorporó como docente en la Universidad de Córdoba. Aún sin develar el misterio, Lina encontraba, y cada vez con mayor frecuencia, la explicación de muchos secretos de la antigüedad. Por su memoria prodigiosa desfilaron los dioses de la mitología sumeria tal y como fueron presentados por Beroso; las ruinas de Bimini sobre la superficie costera de la Atlántida; el observatorio astronómico de Stonehenge; las esculturas de Pascua dedicadas a perpetuar la presencia de los expedicionarios de Tau Ceti; el tridente dejado accidentalmente por el comandante de la citada expedición en la bahía de Paracas; los mapas Aero fotográficos de Piri Reiss que mostraban la Antártida sin hielos, y muchas otras huellas de esa edad presuntamente primitiva no suficientemente investigada y todavía envuelta en las brumas de la especulación.

Una tarde de campo en las cuevas de Palmira, cerca de Tierralta, Lina quiso contemplar los pictogramas encontrados en ellas por los arqueólogos de la universidad. Durante mucho tiempo se creyó que estas cuevas ocupadas por murciélagos tenían como único atractivo las estalactitas de su bóveda oscura. Por eso Lina se interesó en las paredes de las citadas cuevas...

—¡Lo tengo! —dijo después de contemplar un centenar de dibujos curiosamente parecidos a los de los indios Hopi del occidente norteamericano.

Su marido, quien estaba a su lado, pensó que se trataba del desciframiento de los pictogramas y pensó en Lina informando a la comunidad científica que los mayas habían llegado hasta Momil en el Sinú y que desde allí

se habían dispersado por toda la geografía suramericana, pero no. No era eso lo que quería decir Lina, quien por esta vez no entró en trance alguno. Su certeza provenía, al parecer, de un simple golpe de lucidez, de una de esas raras percepciones repentinas que muestran en un instante todo un resultado buscado por años, como si hubiera estado allí en el cerebro, pero separado por piezas. Lina le dijo a su marido, todavía con el jadeo de la excitación, que su caso tenía una interpretación que rebasaba los horizontes de las ciencias contemporáneas, y que había llegado a ella después de analizar las extrañas figuras, una de las cuales semejava la estructura de un fósil molecular. Sostuvo entonces que, en su cerebro, por la acción de algún neurotransmisor arcaico, se producía la sintonización del pasado. Dijo también que sus adenones nerviosos podían haber repetido al azar toda la arquitectura molecular del sistema cortical de algún científico del siglo XX, lo cual originaba el efecto de captación de los episodios remotos, a la manera de un receptor de frecuencia orgánica.

Como les dije al inicio de la clase, Lina Farah vivió a finales del primer siglo del tercer milenio y es hoy una hermosa leyenda conservada por nuestros archivadores *Omega*. Todavía no se descubre la forma de repetir, aminoácido por aminoácido, el edificio natural del ser vivo; ni tampoco la utilización de las moléculas fósiles en el estímulo de la memoria histórica de la especie, pero las leyendas estimulan no solo las fantasías sino las ciencias. ¿Quién puede decir que en el futuro no podamos descubrir los verdaderos orígenes de la razón en la Tierra con métodos semejantes?

1987

Helados cibernéticos

Desde que inventaron los androides de uso doméstico, la humanidad no esperaba con tanta ansiedad un nuevo producto. En todos los hogares ya era una necesidad que no esperaba aplazamiento, entre otras razones, porque los niños los pedían a gritos.

—Con ellos —decían— podremos sintetizar juguetes y golosinas, y les ahorraremos a nuestros padres el costo de los mismos.

Una vez fueron expuestos en las tiendas, la dirección central de suministros dispuso que en cada distrito se vendiera uno y que fuera administrado socialmente ya que la demanda superaba la oferta y la industria no estaba aún en condiciones de saturar el mercado.

En el distrito 19 de Ciudad Caribe residían los Behar-López. A instancias de su hijo Pedrito decidieron tomar la iniciativa de adquirir el sicosintetizador de alimentos y objetos ligeros. El niño pensaba en helados y pudines. Ana, su madre, en los riquísimos platos que prepararía a su esposo, y Rafael, en las raquetas de tenis y en las cañas de pescar que tenía que reponer con frecuencia.

Tal y como estaba estipulado, el sicosintetizador fue instalado en un quiosco equidistante de casi todos los bloques habitacionales del distrito. Era una espaciosa construcción de cristal cromado con techo cónico y puertas de acerilio que solo abrían con una clave de pensamiento.

Un día de verano, Pedrito quiso comerse un helado gigante de fresas con caramelo. Fue al lugar y se encontró con un policía que acababa de

sintetizar un bolillo neutrónico para reemplazar su viejo bolillo térmico. El policía le preguntó qué deseaba sintetizar y el niño le contestó que un súper helado que le alcanzara mientras veían el filme Glitza en el cinema de la nostalgia.

En casa de los Behar-López miraban por la red local todo lo que hacía Pedrito en el quiosco de cristal. Vieron cuando el niño bajó la palanca después de haberse colocado el casco con los sensores en la cabeza y escucharon el ruido como de ondas en fuga y el brillo violeta de la vitrina que mostraba el interior de la casilla en la que debería aparecer el objeto deseado.

Al notar Rafael y Ana Lucía que su hijo se bajaba de la butaca y no abría la ventanilla ni sacaba el helado, se inquietaron. ¿Qué había pasado? ¿No pudo Pedrito sintetizar su helado? ¿Se arrepintió? ¿Se dañó el integrador psíquico? Tantas preguntas hicieron que ambos se fueron en busca de su hijo usando el andén rodante para mayor rapidez. Lo encontraron cuando venía de regreso, caminando sobre el césped vibrátil que separa la calzada del corredor para peatones.

—¡Pedrito! —le gritó Rafael—. ¿Qué pasó con tu helado?

—¿Mi helado? —contestó sorprendido, mientras saltaba el murito protector de la zona verde.

—¿Sí, tu helado! —le reafirmó Rafael.

Pedrito sonrió, con esa sonrisa pícara de los niños cuando han sido sorprendidos en una travesura. Se sentó en una de las bancas del camellón donde termina el rodante radial de la zona en que residían, y dijo a sus padres.

—El helado me lo comí...

—¡No mientas! —le recriminó airada su madre—. Todos te vimos desde nuestro piso.

—¿Ah, se refieren ustedes a que no abrí la ventanilla para sacar el helado?

—A eso precisamente —dijo Ana Lucía.

—Es que no había necesidad —respondió—. El helado me lo comí directamente, antes de que la máquina lo sintetizara.

Rafael y Ana soltaron la carcajada. Imaginaron que su hijo no pudo activar bien el sicosintetizador y se excusaba de ese modo, diciendo que se había comido el helado más sabroso que jamás tuviera, pero por puro orgullo. Y se marcharon a casa para terminar de disfrutar la jornada de descanso, mirando en el tridivisor un partido de polo sobre hielo.

Pedrito insistió durante toda la semana laboral que se había comido el helado, que no hubo tal daño o mal manejo del sicosintetizador. Por ello su madre decidió acompañarlo el siguiente domingo al centro de cristal para cerciorarse de la veracidad de su afirmación.

Como en la vez anterior, el niño se sentó en la butaca de mando, se puso los sensores en la cabeza y accionó el mecanismo del transmisor. Ana Lucía lo observaba atenta.

Una vez la luz violeta de la casilla se desvaneció, ella misma abrió la ventanilla para recoger el helado que había pensado su hijo. Su asombro no pudo ser mayor.

—¿Pedrito! —exclamó—. ¿Qué pasó con tu helado?

Pedrito se quedó mirando a su madre con algo de desilusión.

—Te lo dije, mami. Estoy harto, apenas hace una hora me comí en casa un helado de tres pisos de chocolate y maní. Por eso no me pude comer todo

este helado y he dejado esa parte que ves allí en el plato del sinte. ¿No me crees?

1979

Zywia o el cuarto nivel

Capítulo primero

Zywia viajaba por el espacio cósmico en dirección al sistema doble de Guenopillán, como si fuera una nave monumental de roca, metal y agua con cien mil millones de seres pensantes encima.

Años atrás, cuando Garonia —el planeta más grande del sistema— iniciaba sus primeras erupciones de hidrógeno quemado y su estrella empezaba a variar de temperatura, los astrofísicos y cosmólogos de Zywia habían decidido aprovechar el momento de ruptura gravitacional con el sol para hacerlo salir de su órbita y lanzarlo hacia el sistema planetario más cercano.

No obstante la creciente fuerza de atracción de Garonia, la extraña fuerza del campo exterior obligaba a Zywia a tomar la ruta del frío y negro espacio interestelar. Ni siquiera Chandra tomó la ruta que le demandaba Garonia; por causas aún no explicadas, el hermoso satélite natural de ayer tomó la ruta del viejo sol y se sumergió en sus aguas doradas, llevándose consigo los innumerables encantos de su parte oscura.

Cada millón de kilómetros que nos alejábamos del viejo sistema solar, las antenas de los sensores captaban menos cantidad de fotones y gravitones, y las plantas nucleares se resentían y se negaban a producir la energía que necesitaba el planeta viajero. Por tal motivo los sabios de Zywia discutían

en la sala de sesiones de la Academia de Ciencias la mejor solución. Ray Arión, de Ciudad Luko, exponía su muy original plan.

—Yo considero —decía— que la mejor alternativa es la construcción de un reactor xarvisty en órbita. Es mucho más fácil y menos peligroso que el sol artificial que proponen los físicos de Citérea.

Estos imaginaban perfectamente posible la concentración de partículas de gas y polvo del espacio circundante hasta formar una nebulosa y luego, mediante el cosmotrón, acelerar la fusión del hidrógeno. La asamblea de sabios discutió las dos propuestas y se decidió por la de Arión, entre otras razones, porque el sol artificial de los citereanos implicaba un alto en el camino, un estacionamiento en esa parcela del espacio, que no era justamente lo que el alto mando de la expedición y la población querían. También por las prevenciones de los ecólogos, para quienes el proyecto Nebulosa traería innumerables daños a la salud de los zywianos si la temperatura del nuevo sol resultase superior a la prevista.

Cuando el reactor orbital de Arión inició operaciones y la luz rojiblanca que generaba barrió mares y continentes a la manera de un reflector gigantesco en movimiento, los más viejos recordarían los tiempos aquellos de los soles dorando sus cuerpos en las playas y en los que la noche había desaparecido del planeta porque cuando no era Garonia era la vieja estrella la que alumbraba. El día de la inauguración, Ray Arión recordó las agrias discusiones en la Academia de Ciencias luego de que muchos científicos llegaran a la conclusión de que Zywia perecería por el calor del viejo sol que se expandía y porque la incipiente fuerza de Garonia sería insuficiente para hacerlo escapar de ese moloch de fuego que se veía venir en el cenit de todos los lugares. Recordó que su tesis del *trasteo*, como la llamaba, les pareció irrealizable a los demás científicos,

una fantasía pueril incompatible con las ciencias. Y en verdad, la fórmula del despegue no era fácil de entender. Muchos siglos antes un escolar del Russ (Centro de alta tecnología) la había propuesto, pero entonces no pasó de ser una demostración de ingenio con una alta dosis de imaginación y nada más. Con el correr del tiempo se sabría que no era solamente ingenio e imaginación, sino que era perfectamente realizable en las nuevas condiciones de gravitación del planeta. Así lo comprendió Ray Arión y terminaron por aceptarlo sus colegas de la Academia de Ciencias. A grandes rasgos, se trataba de un mecanismo de impulsión que aprovechaba la energía volcánica del planeta y el paso de este por el punto de liberación entre Garonia y el viejo Sol. Era la única forma de abandonar la ya inestable órbita estelar y evitar la muerte segura del fuego o el destino incierto en torno a Garonia, planeta ardiente, pero que no se desplegaba plenamente como estrella.

Ahora, por obra y mandato de la inteligencia, nuestro planeta era el astro rey de un nuevo y singular sistema surgido en un recodo del camino que separa a Garonia de Guenopillán.

II

Los veinticinco conglomerados en que estaba dividido Zywia aguardaban el éxito del reactor de Arión. En cada distrito los habitantes se agruparon por sectores para libar copas de buen vino y danzar alegremente al compás de los nuevos ritmos. La televisión comunitaria había llevado a todos los rincones las palabras entusiastas y optimistas del presidente del Consejo Mundial. Este había dicho que no había por qué temerle al futuro, que Zywia podía estar seguro de arribar *con buen viento y buena mar* al sistema doble de Guenopillán.

No había prisa. El riego lumínico de la vegetación concentrada en las regiones de los grandes ríos y lagos, ahora podía hacerse con mayor eficiencia. Las unidades residenciales podían esperar un acopio mayor de granos, frutas y hortalizas, así como también un mejoramiento de las razas de carne y leche que pastaban en las pampas sur continentales y en las interminables llanuras de Citérea.

Los tiempos de la angustia habían sido superados por la organización social. El hombre había dejado de ser lobo para el hombre y sabía que el futuro le pertenecía, que la Administración le garantizaba la satisfacción plena de sus necesidades materiales y espirituales y el disfrute del tiempo libre a que tenía derecho. La guerra, ese nefasto lastre de la vieja política, había desaparecido de la faz del planeta. Las antiguas naciones conservaban su rostro étnico y sus viejas denominaciones, pero solo por razones culturales. Todo el poder nacional de antaño pertenecía a los Consejos de los Conglomerados, conglomerados que se hallaban, a su vez, organizados en distritos, provincias, comarcas y unidades residenciales.

Ciudad Luko era uno de los distritos más famosos no solo por su hermosura, por su privilegiada situación geográfica y su gran potencial agrícola, sino porque en su centro de investigaciones trabajaba Ray Arión. El distrito estaba formado por las provincias de Xin, Elfis, Panzenú y Ertha. El día señalado para la operación despegue o de trasteo, todo el mundo se quedó en sus casas, más exactamente en los refugios construidos en los sótanos, para eludir una posible onda térmica residual. En San Jerónimo de Leuka, ciudad acogedora de la provincia Panzenú, esperaron el instante del despegue junto con Ray Arión, sus amigos Irvin Berrocal, filósofo amigo de las excentricidades; el poeta Ronto y la actriz Dzoara, hermosa mujer con cuerpo de ánfora. Mientras ellos y los demás amigos reunidos en todos los refugios del mundo esperaban y se divertían para paliar la

tensión, los perforadores de broca nuclear canalizaban el fuego interno del planeta por el cráter del volcán Fatu Cron del océano meridional. La detonación controlada apenas tiñó de rojo esa parte de la atmósfera situada encima del cráter, movió discretamente a Zywia hacia arriba de la eclíptica, determinó la parábola de la fuga en dirección hacia Markán y empezó a dejar una estela gigantesca que convirtió a Zywia en un cometa durante gran parte de su recorrido inicial.

Cuando las estaciones de radio y TV diseminaron la noticia por todos los distritos, Irvin dijo:

—¡Y no hemos sentido un carajo! ¡Es como si continuáramos flotando en el mismo cielo!

Los contertulios de Ray y de su esposa soltaron la carcajada. Ray dijo, entonces:

—Es una consecuencia de la relatividad del movimiento —y trató de explicar los fundamentos científicos del fenómeno descrito pícaramente por Irvin, pero este, con la complicidad del poeta Ronto, lo detuvo y le pidió que destapara más bien otra botella de vino lukinense de frutas y pusiera otro videoform de música panzenú para iniciar el baile.

—¡Sí, sí, claro! —agregó Dzoara, quien se bailaba solita moviendo su escultural cuerpo de vampiresa del cine y siguiendo los compases imaginarios de un ritmo a todas luces excitante.

—¡Viva la poesía! ¡Viva el amor! —gritaba casi ebrio el poeta Ronto.

Ray no protestó puesto que conocía de sobra a sus amigos. Un consejero judicial y un poeta ¿qué interés podrían tener en una explicación científica del fenómeno por el cual habíamos pasado? Ninguna, pensó. Y puso entonces sobre la mesa una botella de vino teucano de frutas y acto

seguido introdujo la pastilla de music-form en el orificio musical de la pared inteligente y tomó de la mano a Dzoara para bailar.

En la ciudad académica de Abadira, entretanto, pasaban registro a las últimas informaciones transmitidas por la sonda exploradora. Esta, orientada hacia la misma trayectoria prevista para Zywia, informaba todo lo relacionado con densidad, campos magnéticos, radiación y grado de complejidad de la materia. La raza zywiana se encontraba a la sazón a más de cinco mil millones de kilómetros de Garonia, casi bordeando la órbita de Triguel, el último de los planetas del sistema. Entretanto, en Ciudad Luko los científicos del conglomerado estudiaban los efectos producidos por el sistema de luz del reactor sobre las plantas y animales de la región.

Zywia llevaba el curso normal de un planeta habitado por seres racionales que luchan por arrancarle a la naturaleza los recursos para la vida. Los técnicos continuaban trabajando para crear la riqueza material que la sociedad necesitaba. Los científicos aceleraban el ritmo de las investigaciones de punta. Los niños y los jóvenes estudiaban con ahínco, fijas las miradas en el futuro de Zywia orbitando la estrella hacia la cual se dirigían. Hombres y mujeres tributando al amor la ofrenda deliciosa del rito ideado para la conservación de la especie. Todos los días surgían nuevas usinas y nuevos distritos con todos sus servicios. La humanidad marchaba sin detenerse hacia un tipo de sociedad armónica con una unidad de principios y aspiraciones que lindaban con la perfección nirvánica de la cual hablaron los expedicionarios de Dzhin a su paso por Zywia, luego de recorrer el espacio de la estrella amarilla de segunda

generación en la que encontraron una raza de seres inteligentes con la misma estructura anatómica zywiiana.

III

Seguramente que nosotros no vamos a presenciar el feliz momento de llegada al nuevo Sol; son cuatro años luz que nos separan de ese acontecimiento. Cuando la Academia eligió la operación despegue todos sabíamos que con ello no salvábamos el escollo del tiempo, pero ¿es que acaso la humanidad tenía prisa en llegar? Pues no. No había prisa. Además, el tiempo transcurría del mismo modo para todos y serían las nuevas generaciones las encargadas de resolver los problemas del orbitamiento alrededor de Guenopillán, dijo Ray Arión a sus contertulios en su casa de campo situada en las afueras de San Jerónimo de Leuka. Jugaban una partida de sicopuntas y charlaban animadamente acerca de las posibilidades de la gran aventura cósmica de Zywia, que ya iba por su tercer lustro.

—¿Y si todo eso que afirman los escritores de ciencia ficción es verdad y nos topamos con un agujero negro capaz de hacernos llegar en menor tiempo? —preguntó Dzoara.

—Es bien difícil que eso ocurra ya que el agujero negro conocido más cerca está bastante lejos de esta zona del universo —le respondió Arión.

—O lo que es igual —terció Irvin—, que nuestro viaje se desarrollará normalmente, con la misma velocidad de salida...

—Así es —respondió Ray. Consumió entonces su turno en el juego.

—Pero la vida es a veces más rica en sorpresas que la mejor de las fantasías y no sería raro que encontráramos algo desconocido que nos haga cambiar de trayectoria. Todavía recuerdo la crónica que narra la historia del científico que inventó el sicofilme y puso en escena sobre el tablado

de energía, sin saber cómo, a los dos astronautas que habían salido hacia Barnard y que debían encontrarse a varios pársecs de distancia —anotó Adonai mientras Dzoara jugaba.

—¿Estás seguro que se trata de una crónica? ¿No sería más bien un relato de ciencia ficción? —preguntó Lunnys.

—Sí. Es posible que sea esto último —dijo Irvin—. Soy un gran lector de ciencia ficción y conozco un relato de la ciencia ficción antigua titulado *Ejercicios filmicos* que trata un tema similar al que señala Adonai, pero es un relato, no una crónica.

Dzoara presintió la discusión y como ella y las demás mujeres estaban en otra tónica, salió al quite diciendo:

—Bueno, bueno, no es hora de polémicas. Mejor pongamos música y bailemos.

IV

La sala de sesiones de la Asamblea de Conglomerados estaba abarrotada de delegados que escuchaban el informe del presidente del Consejo Mundial.

Este dijo:

—Hemos superado los principales escollos del viaje. Tenemos energía suficiente para poner a funcionar nuestra industria, hemos desterrado las enfermedades virales y hemos construido una cultura floreciente que testimonia el nivel alcanzado por nuestros pueblos. Ya es hora de elaborar la estrategia de entrada al sistema doble de Guenopillán. Sabemos que allí existen condiciones que hacen posible la existencia humana, pero no hemos definido el mecanismo de frenada que evite que la fuerza de atracción de

la estrella nos ubique donde no nos conviene. La noticia que les traigo es que ya estamos en condiciones de hacerlo. Nuestros astroingenieros han elaborado una estupenda propuesta que han denominado *Paracaídas fotónico*, que aprovecha las ondas de proa generadas por el viento solar de Guenopillán y las velas plasmáticas de nuestra capa de reflexión. Es una buena propuesta, así me lo han manifestado mis consejeros, pero estimo que pueden surgir más y que todo el planeta debe convertir en suya esta tarea que complementa la gran jornada épica de nuestros abuelos, cincuenta años atrás...

Capítulo Segundo

Zywia avanzaba, señora, digna en su deslizarse de mole consentida, como si su ritmo fuera el preludio del éxtasis y allá en el confín de su trayecto la aguardaran los brazos fuertes y tiernos de un dios apuesto. Atrás había quedado, convertido en un fulgor azul, rodeado de pequeños puntos apiñados, el sistema de los doce planetas, que ahora eran once, pero el movimiento señala no solo el sentido del viaje del planeta sino también el desgaste de las cosas y seres que lo pueblan. Los hombres que iniciaron el fabuloso despegue de la salvación ya eran figuras de la historia. Otros, con juventud y mayores conocimientos, tomaban las riendas del brioso corcel y se enfrentaban a las nuevas situaciones, a peligros diferentes. Zywia había cambiado de figura y de vestido gracias a la ciencia y a la tecnología. El inmenso océano que envolvía la gran masa continental tenía ahora el color de la turmalina. Las nubes eran de color rojizo. Los picos nevados de las montañas tenían color frambuesa. Para cualquiera que hubiera conocido Zywia antes del despegue, el planeta de ahora era bien distinto. , aunque no del todo, porque aún quedaba el sentido del optimismo y la confianza casi ilimitada en la inteligencia que tuvieron sus

antepasados, hombres como Ray Arión, y sin los cuales no hubiera sido posible contemplar las cercanías de Guenopillán.

Arión había sido eternizado en el museo de las grandes personalidades de la ciencia construido en una de las siete lunas artificiales de Zywia. Ciudad Luko era un lejano mundo de recuerdos en la memoria de Antuko Ul y en el de la hermosa cadete de nombre Ulrika que lo acompañaba. Ambos eran descendientes remotos de aquellos hombres y mujeres que ofrendaron sus vidas y pensamientos a la causa de la supervivencia y que se divertían en los ratos de descanso en las playas del viejo mar Luko. Aquel día de luz, Antuko y Ulrika conversaban animadamente acerca de sus planes en el futuro inmediato.

¿Quién hubiera podido negar que la danza era hermosa, que el ritmo de los percibales parecía el rumor del viento sobre las copas de los árboles y que la armonía de los theremines era como una escultura de notas catedralicias lanzadas al viento? Nadie. Todos contemplábamos extasiados el experimento de unidad melódica que brindaba al mundo el gran arreglista de temas electrónicos Javier Mora. La gran concha acústica parecía una ostra inmensa con una perla dentro. Los escaños estaban completamente colmados.

Ulrika y Antuko asistían al acto. A ambos les gustaba la música primitiva modernamente arreglada. Antuko decía que lo clásico no es otra cosa que lo popular o lo folclórico transportado al pentagrama de las notas nobles por los grandes músicos. Ulrika defendía entusiastamente la tesis de la unidad musical del mundo. Decía que las notas son las mismas en todas partes y que las diferencias son apenas de ritmo.

—¿Acaso hay mucha diferencia entre una benjina y una cunsay? —decía.

Sobre la platea, el maestro Dechamps agitaba su batuta y pulsaba el tablero de intensidades y entradas. El sonido orquestal ganaba altura y tensión, pequeñas ráfagas de cuerdas simulaban la bravura del viento. Saliendo del fondo oscuro, el oleaje sordo del theremin le prestaba al paisaje instrumental la contrapartida del suspenso. Era una lucha entre la luz y las tinieblas en un inmenso cañón desértico y escondido.

—Sin duda, un arreglo hermoso —dijo Antuko.

Seguidamente unos alfilerazos de los flugerhorns, que eran la expresión sonora del amanecer, y esos memorables compases como de cielo encapotado de los chelos, que venían de abajo, in crescendo, y no había necesidad de ver, bastaba con escuchar para imaginar todo el cuadro de esa mañana amenazada por los elementos. La magia del arreglo nos había descubierto esa otra forma de la percepción, en el límite del éxtasis.

Al final estábamos todos sembrados en nuestras butacas, apabullados por el concierto de la orquesta que dirigía el Maestro Dechamps.

Poco después Antuko y Ulrika se marcharon hacia la burbuja del primero a esperar la respuesta positiva de traslado que Ulrika había hecho al consejo de administración de la estación XQZ de Lavanne.

II

Los astrónomos de Zywia habían avistado el misterioso punto que se agrandaba cada vez más y que parecía venir en dirección suya. Las conjeturas no se hicieron esperar: que se trataba de una mole planetaria a la deriva, que podría ser una gran astronave de dimensiones colosales y hasta un posible ser vivo devorador de cuerpos celestes que nos había escogido como bocado. Desde hacía varios años el mentado punto luminoso inquietaba a los hombres de ciencia de Ciudad Arión. Por si

resultaba lo mejor, un encuentro con otra civilización, los astroingenieros iniciaron la construcción de un estatorreactor con toda la información de Zywia montada en varios tridivisores. Ya en el pasado habían recibido pruebas de la existencia de seres racionales en otros mundos lejanos. La sonda de Epsilom del Kar, enviada apenas veinte años atrás, había sido descifrada y gracias a ella se pudo conocer el mensaje proveniente de la galaxia Omega, en el que se describía la existencia de una civilización múltiple en una de las estrellas binarias del cuarto brazo espiral. Se trataba de un mensaje que debió haber salido un millón de años antes a juzgar por la distancia y que era una advertencia a todos los seres pensantes del universo. Aten las manos a los militares que lleguen a poseer el manejo de las fuerzas del átomo, decía al final, al tiempo que las imágenes mostraban la acción destructora de los temibles hongos de fuego. De modo que no era de extrañar un encuentro con otras inteligencias del cosmos. Por ello la brigada escogida para conducir el estatorreactor, entre quienes se encontraba Antuko Ul, no sentía mayor temor y viajaba con una buena dosis de optimismo y seguridad. Tan solo Ulrika sentía el grueso de la angustia por esta segunda separación, mucho más preocupante que la laboral anterior porque su amado no estaría a unos cuantos kilómetros por monorraíl sino a muchos miles de kilómetros arriba surcando el cosmos predial de Zywia.

III

La nave de contacto, un crucero Lukonov de propulsión fotónica, parecía un cortante rayo de luz en el negro espacio visible. Ulrika lo miraba desde su pequeño observatorio familiar situado en la buhardilla de su casa. Presentía que su novio no regresaría de la misión, que la sonda exploradora enviaba un mensaje de muerte ya que pulsaba de un modo

irregular en la banda de los siete metros. En la cosmonave, entretanto, estudiaban los puntos y rayas de la emisión y dibujaban los gráficos que resultaban del enramado de líneas formado por el mensaje radial de la sonda.

—No tiene tripulantes —dijo Antuko— de otro modo no usaría ese tipo de comunicación. Más allá de la sonda, una inmensa mancha roja borraba del pizarrón celeste las figuras de Onomá y de Colosó, nuestras galaxias vecinas. Los tripulantes del crucero Lukonov no se enteraron inmediatamente del fenómeno, pero los radioastrónomos de Zywia sí.

—Es como si hubieran chocado con una galaxia de antimateria —afirmó Erg Mol, uno de los comandantes de la operación, en la sala de radio.

En la sala de ingeniería de la astronave:

—¡Lo tengo! —exclamó el radiointérprete. Se encontraba inclinado sobre la pantalla horizontal de su computador, rectificando líneas y ecuaciones que eran enviadas directamente al comando de Ciudad Arión.

—¡Una membrana roja! —exclamó agitado Erg Mol al contemplar en la pared de recepción la información del radiointérprete.

—¡Y del tamaño de una galaxia! —complementó el presidente del Consejo, visiblemente alterado.

Se dirigió a una de las escotillas de la burbuja en donde funcionaba el comando, miró hacia el indefinible horizonte y agregó:

—Aquí se acaban todas nuestras esperanzas...

La inmensa mancha roja se acercaba con la velocidad de los taquiones beta. Zywia estaba resignada a perecer en sus fauces sombrías del mismo modo que Onomá y Colosó. La hermosa Vía Espiral de los poetas estaba condenada a quedar borrada del firmamento, a no ser más luz, ni

torbellino, ni cuna del pensamiento. No obstante el desconcierto inicial, las ilusiones que el hombre almacena en algún lugar de su cerebro le dieron a los zywianos fuerzas para seguir pensando en el futuro pródigo que soñaron al abandonar Garonia. Los escritores dijeron que se podía eludir la acción devoradora de la membrana roja utilizando uno de los atajos cósmicos descubiertos en la Vía Espiral o que en caso de no poder hacerlo, el planeta pasaría a través de la membrana como se pensó durante algún tiempo que se podía hacer por los agujeros negros.

IV

Cuando la membrana estuvo a las puertas de la Vía Espiral, Antuko volvía a las cabañas de descanso de Ciudad Arión y se encontraba con Ulrika, quien había ido a recibirlo.

—¡Antuko! —le gritó al verlo llegar, enfundado todavía en su traje espacial. Este la vio y corrió a su encuentro, dejando regados sobre el piso sus objetos de mano. ¡Ulrika, mi amor!, exclamó. Luego se confundieron en un prolongado abrazo que fue presenciado por los operarios del helipuerto que se disponían a irse hacia sus chabolas para esperar el final. La mayoría de los zywianos estaban resignados a la muerte y la aguardaban, como se decía antes, con dignidad.

—Cariño, ¿estás bien? —le preguntó Antuko, al tiempo que le estampaba un tierno beso en la frente.

—Feliz de tenerte cerca, , aunque solo sea por los pocos días que nos quedan de vida —le respondió Ulrika y estrechó más fuerte el cuerpo de su amado.

La mañana no era el fondo ideal de la escena. Las baterías estelares funcionaban a media carga y más de un rayo de luz del universo se desviaba y tomaba el rumbo hacia la membrana roja.

Unos días después, en la playa oscura de las Sílfides, Antuko y Ulrika conversaban animadamente acerca de sus planes en el futuro inmediato. Estaban desnudos, tendidos sobre la arena gris plomo de la playa y contemplaban el horizonte de aguas tranquilas de color azul tinta, y más allá —bien lejos— la sobresaliente torre de control interestelar del subcontinente amerindio.

—¿Te parece bien? —preguntó él.

—No. Pero es lo único que podemos hacer...

—Así es... pero dudo mucho que el consejo de administración lo apruebe.

Hablaban del traslado de Antuko al centro Espacial Tayrona del subcontinente Amerindio. Ella, Ulrika, debía quedarse en Lonjana, trabajando en una estación de TV de cobertura continental, de la que era cronista estrella. Tenían apenas dos años de relaciones y a ambos les parecía que no podían vivir un día separados. En el balneario terminaban sus decimosegundas vacaciones, tal vez las últimas que disfrutarían juntos a la orilla de un mar nostálgico como ese y rodeado de cuerpos hermosos, de paisajes inolvidables y del gran calor humano de los costeros, los naturales del lugar.

—En el distrito costero del norte amerindio hay una estación de TV orbe muy buena, puedo pedir que me trasladen allí y continuar reportando para XQZ. ¿No te parece?

—A mí sí, pero no creo que los directivos de XQZ lo acepten.

V

Mientras Zywia sentía los primeros efectos de la poderosa fuerza de atracción: ligeras vibraciones en todos los cuerpos, Antuko y Ulrika jugaban una partida de sicoajedrez. Ulrika movía con la energía de su pensamiento la figurilla de luz tridimensional que hacía las veces de Duque y la avanzaba dos escaños hacia adelante. Antuko se preparaba para defender su fortaleza con las piezas disponibles; hizo el ademán de colocar a uno de sus caballeros en posición de toque y miró sonriente a su compañera.

Bruscamente Zywia sintió que entraba en un remolino de fuego y que todos sus seres y enseres se empequeñecían y se aplastaban sobre la superficie, como si una mole de piedra machacara granos sin tocarlos. Las sonrisas de Antuko y de Ulrika devinieron en muecas con la deformación de sus rostros y quedaron así, como detenidos en el tiempo, simbolizando el candor de la raza zywiana hasta ese instante del encuentro con lo desconocido. Zywia y toda la galaxia pasaban por entre los pliegues de fuerza de la membrana roja, y el paso semejava la aventura juvenil de los toboganes, pero, a diferencia del temor que paraliza en esas máquinas de diversión, la parálisis de los zywianos era una consecuencia de la acción biofísica de los campos de fuerza que interactuaban en el interior del poderoso sistema. Los hombres parecían estatuas de piedra pómez y los edificios, maquetas de arcilla cuarteada en trance de derrumbarse. La superficie del planeta, también cuarteada, parecía un valle erosionado y muerto. En compensación, una densa masa gaseosa lo recubrió protegiéndolo del calor y de las radiaciones.

El tiempo pasó tan rápido como el cruce mismo de Zywia por entre la membrana roja; el tiempo en estrecha relación con esa alfombra roja que parecía absorber toda la materia del mundo y determinar con su vaho la quietud de las cosas vivas. Todo el espacio visible contraído y reseco, con las arrugas y las cuencas efecto de la deshidratación y ese contraste del inmovilismo de todos los seres vivientes en medio de la velocidad a que se veían sometidas todas las cosas del planeta. Muchos años después, la masa de la Vía Espiral, regazo de Zywia, cayó en un medio viscoso, en un espacio diferente que no era de partículas, ni de gases, ni de plasma, sino como un protoide en vías de fecundación. La anterior cobertura infrarroja empezaba a desaparecer en la medida en que un baño de luz gen saludaba la otra cara del destino de Zywia. Y toda la humanidad se vio de pronto en medio de un brillo fulgurante diseminado, como si no hubiera regresado al mismo espacio negro de Eridano o de Vesta y estuviera más bien transitando en un mar de luz pródiga que no se desviaba ni se contraía.

Las muecas de Antuko y de Ulrika se trocaron en sonrisas y luego en sonoras carcajadas, porque con esa jugada Antuko le daba mate a su hermosa rival. Había movido su reina hacia la entrada del castillo y dejado su rey en posición de ataque combinado con Duque y Alfil.

—Ganaste —dijo Ulrika, levantándose de su butaca y dirigiéndose al lugar en donde estaba sentado Antuko. Allí lo tomó de las manos, le dio un beso y le indicó el camino del balcón. Antuko la siguió y en el camino la tomó del talle. Ulrika estaba más hermosa que nunca. Vestía el usual pantalón corto ceñido, la ligera blusa de trycón que le dejaba la cintura al descubierto, y las botas de cuero negro que le hacían resaltar la blancura de sus bien torneadas piernas.

Mirando al cielo, desde el pasamano del balcón, Antuko exclamó:

—Este es un brillo excepcional. No se parece al encendido de nuestras baterías. Algo raro ocurre.

Ulrika, como siempre, trató de desvanecerle los temores y le dijo que, posiblemente, el Alto Mando ensayaba algún nuevo sistema de alumbrado general, pero Antuko no le dio crédito a su versión y se quedó un rato pensativo.

—Observa —le señaló a Ulrika las paredes exteriores de la burbuja—. Es como si este material hubiera envejecido cien años.

Ulrika pasó sus manos sobre las barandas y paredes del balcón y notó que, en efecto, estas acusaban la erosión del tiempo.

—¡Pero, ¿cómo? —exclamó—. Si hace apenas media hora nos sentamos a jugar la partida de sicoajedrez y, entonces todo era normal.

VI

Al día siguiente, en la sala de comando de la Academia de Ciencias, Erg Mol, Rob Tal y diez científicos más, se reunían para estudiar el fenómeno de la desaparición de la membrana roja, el no menos enigmático de las erosiones que testimoniaban el envejecimiento de todo lo existente y el fantástico rumbo que parecía seguir Zywia en un medio espacial extraño, lleno de luz y totalmente despoblado de estrellas.

—Que no exista un sistema solar en varios millones de años luz, pase, pero ese fulgor como de mil soles enlazados que inunda todo el espacio sí que es inverosímil —dijo Mol.

—Cuando sentimos las primeras vibraciones íbamos en ruta hacia Guenopillán, y de pronto aparecemos en otro lugar del cosmos, totalmente

distinto, como si hubiéramos pasado a otra dimensión —agregó Tal. Erg Mol dio un salto de su sillón al escuchar la palabra dimensión pronunciada por Tal.

—¡Eso es! —exclamó—. Hemos entrado a otro universo de propiedades simétricas; seguramente entramos en él por el vórtice de la membrana roja y por eso no nos dimos cuenta.

Tal repasó entonces en la memoria una de sus lecturas de ficción.

—Alguna vez leí en un relato de ciencia ficción que el tiempo se contrae en el punto de convergencia de las fuerzas axiales de las membranas rojas —dijo.

—Una buena hipótesis, Tal —dijo Erg Mol—, pero puedes probarla?

—Lo he pensado también y creo que lo tengo....

Mol y Caldwell interrogaron a Tal con las miradas.

—¡Me refiero a los monos-topos!

—A propósito de los monos-topos —dijo uno de los ingenieros—, hemos detectado un aumento del ruido que proviene de las cavernas, como si en lugar de sus tradicionales herramientas estuvieran manejando máquinas y factorías.

VII

Antuko y Ulrika presenciaban las finales del torneo de Rocket en el que los Búfalos de Tierra Adentro disputaban a los Tigres de Islandia la supremacía en ese difícil deporte de fuerza y destreza físicas. El partido en su tercer tiempo se encontraba empatado a tres *punchs* por bando. Los Búfalos ya habían realizado tres cambios mientras que los Tigres apenas uno. De pronto, en los precisos instantes en que un Tigre se

metía peligrosamente en el área contraria, Antuko sintió el llamado de emergencia en su radiotel de bolsillo. *Es la central*, le dijo a Ulrika y se puso de pies enseguida y le indicó que lo siguiera.

—Se trata de una perturbación que hemos detectado en la llanura del Pindo, a la altura de los 40 grados latitud norte y 30 grados longitud este. Como si en el fondo de la Tierra estuvieran taladrando hacia la superficie —le contestaron desde la Central.

—¡Los monos-topos otra vez! —dijo Antuko.

Ulrika pensó entonces en las trapisondas anteriores de los citados seres, seis ciclos atrás, cuando hicieron su aparición por primera vez. Eran animales que no tenían una apariencia humana, pero pensaban con un lenguaje de sonidos intermitentes que parecía una clave de comunicación con puntos y rayas como en la vieja telegrafía. Tenían una especial habilidad para cavar túneles para sus madrigueras con lo que ponían en peligro las construcciones humanas, aún las levantadas con vitrex y ferteno.

No se sabía a ciencia cierta cómo pudieron desarrollar una comunidad inteligente de tercer grado en las profundidades del planeta. Algunos avanzaron la hipótesis de que se trataba de aborígenes que involucionaron al meterse en esas cuevas reducto poco después del gran cataclismo. Otros afirmaban que se trataba de lemures que evolucionaron por la misma razón. Lo cierto es que se habían convertido en una plaga terrible para la sociedad humana. A diferencia de los históricos roedores de la vieja época que solo atacaban los comestibles y raras veces al hombre, los monos-topos destruían los cimientos de las edificaciones y ocasionaban tragedias. Tenían, además, una repugnante figura de roedores rechonchos y gigantescos que en nada podían compararse con la esbelta forma

alargada de nuestros cuerpos y la gracia como de pera de nuestras cabezas. El hombre les tenía asco y miedo por tales motivos.

—¿Lograron algún tipo de comunicación con ellos? —preguntó Antuko.

—En absoluto —contestó la voz del radiotel.

Capítulo Tercero

En uno de los socavones más populosos, ubicado debajo de la ciudad humana de Lonjana, los monos-topos celebraban una reunión con sus jefes para discutir las tareas de conservación de la especie frente a ese ruido ensordecedor que producía el rozamiento de la superficie del planeta con la membrana roja y que se amplificaba en el interior como si este fuera una caja de resonancia. Los monos-topos no recibían la radiación, pero sí el impacto del ruido.

La asamblea era numerosa. Decenas de miles se habían dado cita para escuchar las diferentes propuestas de los dirigentes.

—Digo que no hay otra alternativa que las orejeras de piel —dijo uno de los jefes, con esa voz bronca característica de los de su especie.

Una algarabía acalló al exponente. Al final de ella, otro dijo:

—Yo opino que lo mejor es cavar hacia el fondo para disminuir la intensidad del ruido.

—Bueno, las orejeras resultan una buena solución para los cavadores cuando estén construídas en número suficiente para todos ellos.

—¡Eso es! —gritó un mono-topo de gran audiencia en la asamblea.

La asamblea terminó cuando el presidente de la misma determinó escoger una brigada que se encargaría de cazar los bridontes en los desaguaderos

de la superficie para utilizar el cuero en la fabricación de las orejeras y simultáneamente la integración de un equipo de perforadores que estudiaría el lugar exacto para iniciar las excavaciones correspondientes.

II

Una brigada de monos-topos ascendía trabajosamente por una pendiente abrupta en dirección a un claro por donde se filtraba la luz roja del exterior. Iban provistos de una indumentaria de exploración inadecuada para la exposición a las radiaciones de la membrana roja. Llevaban simples overoles de trabajo como los que usan en las minas del manto.

Los monos-topos habían aprendido la experiencia de la superficie en ese medio hostil de las profundidades y tenían a su haber una cultura material de nivel intermedio que les permitía vivir con relativa holgura. Construían sus residencias con un material ultrabásico que extraían en la región granítica y se alimentaban de granos proteínicos que cultivaban en las laderas de la capa basáltica. Además, poseían conocimientos de medicina acupuntural y vestían con pieles de bridontes, animales que cazaban en la subcorteza y cuya carne comían en las mejores ocasiones.

Uno de los brigadistas en llegar primero a la cumbre, a la altura de la luz, fue un mono-topo corpulento, vestido con una piel plomo que contrastaba con el brillo de los rayos intensos que provenían del exterior. Armado de su pico de escalador alcanzó el borde y sintió entonces que el ruido se perdía por completo y que se enfrentaba a un medio de densidad gelatinosa.

—¡No oigo el ruido! —gritó a sus inmediatos seguidores.

En efecto, fuera del ulular del viento, disimulado por el paisaje, nada hacía pensar que en la superficie se sucedían profundas transformaciones y que Zywia pasaba por un mal momento.

—¿Cómo te sientes? —le preguntaron desde abajo.

—Estoy bien —contestó—. Parece como si estuviera en una campana neumática.

—¿Puedes respirar?

—Sí, pero es un aire más denso ¡y quema!

Los otros monos-topos que estaban cerca reiniciaron la marcha hacia arriba. Cuando todos llegaron y desparramaron la vista por el entorno y vieron la epidermis de Zywia cuarteada por una erosión que parecía de muchos años y a los seres vivos en esa pose lamentable de figuras detenidas en el tiempo, quedaron paralizados también, pero del asombro.

—¡Están petrificados! —dijo el primero en llegar y señaló hacia una granja en la que aparecían como si fueran piezas colocadas en una vitrina de exposición, varios agricultores y animales en la última pose dinámica de sus vidas, detenidos en el tiempo y en el espacio.

—¡Hay algo invisible que me quema! —dijo otro palpándose los brazos. Los demás repitieron la misma operación.

—¡Son rayos térmicos! —dijo el primero, que era el jefe del grupo. Instintivamente volvieron sobre sus pasos y se internaron en el túnel que habían hecho para salir.

—Arriba el ruido disminuye, pero la radiación aumenta. No es posible permanecer mucho tiempo a la exposición de esos rayos porque nos ganamos un daño en la piel sin lugar a dudas. Haríamos bien en olvidarnos de los humanos, aunque están ahora indefensos, paralizados, tal vez por

algún rayo, pero defendidos por esa membrana roja gelatinosa que cubre los cielos del planeta.

El mono-topo siguió hablando con su voz bronca, invitando a sus congéneres a abandonar la idea de invadir la superficie y apoderarse de todos los recursos alimenticios de los humanos aprovechando su inmovilidad e inconciencia y diciendo que era mejor fortalecer las defensas del socavón para enfrentar las posibles filtraciones de energía radiante de la membrana.

—Hemos cometido una imprudencia con esa salida —dijo—. Y podemos pagarla caro si no nos protegemos adecuadamente.

III

El tiempo pasó raudo como el cruce mismo del planeta por la membrana roja. Para los monos-topos fueron muchos años viviendo la experiencia del ruido; para los hombres la misma escena detenida de varios minutos y para el paisaje la misma desolación del rojo y esa extraña apariencia de piedra pómez de todos los objetos.

Iban por un sendero casi al descampado, recibiendo plena la luz de ese extraño sol omniceleste que les había convertido el día en una sinfonía de brillo permanente.

—Es una luz residual que no deja huellas en la piel —dijo Rick—. ¿Lo han notado?

—Para mí lo más extraño es el carácter generalizado del fulgor, prácticamente han desaparecido el día y la noche —expresó Antuko.

Al llegar al socavón situado debajo de Lonjana y contemplar el arco de entrada, Antuko, quien había estado allí una vez, sintió un estremecimiento

por todo el cuerpo, un raro presagio de que algo excepcional se avecinaba. El arco parecía una puerta de una ciudad medieval amurallada. Entraron y vieron entonces, en lugar del viejo camino de arcilla, una amplia avenida de adoquines negros que culebreaba por innumerables salientes y depresiones.

—¡Esta es otra ciudad! —exclamó Antuko.

Los demás hicieron una ligera pausa para contemplar el paisaje.

—¡Los monos-topos han avanzado siglos! —dijo Rick.

—En seis meses, porque esto no estaba así la vez pasada que estuve aquí —dijo Antuko. El socavón de Lavanne parecía una ciudad subterránea construida por el Hombre, en modo alguno la madriguera de arcilla que él había conocido en su anterior viaje por esas profundidades.

Sorpresivamente un comando de vigilantes de monos-topos bien armados les interrumpió la marcha.

—¿A dónde van? —preguntó el comandante.

Antuko, sin creer en sus mismas palabras, contestó:

—Queremos hablar con Landa.

Los soldados monos-topos se miraron extrañados.

—¿Dice usted Landa? —le interrogó el comandante.

—Sí, Landa —insistió Antuko—. ¿No es acaso el gobernante de este socavón?

—En primer lugar —respondió el mono-topo— esto no es un socavón, es una bien planificada ciudad con todos sus servicios. Y, en segundo lugar, ignoro a qué Landa se refiere usted. El primer secretario de gobierno de este Distrito de llama Erodin, no Landa...

Antuko exclamó para sus adentros: “¡Santo cielo!” y se llevó las manos a la cara. Enseguida, retomando el control de la situación, le pidió al comandante de la guardia que lo condujera ante el primer secretario. Este, reluciente en su uniforme de piel de curonte, les abrió el paso para que siguieran adelante.

Antuko no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. El viejo socavón estaba completamente cubierto de hermosas fachadas residenciales. Eran un sin número de agujeros de todos los tamaños que se extendían hasta el cielo de la caverna, todos ellos con adornos en relieve e iluminados con unos filamentos circulares que titilaban y que le daban al poblado la imagen de un fresco monumental. La autopista de baldosas negras dividía en dos los hemisferios residenciales.

Frente a Erodín, quien los recibió en su palacio, Antuko explicó las razones de su viaje. El jefe mono-topo le escuchó con atención, observándole desde su silla real todos sus movimientos y gestos, que Antuko exageraba poseído como estaba por el asombro.

—¿Dice usted que conoce a Landa? —le interrogó el gobernante.

—Por supuesto que sí. Hace aproximadamente seis meses estuve aquí discutiendo con él los términos de un tratado... aunque, la verdad, no estoy seguro del tiempo, pero lo conozco, él mandaba aquí en este soca... en esta ciudad cuando no estaba como ahora, cubierta de residencias alumbradas.

El primer secretario se quedó pensativo, abrió un libro de registro y buscó durante varios minutos en sus páginas.

—¡Aquí está! —dijo—. Le señaló a Antuko la página y el dato que aparecía en ella—. Landa gobernó a nuestro pueblo en la época del ruido, hace doscientos años.

—¡Doscientos años! —exclamó Antuko.

—Sí señor, doscientos años, y evidentemente aquí consta que él firmó un tratado de no injerencia con un delegado humano de nombre Antuko, pero eso hace dos siglos. ¿Cómo puede ser usted?

Capítulo Cuarto

Hemos entrado en un nuevo universo que es copia casi simétrica del nuestro; las estrellas no se ven porque todas son negras, pero no como las neutrónicas que atrapan la luz y no la dejan vagabundear por el cosmos, sino del tipo de las imaginadas por Orz según las tesis de Boltzman. El espacio que cruzamos es tan poco denso que parece un recipiente de la física clásica. Cada mil kilómetros descubrimos la presencia de una partícula fugaz o de un isótopo en un ambiente de absoluta libertad y fiesta, como si gozaran la ausencia del freno que se supone padecen en la materia densa.

Lo que más impresiona es el brillo inusitado del cielo, completamente difuso, compacto y homogéneo, que no deja lugar alguno para el recurso del negro, que no permite se le divida o se le abra una grieta de sombras por algún resquicio y que conserva la misma intensidad de luz en todos sus planos.

Ahora todos somos seres acostumbrados al destino del brillo, biológicamente adaptados a ese medio de luz continua, viajando por un cosmos que no parece albergar sustancia alguna distinta de la nuestra y cabalgando sobre un planeta que ha perdido la noción del rumbo y que se debate entre la duda del sueño y la inquietante realidad del camino. Más allá, cientos de millones de kilómetros hacia el final aparente del trayecto, unas ráfagas lacerantes que fragmentaban el tablero del firmamento,

nos hicieron pensar en una señal de tránsito en ese océano inmenso de energía luminosa diseminada. Y pensamos entonces en navegar hacia ellas, tratando de encontrar la ruta perdida.

Una generación después, las ráfagas aparecían coquetas ante nuestros ojos y nos invitaban a pasar, a romper una gigantesca membrana de luz gen para pasar al siguiente compartimiento en el cual el reinado de la monotonía anterior se vería reemplazado por un hermoso filme en el que se nos mostraba la historia natural que conocimos en las escuelas, pero en vivo, viéndola transcurrir en las imágenes del cielo a la manera de un sencillo holograma dominical de aventuras.

La membrana se rompió tan suavemente que más parecía una pompa de jabón que el enrejado de fuerzas magnéticas que en verdad era. Zywia abandonó el imperio de la luz y se encontró de nuevo en la selva azabache de esa otra región del gran universo que se viste de estrellas y que sin embargo esconde sus rayos de luz durante el viaje hasta el momento maravilloso del reflejo. Entonces dedujimos que regresábamos a nuestra morada, a nuestra zona cósmica, a nuestra galaxia, y nos emborrachamos de júbilo no obstante el retorno del frío y pusimos a funcionar la nube refractaria y la energía de nuevo signo, y todo volvió a ser como antes. Al menos así lo creímos durante algún tiempo muy a pesar de las palabras desconcertantes de los astrónomos, quienes insistían en la tesis del otro universo, del universo alterno y entrópico que estaba a la espera de que la gran computadora cósmica volviera a decir, como en el viejo cuento de ciencia ficción: ¡Hágase la luz!

II

Las ráfagas llenaron la bóveda celeste de figuras y ante nosotros surgió la silueta de una protonebulosa extrañamente diminuta y pudimos

contemplar el choque de las partículas de gas y polvo, los inicios del torbellino generador y la fascinante diferenciación de las capas concéntricas en lo que parecía ser la filmación del nacimiento de un sistema planetario.

Más adelante apareció, perfectamente acabado, un planeta tan hermosamente azul como Zywia visto desde una estación orbital anacrónica. El planeta descorrió el velo de nubes que cubría sus aguas y su epidermis humeante y nos dejó ver en toda su plenitud el proceso de formación de las primeras moléculas orgánicas. Por nuestra gran pantalla desfilaron, simulando una danza: el agua, el amoníaco, el formaldehído, el ácido cianhídrico, y más adelante: los aminoácidos y los nucleótidos, esas partecitas esenciales en la arquitectura de la vida, hasta llegar a la aparición del Prometeo que le robó el fuego a los dioses: La Planta. Luego presenciamos el parto de los primeros animales y Zywia se llenó de plantas y el mar se pobló con los primeros vertebrados hasta llegar a los cinocéfalos y la materia viva se puso en la ruta del pensamiento.

Nuestros sabios no salían de su asombro. Era la evolución de la protohistoria en las imágenes fugaces de una pantalla celeste que parecía jugar con el tiempo, como si alguien nos quisiera mostrar, con ese despliegue de técnica cinerámica, el humilde origen de todas nuestras pretensiones, y se propusiera hacernos saber que nuestro pensamiento es apenas la captación momentánea de una realidad infinita; que no es, por consiguiente, capaz de abarcarlo todo.

El hombre apareció erguido en una llanura asolada. Su piel cubierta de vellos y la cabeza inclinada hacia adelante le daban un aspecto animal, pero ya era el hombre. Manejaba un madero con su mano derecha y corría por la pradera tras un cervatillo herido que se había rezagado de

la manada. El hombre alcanzó finalmente al animal con la ayuda de sus compañeros y le partió el cráneo con el madero; la sangre manó rauda por el surco de la Tierra y el gesto primitivo de la alegría inflamó el rostro de los demás cazadores. Después agarraría la presa por una de sus patas y la llevaría a rastras hacia un recodo rocoso en donde tenía instalada la solución del fuego.

La superficie del cielo continuaba proyectando las imágenes del planeta distante. Zywia contemplaba en ellas su pasado y el hombre sus ancestros y primeras aventuras, como si presenciáramos en verdad una proyección holográfica de nuestra historia transmitida por algún sistema material en el cual las siliconas graban las imágenes de los cuerpos ubicados en el universo oscuro y las reproducen cuando otro cuerpo celeste, abundante en campos magnéticos, sintoniza la resonancia del cristal.

Un brillo fugaz anunció el cambio de escena. Apareció la sociedad industrial con sus chimeneas contaminantes y el hombre tratando de sobrevivir en medio de esa naturaleza degradada por él que se cobraba la ofensa. Vimos el triunfo de la sociedad basada en los chips que eran como células, y el surgimiento de la inteligencia artificial; la explosión de Ciudad Ladón, la primera nave que cursó el espacio alrededor de Zywia, el desenganche del sol, los rostros de Ray Arión y de Erg Mol y finalmente la entrada en esa membrana roja semejante a una tumba cósmica, que nos apartó del rumbo. Un fresco hermoso de toda la historia humana gracias a la cual pudimos repasar los triunfos y derrotas de Zywia desde los tiempos en que sus pobladores adquirieron conciencia del poder de los instrumentos. Faltaba apenas el paso al nuevo universo y nos quedamos a la espera del centellear de las ráfagas de luz que nos anunciaba el filme de la nueva era en esa fastuosa holografía que nos encantaba, pero no. Zywia permanecía en el mismo lugar luminoso como si fuera una pelota de ping

pong inmóvil en medio de un espacio brillante que se curvaba hacia adentro, y ese era, según los cosmólogos, un indicador de la suspensión del tiempo.

Los científicos se preguntaban una y mil veces: ¿Para qué ese recorrido imaginario? ¿Qué querían decirnos con eso? ¿Quiénes? Y siempre las mismas respuestas: La filmadora cósmica de silicona, el hombre multidimensional, Dios, el pensamiento puro, una advertencia para que otras civilizaciones no cometan el mismo error de Zywia, el cosmos que se cobra la afrenta y trata de restablecer la armonía perturbada, pero los hombres de Zywia, esos eternos fabuladores y optimistas de siempre, seguíamos jugando en los campos y en las playas los días de descanso, haciendo el amor en las horas del sueño, girando en ese torbellino de realizaciones que es la vida, sin pensar en el fin; seguros de que tarde o temprano, en esta o en las futuras generaciones, el planeta volvería a su ritmo habitual y el sino de la destrucción jamás pendería sobre nuestras cabezas como ahora.

Epílogo

Un joven sabio de nombre Ever Evans, quien parecía ser la síntesis de la sabiduría de Ray Arión con la audacia de Antuko Ul, se decidió a estudiar, siglos después, los llamados libros premonitorios de la segunda civilización, encontrados en la caja negra de la gran pirámide de Altair. En ellos se vaticinaba, en forma de mensajes literarios, el futuro de los pueblos. Sus autores, entonces llamados escritores de ciencia ficción, no parecían pensar con la lógica de sus contemporáneos y poseían un raro sentido de la percepción del tiempo que los colocaba más hacia el futuro que sus demás congéneres. Ever supuso que algo de lo que ocurría a Zywia y que ni siquiera el holograma del Gran Arquitecto del Universo les había

revelado, había sido planteado por uno de esos autores, y se dispuso a buscar en los laberintos del cerebro padre de todas las computadoras pensantes, en dónde estaban grabados los citados libros.

Al poco rato de búsqueda encontró la novela *El cuarto nivel* y se enteró de que en ella se cuenta la historia de un planeta llamado Zywia cuando intentó alcanzar de un gran salto por el universo otra estrella para evadir el fuego abrasador de la suya original. Su asombro no pudo ser mayor. Se puso de pie y se dirigió hacia la sala de proyecciones. En ella pulsó el código correspondiente y enseguida la computadora le montó el filme y dio inicio a la función solicitada.

—Zywia viajaba por el espacio cósmico en dirección al sistema doble de Guenopillán, como si fuera una nave monumental de metal, roca y agua con cien mil millones de seres humanos encima... —escuchó de una voz grave, al tiempo que contemplaba la mole azul balanceándose en una línea de navegación hiperbólica.

—¡Es la misma historia! —exclamó, alterado. Tomó aire para sosegar y dijo para sí—: Lo importante es el final. Pondré esa parte del libro para saber qué ocurrió—. Así lo hizo. La computadora obedeció sus órdenes y aceleró las imágenes hasta el final del libro. Entonces se extasió con el cielo brillante de la pantalla y escuchó la descripción del mismo en estos términos: Lo que más impresiona es el brillo inusitado del cielo, completamente difuso, compacto y homogéneo, que no deja lugar alguno para el recurso del negro...

—¡Es como el fulgor de ahora! —dijo—. Pero ¿y el final?... ¿Es ese el final? Ever esperó en vano que este apareciera. Parecía que el libro acababa cuando Zywia llegaba a ese universo en el que los soles no eran amarillos,

ni azules ni rojos, sino perfectos soles negros que a esa temperatura radiaban energía como cualquier radiador ideal.

De repente surgieron en la pantalla un par de imágenes borrosas que se superponían una a otra, como si el autor hubiera dudado en escoger una u otra para el desenlace de la obra. Es extraño, murmuró. Y observó la primera que mostraba un planeta calcinado que seguía existiendo como recuerdo de carbón en polvo en la memoria de un ser ideal como el del Kybalión. La segunda mostraba el mismo planeta, pero en otro universo compuesto de materia sublimada que fluía sin cesar y que no toleraba el reposo diferenciador de los cuerpos.

—¿Qué somos por Dios? —se preguntó— ¿Espectros? ¿Simples corrientes de pensamiento? ¿Espíritus moradores de la octava esfera?

La voz del computador le proporcionó la respuesta.

—¡Somos, el hombre! —le respondió.

Ever comprendió, entonces, que era igual: espectro, energía sublimada, espíritu o alma liberada, el hombre seguía existiendo en su verdad: el pensamiento. Y que Zywia podía continuar navegando hacia el Guenopillán de sus sueños, olvidando el pasado natural que dejó en el universo de átomos y estrellas que lo vio nacer y encarando el futuro de la vida en otro universo que estaba a punto de cambiarle la dirección a la flecha del tiempo.

La conquista de Terón

Trabajaba en compañía de Ubina en la Unidad escolar Russell, la que fue construida en el área de la antigua ciudad de Olmutz, y por esa época nos tocó vivir la hermosa aventura del niño de los cabellos dorados. Había terminado el aprendizaje de cincuenta años de historia de la filosofía, siglo XXI, y —en plan de descanso, mientras reponía las energías gastadas— había solicitado al Consejo Planetario de Educación me enviaran a esa unidad en calidad de profesor de Procedimientos Lógicos. De esa forma —pensaba— me entretendría con los niños, lo que en cierto modo significaba para mí un descanso mental, cumpliría con mi turno educativo del año, y me preparaba para los siete meses que aún me faltaban. Ni asomo de imaginar que el jovencito pecoso, de facciones duras, de ojos negros y penetrantes, rubio y alto como las espigas del trigo americano, que se me acercó la primera tarde de vacaciones para preguntarme por la esencia del amor, sería días después el niño más famoso del Sistema.

Terón —que así se llamaba— era un escolar del primer ciclo y al parecer, un niño como todos los demás. Coursaba el sexto grado. Y siempre tenía un mundo de cosas en los bolsillos y una expresión lista, mezcla de ternura y picardía, para disimular sus travesuras. Tenía un inmenso lunar rosado en la mano izquierda, casi en el mismo sitio que lo tenía mi padre, y un universo de puntos rojos en la cara. Era fuerte. Tanto que su cuerpo nos hacía recordar al pequeño gladiador de bronce que conocimos en el Museo de Alcabar, en la pasada jornada antropológica.

Debo decirle que jamás sobresalió en tecnologías ni en razonamientos. Era un niño común y corriente en estas disciplinas. En cambio, durante las tardes de alpinismo mostraba todo lo que era capaz de hacer, alcanzando el primer lugar en la empinada cumbre de la Sierra Amarilla. No obstante, llegó a ser el niño más conocido en todo el Sistema, y no solo el más conocido sino el más espiritual, el más humano de todos.

Comencemos por el día en que me preguntó, con una sonrisa algo pícaro, qué era el amor. Ese día todo el sistema conmemoraba la fecha en que los hombres del siglo XXII habían sepultado el pasado de luchas nacionales, de miseria, de ignorancia, de esperanzas frustradas. Todos los complejos residenciales del planeta realizaban el intercambio de amistades y objetos de valor más de uso que de ostentación. Precisamente había invitado a la mujer que ahora es mi esposa y le había obsequiado un integrador de reciente elaboración fabril que tenía la función de regenerar células animales dañadas por la acción de los objetos "cot".

Terón escapó ese día de su esfera dormitorio. Superando las dificultades del clima y de transporte logró caminar los diez kilómetros que separaban el complejo residencial estudiantil, del complejo docente en el cual nos encontrábamos, mi novia y yo. El camino era difícil y ese día justamente, con excepción de las centrales cibernéticas, nadie trabajaba. Porque era el día del amor y los hombres del planeta nos entregábamos a vivir las emociones de la vida íntima con la mujer elegida. Cada mes había un día del amor. Y durante ese día los niños de los dos primeros ciclos gozaban de un merecido reposo campestre. Terón, como es lógico suponer, sabía de la existencia de ese día que celebrábamos los adultos.

Me preparaba para salir en mi vit a contemplar un rato el espectáculo de las luciérnagas azules que venían del sur por esta época del año, cuando hizo su aparición en la pasarela de platil que daba entrada a mi casa.

—¿Qué es el amor? —me preguntó una vez la abrí la triangular lámina de cristal reforzado, casi sin esperar mi invitación a entrar.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —le pregunté.

—Encontré un “ovositor” libre... pero no ha contestado usted mi pregunta —dijo, escrutándome con la mirada.

En ese preciso instante bajaba Ubina de su esfera, vistiendo todavía el histórico “baby doll” de la edad atómica. Aproveché para repetirle la pregunta de Terón.

—Quiere saber, lo que es el amor —le dije.

—¡Está bien! —me respondió Ubina—. ¿Cómo te llamas? —interrogó a Terón.

Este la observó fijamente antes de responderle.

—Me llamo Terón y quiero saber por qué los adultos tienen días para el amor y nosotros no.

—Muy elemental —le respondió sonriente—. Porque ustedes no tienen edad para celebrarlo.

—Pero nos enseñan anatomía, fisiología y embriología y queda uno pendiente de saber el resto. Y cada vez que le preguntamos al profesor nos dice que debemos esperar el siguiente ciclo del programa...

Ubina me miró toda impresionada. Era la primera vez que un niño de ocho años se interesaba por conocer las implicaciones sentimentales del apareamiento sexual. Tuve que recordarle entonces a mi compañera los

principios de pedagogía funcional y pedirle que le hablara con sencillez y claridad al chico. Lo cual hizo por espacio de media hora.

—¡Entonces nosotros somos hijos del amor! —dijo después de la disertación, con aire de pequeña displicencia—. Y yo que pensaba que el ser humano estaba completamente mecanizado.

—Todavía conservamos nuestra vida afectiva —le dije—, solo que no podemos gozarla a plenitud por las responsabilidades que debemos cumplir en la sociedad.

Terón se quedó un rato pensativo. Nos miró de arriba a abajo en nuestra semi desnudez, y con aire de fastidio, se despidió gritándonos: ¡No me gustaría ser hijo de ustedes! Dio un portazo que hizo estremecer la columna cilíndrica de suspensión, y se marchó.

El tercer día anual del amor transcurría como todos los anteriores, inmerso en los recuerdos filmados de las ceremonias nupciales del pasado, lleno de sueños y proyectos más o menos realizables, todo complementado con vinos y frutas del excitante trópico y alimentado con la esperanza de volverlo a vivir dentro de veintinueve días.

A la mañana siguiente, muy temprano, en el bloque de los laboratorios, Terón me aguardaba. Por allí debía pasar obligatoriamente rumbo a mi oficina. Cuando me vio llegar, dio un salto, y, sin que mediara saludo alguno, me preguntó decidido:

—¿Dónde puedo conseguir filmes que se refieran a la historia del amor?

—En la filmoteca del bloque sur —le respondí.

—Gracias —me respondió secamente, y haciendo media vuelta a la manera de los militares de la prehistoria, se marchó dándole de puntapiés a una pequeña lata vacía que encontró sobre el andén rodante.

Algunos días después de esa mañana, ocurrió el hermoso acontecimiento de que les hablé al comienzo. Supimos inicialmente que había citado una concentración de niños de seis a nueve años en la plaza de la Libertad. Al principio no le dimos mayor importancia y creo que los directores de la Unidad tampoco, pero cuando nos enteramos que no se trataba solamente de los escolares de nuestra Unidad sino de la totalidad de los estudiantes del primer ciclo de toda la ciudad, comprendimos que algo mayúsculo se avecinaba y puesto que no había modo de evitar la protesta infantil, optamos por escucharla desde los balcones del edificio de la Administración local. La sociedad —no sobra decirlo— recibió el empeño de Terón con la serenidad propia del hombre nuevo, con la convicción plena de que los nuevos mecanismos de relación permitirían la solución del problema.

La espaciosa plaza de la Libertad, así llamada en memoria de la tantas veces ultrajada mujer de los siglos tenebrosos, estaba cubierta totalmente de pequeñas cabecitas de cabellos desordenados. Guardaban el más absoluto silencio. Y ni falta que hacían las palabras porque las electropancartas se encargaban de suministrar las consignas. Los niños se limitaban a levantar sus puños en señal de aprobación. Era impresionante la escena, sin duda.

En esos momentos sentimos que el aire se nos volvía brillante, como si la humedad opaca del invierno iniciara su peregrinaje hacia la muerte para que la alegría de la primavera reinara nuevamente. La espera duró pocos minutos. Y cuando ya todos los canales de TV estuvieron listos, apareció Terón. Serio, altivo, con movimientos decididos y un aire de seguridad en su rostro. Lentamente subió las escalinatas que daban acceso a la tribuna, y cuando estuvo frente a las cámaras y micrófonos, casi sin esperar el silencio de las miles de gargantas que lo vitoreaban, dijo:

—¿Por qué han de tener los adultos un día del amor? ¿Un día precisamente? ¿No nos han enseñado que el amor es la razón de ser de la vida y la justificación de todas las mañanas? ¿Y por qué debemos contentarnos nosotros con vacaciones esos días del amor de ustedes, si también sabemos amar?

Y habló por varios minutos hasta que un aplauso atronador confeccionó la pausa que buscaba para dirigir su mirada hacia nosotros.

—Si ustedes se oponen al derecho que tenemos de sentir el calor humano de nuestros padres, habrá que calificarlos de egoístas y concluir de paso que este sentimiento del pasado aún persiste entre nosotros. ¡Queremos pasar las vacaciones con nuestros padres naturales! No nos sentimos a gusto con las maestras viudas o solteras de los campos de recreación. ¿Acaso es mucho pedir? La tarde platinada se durmió con el arrullo de las palabras de Terón. En el horizonte de la interminable alameda, una bandada de golondrinas levantaba vuelo como si con ello se dispusiera a llevar el mensaje a todas partes, repartirlo por todas las ramas y alambradas, como si entendieran su misión de mensajeras del futuro.

Hacia la media hora después de la ordenada concentración, los representantes del Gran Consejo de la Unidad se reunieron para estudiar las propuestas de Terón. La sala ovoidal de paredes cristalinas de color azul resplandecía con mayor intensidad. En la mesa circular, sentados, estaban cinco hombres; en la capacidad y buen juicio de todos ellos confiaba nuestro conglomerado la solución de todos sus problemas.

—¡Los niños tienen la razón! —dijo Smalest, presidente del Consejo—. No creo que una revisión de los principios del actual código social ocasiona mayor traumatismo. Además, creo que el renacimiento de la vida conyugal permanente ya es posible.

—Se cumple la vieja tesis dialéctica de la negación —afirmó Voronin—. Podemos darle cabida legal de nuevo a la vida en pareja, pero sobre una nueva base: la completa libertad de residencia, de trabajo y de aficiones entre los contrayentes.

—Pero con la condición de brindarle a los hijos dos o tres días al mes, los que antes dedicábamos al amor y a la amistad— aclaró Nanety.

—Muy cierto —respondió Kioto—. Pero, ¿qué hacer con la dificultad actual de no poder determinar los padres de los millones de niños de la ciudad?

—Habrá que asignarlos proporcionalmente a cada pareja de recién casados —propuso finalmente Perrier.

La sesión duró poco más de una hora. Casi que no hubo después objeciones a las decisiones del Consejo. La fase final de la reorganización del calendario, después de la inmediata modificación del Código Social, fu la orden dada al Consejo de organización infantil de distribuir los niños en edad escolar entre todos los matrimonios adultos de la ciudad. Tarea que se cumplió en pocos días gracias a la exactitud y velocidad de los ordenadores y a la eficacia de los modernos medios de comunicación.

A mí me asignaron a Terón y a dos niñas más de dos y nueve años respectivamente. Corolario de lo anterior fue mi matrimonio con Ubina y la convencional mudada de ella para mi apartamento durante los días de clase teórica. Entonces pensé que la sociedad recobraba su equilibrio, que la inconformidad infantil había quedado satisfecha y que en adelante podría pensar con tranquilidad en mi futuro con Ubina.

Pero Terón alimentaba razonamientos diferentes. Lo supe días después, una noche en la que tuvimos necesidad de quedarnos en la casa subacuática de Ubina, debido a un fuerte temporal de deshielo que azotaba la región.

En momento en que leía la hermosa novela que trata del amor entre un humano y una androide y sobre la terquedad conservadora de la sociedad que no lo permitía, Terón entró en mi cabina de estudio, con la misma cara de inconformidad que le observara el día que me preguntó por la naturaleza del amor, y como de costumbre con las manos en los bolsillos de su chaleco termorregulador. Casi sin esperar que le dijese algo, afirmó enfático.

—¡Algo no está bien en esa repartición!

—Todo está bien, Terón —le contesté—. Y ya es tarde, mejor vete a dormir a tu cabina.

—¡No, no está bien! Le verdades que se hizo con criterio aritmético que no me satisface.

—¿No te satisface? Entonces ¿Por qué no lo dijiste el día del pacto?

—Porque no sabía que ya es posible establecer la paternidad con el método radio-nucleico de Felter.

Lo dijo tan violentamente al despedirse que me dejó, por supuesto, con la inquietud del mañana que imaginaba revuelto por la acción de Terón, y pensando también en el lío de las reclasificaciones, pero sobre todo en el desconsuelo de Ubina que ya le tenía cariño, como si de verdad fuera hijo suyo, y en la triste idea de tener que vivir sin él por el resto de sus años infantiles.

La cabina de cristalium amaneció sin Terón. No sé cómo lo hizo, pero lo cierto fue que logró ascender a la superficie y escapar, para deambular por días de unidad en unidad por toda la ciudad, agitando la nueva idea que tenía en mente. Los hechos no se hicieron esperar, y tal como ocurrió

la vez pasada, los niños obtuvieron la aprobación del Gran Consejo de Olmutz.

Una mañana cálida de la entrante primavera, apareció Terón. Nos encontró recostados en el césped natural, debajo de mi casa flotante, jugueteando como dos chiquillos. Ubina fue la primera en verlo. Corrió a su encuentro, lo tomó entre sus brazos, lo besó y hasta hizo el esfuerzo de cargarlo por segundos. Yo los observaba plenamente satisfecho. Al dirigir la mirada hacia mí, sonrió. Era la primera vez que lo hacía. Despició a Ubina con un beso y se dirigió hacia donde yo estaba. Cuando estuvo frente a mí, metió su mano derecha en el bolsillo de su bermuda y sacó una tarjeta dacronada que nos entregó gozoso. Esperó que me enterara de su contenido, al lado de Ubina. Tomé la tarjeta, nerviosamente, y pude leer en voz alta: “ZC-105 hace constar que Terón es hijo de Ander y Ubina. Se omiten los detalles del análisis físico nucleico por considerarlos innecesarios”.

Después creo que se me salieron las lágrimas, no lo recuerdo bien. Solo sé que Terón se metió entre mis brazos y que me prometió, con la misma sonrisa de picardía que acostumbraba para estos casos, no acaudillar más campañas sociales para poder dedicarse por completo a sus estudios. Enseguida se marchó erguido, con una bolsa plástica llena de probetas y tubos de ensayos, sin darle puntapiés a nada. Hasta perderse en su cabina, que nos pareció entonces una burbuja de cristal llena de esperanzas.

—Dentro de tres meses ingresaré al segundo ciclo —nos dijo—. Ya va siendo tiempo de ponerle orden a todas mis cosas.

Ubina, entrañablemente recostada en mi hombro y sin dejar de mirarlo un solo instante, me dijo emocionada: “Ya casi es un adulto”.



Glitza y otros cuentos escogidos
Mayo de 2020
Sincelejo, Sucre, Colombia

Glitza y otros cuentos escogidos

Antonio Mora Vélez

“Glitza es un libro válido y novedoso en el panorama actual de la ciencia-ficción. Por ello mismo abre el horizonte de la incipiente literatura colombiana del género con el aporte de una temática que, por lo demás, acierta en el hallazgo de su propia forma. Los relatos del libro son tan convincentes dentro de su género que bien pueden a justo título ser incluidos en el repertorio internacional de la literatura de ciencia-ficción”.

Jaime Mejía Duque, Magazín Dominical de El Espectador, 13 de abril de 1980.

“Vamos, que me he leído el libro de Toño Mora Vélez (Glitza, Ediciones Alcaraván, Bogotá, 1979) con el deleite con que leí Las doradas manzanas del sol o El vino del estío de Ray Bradbury”.

Marco Tulio Aguilera Garramuño, Magazín Dominical de El Espectador, 28 de diciembre de 1980.

“Puede decirse que cuando se habla de “Glitza”, al mismo tiempo que se canta a la esperanza del amor por encima de la muerte, se canta a la muerte vencida, curiosamente vencida, ya que hay un dolor en el fondo que se sabe es la cruda realidad de lo perdido y de lo irrecuperable. “Y la muerte no tendrá dominio”, cantaba Dylan Thomas, como profetizando el nus, el hálito de “Glitza”. Es decir, se puede ilustrar una vida desaparecida y devolverla a la luz, aún a pesar de saber que está inevitablemente atada a la penumbra del olvido”.

José Luis Hereyra, Revista Institucional de CECAR, Sincelejo, octubre de 2014.

ISBN: 978-958-5547-46-9



9 789585 554746 9


CECAR
EDITORIAL

Otras publicaciones

El desagüe. Cuentos, reportajes y artículos

José Luis Hereyra

Semana santa de mi boca

Miguel Iriarte

La Danza entre los Árboles

Angélica María Sierra Franco

Hipertextos

Salomón Verhelst Montenegro

Volvió a cantar el viento

Guillermo Vergara

Maroa

Otto Ricardo-Torres

Parabolas del vacío

Jesús David Buelvas

HAF

David Herrera Serna

Correspondencias

Henry Ortiz Zabala

Antonio Mora Vélez

Ha publicado los libros de cuentos *Glitza* (1979), *El juicio de los dioses* (1982), *Lorna es una mujer* (1986), *Helados cibernéticos* (2011) *La gordita del Tropicana* (2012) *La duda de un ángel* (2013) *Zywia o el cuarto nivel* (España, 2013) *Atlán y Erva* (2014) *Lina es el nombre del azar* (2014) y *Balada del encuentro más allá del silencio* (2017); los poemarios *Los caminantes del cielo* (1999), *El fuego de los dioses* (2001), *Los jinetes del recuerdo* (2015) y *Los jeroglíficos del jardín* (2019); las novelas *A la hora de las golondrinas* (2011), *Los nuevos iniciados* (2008, 2a edición 2014), *Viaje al Universo vecino* (2016) y *En la otra orilla del río* (2018); el libro de ensayos, artículos y entrevistas titulado *¿Qué es la ciencia-ficción?* (2017) y el de artículos y ensayos *Ciencia-ficción: el humanismo de hoy* (1996). Una selección de sus poemas traducidos al inglés por el poeta José Luis Hereyra fue publicada por la revista *Alfa Eridiani* de España, con el título *The riders of remembrance*.

Sus cuentos y poemas figuran en varias antologías extranjeras, entre las cuales destacamos: *Joyas de la Ciencia Ficción* (La Habana, 1989), *Antología latinoamericana de Ciencia Ficción* (París, 2008), *Ficción y Realidad* (Stuttgart, Alemania, 2015) y *Tricentenario* (Buenos Aires, Argentina, 2012). Ha obtenido varios premios nacionales e internacionales. El más reciente es el Concurso Internacional de Poesía Fantástica, auspiciado por la revista española *Minatura* (2015), con el poema *Los jinetes del recuerdo*.

Es considerado uno de los precursores y, asimismo, un clásico de la ciencia-ficción colombiana. El Parlamento Internacional de escritores de Cartagena le otorgó el Libro de Oro de las Letras Colombianas en el año 2014.